

LA ESPAÑA MODERNA



AÑO 21.

---

NUM. 238.

---

LA  
ESPAÑA MODERNA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
DEL  
ATENEO BARCELONES

**Director: JOSÉ DE LÁZARO**

---

**OCTUBRE 1908**

---

**MADRID**

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE VALENTÍN TORDESILLAS**

Calle del Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEU DE BARCELONA

## ESTUDIOS ARTISTICOS

---

# EL REGIONALISMO LITERARIO EN ESPAÑA

---

Es hecho indubitable el resurgimiento, en los años últimos, del espíritu regional en España. Hasta hace poco, apenas si se traducía en el arte literario; pero á la fecha actual, remozando y afianzando caracteres étnicos y la especialísima idiosincrasia solariega, en cada comarca reviste caracteres de reconstitución social, bajo fundamentos históricos, y se lanza á la lucha, con ímpetu de acción, celoso de llevar á término una saludable desintegración nacional, aislando las fuerzas vivas para que actúen libremente, para que se vigoricen con la savia propia, indígena, no conservando en el acoplamiento que constituye el alma nacional más que la convivencia común en un sentimiento unitario de la patria.

Creo en la virtualidad de este movimiento regionalista, y tras él se van mis más fervorosas devociones. Es sano, de una gran fortaleza y de una enorme intensidad en el porvenir no lejano, si se le da cauce, no desviándolo en la conquista de un alto ideal de engrandecimiento. La acumulación de energías bien templadas, la suma de labores parciales, en que cada región ponga todos sus arrestos, andando el tiempo nos dará una nación vigorosa, mental, social y literariamente, porque conjuntadas las fuerzas dispersas, constituirán, muy intensificado, un espíritu colectivo, alma de patria, gallarda y con arrestos.

Asistimos á una resurrección de muertos. No es posible desentrañar el arranque del movimiento, cada día en mayor auge. Lo cierto es que de pronto, de hace ya una treintena de años al presente, se ha iniciado en las literaturas de dialecto y aun en aquellas en que se mantiene vivo el castellano, la lengua madre, un retoñar prodigioso del sentido regional, remozando los viejos caracteres solariegos, y avivando el atávico espíritu localista. Es un empeño de recobrar la propia personalidad, por azares de las contingencias históricas bastardeada y deslucida.

Conservar los usos, las costumbres, en lo que éstos tienen de tradicionales y particularistas en cada solar; transfundir, á lo largo del tiempo, la fisonomía moral, con sus ideas y su modo de sentir singularísimo, del pueblo en cada región, estimo que es revivir y perpetuar las fuerzas integrantes del alma española, compleja y variadísima.

A las claras se comprende que este movimiento renovador, de fortalecimiento fragmentario, es altamente saludable. La uniformidad ni es motivo de vigorización ni síntoma de belleza. Sólo debe atenderse á la heterogeneidad dentro de la armonía del conjunto. Razones anatómicas y leyes estéticas determinan este concepto en cuanto al individuo, y que es aplicable también á los pueblos.

No renuncian las regiones, por instinto de conservación, á sus caracteres diferenciales. Si en el transcurso histórico han dejado que desmayasen éstos, amortiguándose y á veces hasta borrándose, bien pronto han comprendido que iban á la decadencia por tales caminos, y ahora intentan remozarse, recobrando la plena personalidad.

Naturalmente, las ansias espirituales donde primero se reflejan es en las letras. Luego, cuando ya las han recogido y expresado los poetas y los escritores, cuando ya tienen fuerza para la acción social, esas energías latentes se desenvuelven, se traducen en fuerza dinámica que impulsa la vida de las comarcas, invadiendo la esfera política y el orden económico,

y de idea y emoción poética, cavilar de pensadores y subjetivismo de líricos, se traduce en pasión propulsora, en ardimiento febril de reintegración tradicionalista y de creación nueva, con ánimos de combate, como actualmente acontece en Cataluña mirando á España, como ha sucedido en Provenza por el lado de Francia y como se está iniciando en muchas de las regiones de Italia, en el viejo reino de las dos Sicilias y en el antiguo señorío del Véneto. En Austria las literaturas afianzan progresivamente su carácter tradicional y su espíritu regional en los pequeños Estados.

Favorecen en España el regionalismo literario los dialectos. Cierto que muchos de ellos, sin duda por no haber sido largamente trabajados por un arte literario de selección, de flexibilidad, de amplitud y de pulimento, se han quedado rezagados, toscos de expresión, incapaces de traducir matices psicológicos y de concretar una visión completa de la vida.

Es sin duda el dialecto el vínculo más fuerte que ata al terruño, al solar nativo. Sirve para aislar los espíritus de una región de otros que les son extraños y para hacer entre sí convivir estrechamente unidos, estableciendo entre ellos una identidad psicológica, una comunión subjetiva, una sólida mancomunidad en la devoción de un ideal. Crea el dialecto esta afinidad de las almas, por encima de las luchas de intereses, del choque de las ideas religiosas y políticas, del problema de clases, de cuantas divergencias en pensamiento y pasión puedan sugerir las batallas de la vida. Y es que el sentimiento de patria, ingénito, más vigoroso que cuantos otros trabajan los amores y los odios de los hombres, relaciona, vincula, hermana, destruyendo toda clase de resistencias, las más opuestas ideas y los sentimientos más antagónicos en los demás órdenes de su espiritual acción humana.

Tal vez mucho más que los caracteres de raza singulariza las nacionalidades el idioma, amén de otros factores, como el sedimento histórico, la conjunción de aspiraciones en un ideal para el porvenir. Así también las regiones se determinan, más

que por la orografía comarcal y la vinculación de intereses, por los dialectos. Son ellos no sólo la expresión primordial del alma colectiva, sino el troquel común que la moldea, que la circunscribe, y por tanto, lo que pierde en fuerza expansiva lo gana en concentración é intensidad.

No cede el dialecto á influencias extrañas. Antes por el contrario, á ellas se resiste, y con defensa batalladora se opone á todo ajeno avance de conquista, rechazando toda desnaturalización. En su progreso evolutivo el dialecto se desdobra, desenvolviéndose con el ímpetu vital propio á medida que éste acrece, crea voces nuevas, improvisa giros, locuciones, pero siempre dentro de su índole peculiar y de su genio privativo.

Claro que no es posible el coto cerrado. Dentro de los grandes idiomas ya formados con glorioso abolengo se advierte la introducción, no fraudulenta, sino necesaria, de vocablos prestados, merced á un intercambio que múltiples circunstancias imponen. Si este caso de transfusión filológica se da en idioma con larga riqueza de léxico, nada de extraño tiene que igual caso se observe en los dialectos.

Tienen éstos grandes alternativas. En ellos, á los períodos de gran esplendor suceden días de crisis que traen aparejada una enorme decadencia. Los de más gallardo abolengo se empobrecen de pronto, y como los hidalgos venidos á menos, impotentes para remozarse y revivir la opulencia pretérita, resignanse pasivos á la pobreza del momento, soñando más con añoranzas de recuerdos en la gloria pasada, que acometiendo con ímpetu el futuro engrandecimiento.

Otros, por el contrario, llevados de un extraordinario ardimiento vital, intentan, quieren, se empeñan, realizándolo con persistente esfuerzo, salir del plebeyo ruralismo, de la tosquedad lugareña para hacerse literarios, transformándose, con crecientes perfeccionamientos, desentumeciendo la parálisis sufrida durante años, excogitando aliños, movilidad y plástica, color y calor, que la forma externa se muestre más garrida y



bella, y que el espíritu vibre más intenso y con un mayor ímpetu vital.

En España se advierte claramente este fenómeno en las lenguas regionales. No puede disputarse el histórico abolengo del gallego, glorioso en sus orígenes como el viejo romance de Castilla. En el momento actual, á pesar del esfuerzo de los poetas galaicos modernos, no mantiene en pie el lustre de sus antiguos prestigios. Dejó, al correr de los siglos, que se perdiera la soberana hegemonía de sus letras; dejóse vencer, arrollado por el castellano adueñado al fin del alma nacional. Y es de ver cómo el portugués, hermano de sangre, trabajado en el transcurso de largas centurias, ha recogido, ensanchado y artísticamente ennoblecido la herencia del mayorazgo primogénito. Las contingencias históricas fácilmente explican el caso.

Por el contrario, nótase el gran desarrollo que el dialecto ha adquirido en Cataluña en los últimos tiempos, como en Provenza, mientras que los otros afines, derivados, similares, como quiera que los clasifiquen, el mallorquín y el valenciano tardíamente, tal vez por un alto estímulo de imitación, quizás por instinto de conservación, hacen esfuerzo por renovarse, con ansias vitales y con pujos de incipiente y laboriosísimo remozamiento.

En Cataluña reflorece el dialecto, no como una modalidad pasiva de expresión, sino como un enérgico medio de acción, de creación y de combate. Sólo así consigue carácter, alma propia, todo un pueblo.

Otros dialectos aparecen como muertos. No ya el viejo leonés, el mismo bable asturiano, ¿qué signos de vida acusa? ¿Moldea la fisonomía de un modo original é inconfundible, haciendo transparentar intensidad de vida propia de un pueblo? ¿Ha llegado á formar, con esfuerzo perseverante, una literatura regional que se imponga ó por lo menos que se singularice?

Igual acontece con el vascuence. Contradicción en ejercicio, sin duda bien arraigado, no ha podido hasta ahora crear una

literatura peculiar en que se reflejase la ingénita idiosincracia del pueblo vasco que ha conservado, á través de los siglos, sus caracteres irreductibles de raza.

Ni el bable ni el vascuence pierden sus hábitos plebeyos, lazo de comunicación espiritual entre las clases humildes en los bajos fondos sociales. En tanto, manteniendo el aristocratismo de la estirpe, el gallego, en los versos de sus líricos se esfuerza en sostener el carácter literario, y el catalán, ennoblecido, sanguíneo, impulsivo, flexibilizándose y desdoblándose continuamente, es hoy de una ductilidad en la expresión maravillosa, desgastadas las viejas asperezas, así sintáxicas como fonéticas, tendiendo á consagrarse instrumento poderoso que traduce todas las viejas añoranzas y el ardiente ideal de futurismo á que consagra todas sus energías un pueblo entero, codicioso, no de ensanchar los límites comarcales, cosa imposible, pero sí intensificar, desenvolviéndola ampliamente, la vida interior, el alma regional, hasta que se señale una marcadísima superioridad; y entonces, esta misma supremacía intelectual y artística, á la que contribuyen otros factores que afectan á la vida material, espolee el espíritu expansivo, la impulsión acometedora de conquista y de poder, consolidando la hegemonía, que es superioridad espiritual y fuerza de dominio, sobre las demás regiones en desmayo y perezosamente inertes, sin esperanzas siquiera en una remota y salvadora resurrección.

La enorme difusión del castellano ha sido un inmenso obstáculo al auge de los dialectos, y por ende á un mayor desarrollo del regionalismo literario en España. La invasión del habla castellana, siempre en triunfo durante muchos siglos, en todo el solar hispano y fuera de él, allende los mares en el inmenso territorio de nuestras viejas colonias ultramarinas, impidió que los dialectos se desarrollaran con pujante lozanía. El idioma castellano, más que la convivencia colectiva en la fe religiosa y en el ideal guerrero de conquista, realizó en España la unidad nacional, fusionando los pequeños pero vigorosos reinos, reduciendo á un tipo común los más opuestos caracte-

res étnicos, espiritualmente está claro, y llevando un sentido desvinculador á todos los rincones del solar ibérico y un rase-ro de nivelación colectiva.

Hoy, los dialectos no sólo resisten la absorción del habla castellana, sino que en muchas regiones contrarrestan su acción invasora y hasta inventan, con hostilidad defensiva y hasta agresora, recabar una completa independencia. Crean literaturas regionales, con carácter y alma propia, indígena y netamente solariega, único medio de competir en la lucha, buscando un aislamiento necesario á evitar todo contagio, no sólo de influencia léxica, sino á la vez de presión intelectual y artística.

En aquellas regiones donde es positiva una mayor densidad de cultura, como en Cataluña, en términos generales, superior á la del resto de España, el dialecto es un instrumento vivo para la expresión de los sentimientos y de las ideas del pueblo, y ha logrado constituir una literatura peculiar de grandes vuelos, con historia propia y con fisonomía privativa. A ello también contribuye el desarrollo de la riqueza pública en sus comarcas, que sirve para afianzar las personalidades regionales, permitiendo el desahogo económico la independencia espiritual.

En contraste con Cataluña se ofrece el ejemplo de Vasconia desvirtuando el aserto anterior. Es innegable que en Vizcaya y en Guipúzcoa, en los últimos años, se ha improvisado un extraordinario desenvolvimiento de la riqueza. Sin embargo, á este progreso material no ha correspondido un auge paralelo de la vida literaria. El vascuence, artísticamente, parece hipertrofiado, si no muerto. No se ha puesto hasta ahora al servicio de un gran ideal de la raza, y apenas si da señales de existir, arrastrando penosamente su larga edad en el mezquino comercio de vulgares ideas, y en la comunicación de emociones corrientes entre tosca gente aldeana. Si hubiese conseguido un gran poeta Vasconia, que recogiera en sus estrofas el atávico espíritu de la raza, es seguro que hubiese logrado,

en plazo corto, crear una literatura. Tras las eflorescencias líricas, que transparentaran las ansias presentes, la inquietud espiritual del momento; después de un cantor épico, que encarnara en sus versos el sedimento histórico, el pasado de áurea leyenda, necesariamente habían de venir los creadores, los que al cincelar, pulir y dignificar la prosa, sustrayéndola al plebeyismo popular para convertirla en arte literario con noble alcurnia, llevarían á la crítica el espíritu de selección, trazando un cauce á las orientaciones nuevas, y á la novela el carácter típico de las costumbres, el ambiente del país, la entraña misma del terruño.

Actualmente, sólo dos regiones en España puede decirse que tienen literaturas propias. Sólo que en Galicia, una de ellas, anda ahora en un período de desentumecimiento, de nueva iniciación, forcejeando por vencer una parálisis secular. Por lo menos siente acosos de vivir, y ha logrado los primeros movimientos de acción. Son sus deserezos actuales sacudidas líricas en que da suelta á íntimos escapes de idealidad. Tiene ya la vibración interna, el anhelo, la vaga ensoñación, todo un estado de alma intensamente poético. Andando el tiempo, al cobrar energías, robusteciendo las débiles fuerzas actuales, llegará á la plenitud artística, consolidando una literatura fuerte que entonces será de creación y de combate.

Indudablemente, Galicia, por pasos contados, si una crisis honda de sus energías presentes no determina un alto ó un retroceso en la marcha evolutiva de avance de su literatura, recorrerá el camino que ya ha andado Cataluña. Esta supo crear antes su arte literario, trabajándolo larga y pacientemente, para ser hoy su mejor y su único órgano de expresión, y quizás su mejor instrumento de cohesión colectiva y casi su única arma de batalla. Ahora, consciente de su fuerza, la convierte en medio de acción social. La superioridad presente de Cataluña, su cultura, su sentimiento de la patria, el concepto claro de su valía intelectual, débelos á la labor perseverante de sus poetas, maestros en *gay saber*, que mantuvieron vivo

el espíritu del pueblo, empujando á éste, al son de estrofas enardecedoras, á la conquista de más altos destinos. Hoy no son ya precisamente los poetas los que van á la vanguardia del movimiento reivindicador de Cataluña. A los cantores del ideal han sucedido los ejecutores, los hombres de acción. Claro es que los poetas, los escritores en general, continúan manteniendo viva la fe, robusteciendo el alma regional; pero esa patria chica, ya espiritualmente creada en el arte literario, son otros los llamados á desenvolverla y consolidarla, convirtiendo en hecho, en realidad viva, lo que antes fuera sólo ensueño, aspiración anhelada de espíritus imaginativos, lastimados de amor y sedientos de ideal.

En todos los resurgimientos del alma colectiva, así en una nación como en una comarca regional, hay que buscar siempre el arranque inicial, la primera impulsión. Indefectiblemente surge á la voz de un poeta que acierta á conmover á los suyos y acaba por dominarlos, asociándolos, tarde ó temprano, á su empeño de visionario que vislumbra el porvenir.

Y hay un hecho extraño. La misma Castilla, á pesar de su hegemonía nacional y de la extensión de su idioma, quiere singularizarse acentuando el regionalismo en el arte literario. Tiende á una fragmentación bien definida. Muchos de sus escritores han buscado de intento la particularización, despojándose de la amplitud nacional. Se va derechamente á ello. ¿Tiene acaso alguna semejanza la *Montaña*, descrita por Pareda, con la *Tierra de Campos* novelada por Macías Picavea? La lírica de Gabriel y Galán, poeta malogrado, ¿se acopla en nada á la lírica general española? ¿No es algo aparte, bien diferenciado? Tal vez la originalidad en la visión poética del autor de *Castellanas* estriba en su hondo sentido regionalista, en su espíritu nutrido en la savia del terruño natal.

En todas las regiones, aun en aquellas en que prevalece el castellano, se tiende en el arte literario á singularizar el carácter propio, como en Aragón y en Andalucía. Es la orientación que ahora se advierte. En el teatro, en la lírica, en la novela,

día por día, se va marcando esa tendencia opuesta á la uniformidad del cuño nacional.

Dentro del solar hispánico se destaca la variedad de caracteres en todas las regiones. No es posible confundir Galicia con Cataluña, ni Vasconia con Andalucía. ¿Cómo, pues, no han de detallarse y singularizarse en el arte literario? Si éste, conforme al credo realista, se ha de nutrir de la vida que se vive, del paisaje que se siente, del ambiente que inspira y forma al artista, ¿cómo podrá sustraerse á estos elementos de creación, que son encarnadura y alma de toda obra literaria?

Por más que se vocee en contra de esta tendencia, con pregon de agravios, el hecho es lógico y sobre todo innegable. No sé si añadir que conveniente.

Por lo menos, el regionalismo entraña idealidad y pasión. ¿Qué otras energías sirven para crear? Si no trae, por lo pronto, un arte grande, lo forma sólido, con raigambre perdurable.

\*  
\* \*

Es, sin disputa, Cataluña la que ofrece, dentro de España, entre nuestras regiones peninsulares, una literatura completa. Hállase ésta, no en formación, sino reciamente integrada, con gallardas muestras, merced á una producción ya copiosa, de todos los géneros del arte literario. En muchos puntos compete, y aun supera, la labor literaria en catalán á la producción castellana, que pomposamente lleva el marchamo nacional de española. En la dramática, tentado estoy de decir que Cataluña supera á nuestro teatro castellano contemporáneo, venido muy á menos, salvo el movimiento de renovación y de orientación nueva que traen los dramaturgos de la última hornada y fecha, europeos en el modo de pensar, tradicionales en el modo de componer escénico.

A par del movimiento de resurrección en la lírica provenzal, y tal vez bajo su presión, se ha realizado el resurgimiento de la literatura catalana. Los *felibres* de Provenza y los maestros en *gay saber* de Cataluña, tienen un gran parentes-

co de sangre y de espíritu. El remozar la tradición de los juegos florales, reproduciendo la poética leyenda de los viejos trovadores y evocando la figura inspiradora de Clemencia Isaura y su gentil corte de amor, sirvió para sacudir y despertar el estro de los poetas ganosos de gloria en públicos y reñidos certámenes. Quizás se van olvidando, con notoria injusticia, estos humildes orígenes de su renacimiento poético, así en Provenza como en Cataluña. El nombre de Balaguer, uno de los escritores que más vivo supo mantener el espíritu de la Cataluña atávica y tradicionalista, va perdiendo devociones y padeciendo olvidos en la memoria poco agradecida de las gentes.

A los antiguos poetas de Juegos florales han sucedido en Cataluña los poetas á la moderna, que se acoplan al espíritu del siglo.

No con tanto ruido, pero la vena más abundante y fresca del genio catalán, á través de su arte literario, es la lírica, antaño como al presente. ¿Acaso España en el pasado siglo, aun contando á Zorrilla, á mi entender el más grande poeta castellano de dicha centuria, mal que pese á mis devociones por Campoamor, produjo un poeta de más alta y variada inspiración, de más rotundo verbo, de mayor amplitud en la visión artística que el inmenso Verdaguer? Resucitó la epopeya, ya olvidada, y renovó la mística española de singular valía en el siglo de oro de nuestras letras. También ensanchó, consagrándolo definitivamente el catalán, al modo que hizo Dante con el toscano, imponiéndolo como idioma de toda Italia. Porque ¿no es el catalán un idioma amplio, cuando puede producir una magna epopeya, y no es complejo, traductor de matices espirituales, exteriorizador de sutiles estados de alma, cuando puede encarnar en versos los escapes místicos?

Actualmente llega á un punto de flexibilidad extraordinaria cuando puede adaptarse á las complicaciones del alma contemporánea, haciendo sentir, con emoción cálida, sus vibraciones más íntimas y extrañas. Abierta Cataluña al aire de

fuera, su lírica se ha oreado á todos los vientos, saturándose del moderno sentido europeo. No tienen sabor á rancio los versos de sus poetas. Antes por el contrario, nos parecen exóticos. Y es que son producto de otra cultura, nacidos en un medio intelectual, extranjero y á la moderna. Sintiéndose con vigores para un avance progresivo, en vez de mirar los poetas hacia el pasado, han afrontado el porvenir. No quieren blasonar de pseudo-clásicos á la moda castellana, sino que son futuristas en el espíritu y cosmopolitas por el ambiente. Van á buscar orientación y molde en otras fuentes, que no son ciertamente las del acervo común de la poesía nacional.

Quizás el poeta más solariego en Cataluña, entre los líricos actuales, sea Guimerá. Hay en él algo atávico recrudescido por su agresividad batalladora, porque es un caballero romántico del ideal de su tierra y un fervoroso y arrojado poeta de combate.

Mas ¿quién en Maragall, el más hondo y espiritualista de los poetas españoles contemporáneos, no encuentra un alto representante de la lírica moderna, par á par con los más renombrados latinos? Como D'Annunzio en Italia, el genio superior, como Richepin en Francia, como Eugenio de Castro en Portugal, Maragall en España representa la inquietud, con temblores de misterio, y subjetivamente intensa, con calor entrañable, musa de los tiempos nuevos.

Diferentes orientaciones mantienen en la lírica catalana otros poetas, dignos de llevar tan excelso nombre. Ahí están Guayabens, Apeles Mestres, Zanné, Carner, Pijoan y otros, á quienes se les podría buscar similares en la lírica francesa y en la lírica italiana de hoy. No son hábiles rimadores ni vulgares copleros de oficio. Llevan á sus versos los poetas catalanes inquietudes internas, vibraciones íntimas, un subjetivismo caliente y vivo en que se entrega sin recelos toda el alma.

Justo es consignar que en Cataluña han surgido altos espíritus, que si bien escribieron en castellano, supieron encauzar y orientar el movimiento intensivo de su literatura regional.



Fueron ellos los que marcaron una disciplina intelectual á las ideas dispersas, y señalaron rumbo al emotivismo, haciéndolo cuajar en un pujante arte literario.

Bien señaladas están la garra intelectual de Milá y Fontanals, y la huella crítica de Ixart y la visión futurista de Almirall. Ellos, con profundo sentido educador, de un modo inconsciente, tal vez por no llevar tan allá sus propósitos, fueron los directores, los que dieron la consistencia estética con sus consejos y saludables advertimientos á las letras catalanas, y los que al incipiente resurgir artístico, ya incubado y en desarrollo, le indicaron cauce y orientación. Esta labor crítica, este ejercicio educador que impone una disciplina intelectual y una norma literaria, consolidando el cuño regional, á la hora presente, por juro de herencia, muy legítima por cierto, la lleva á cabo el sólido talento y el espíritu crítico, penetrante y comprensivo de Miguel Santos Oliver.

Tal vez en la rama literaria en que Cataluña hoy día destaca más briosa su personalidad plena, sea el teatro. Presenta éste una originalidad bien notada. Casi no tiene entronque con el arte escénico castellano. Si alguna reminiscencia se encuentra en él, es de otras dramaturgias extranjeras, como si, ávido de responder al sentido de los tiempos nuevos, buscase orientación en la corriente de las ideas estéticas que andan circulando allende los límites del solar nuestro.

Tuvo el teatro catalán humildes orígenes. Llevólo á un alto grado de esplendor, no por la gran valía intelectual ni artística, Serafí Pitarra. No fué éste un genio que, recogiendo los viejos elementos, improvisara de pronto un gran teatro, mejor dicho, lo creara, con una grandeza no sospechada siquiera anteriormente, ni igualada nunca y menos superada en adelante. Ese caso, en la historia del arte escénico, no se ha dado más que en Inglaterra con Williams Shakespeare. Pero el estro romántico de Pitarra trajo este renacimiento del teatro catalán contemporáneo. Siguió el impulso dado Guimerá. Sus primeras tragedias, en que desbordó también sus arreba-

tos de poeta lírico, á las claras lo prueban. Después tomó distinto camino: imperante el realismo en el teatro, Guimerá dió vida al drama rural, á la lucha de pasiones entre los humildes, los héroes de chaqueta y barretina. Siguiendo su ejemplo, en el teatro castellano moderno se renovó el ambiente, se permitieron los trajes plebeyos encubriendo almas en guerra, apareciendo *La Dolores*, de Feliú y Codina, y *Juan José*, de Dicenta.

Dió á la escena Guimerá ese drama maravilloso, hoy traducido á muchos idiomas extranjeros, originalísimo é intenso, que lleva por título *Terra baixa*. En *La festa del blat*, sin ser obra tan completa, se advierte un abundoso desborde poético.

Tras éste surge el más original en la visión de la vida, Ignacio Iglesias. *Els vells* es un drama intenso, de una sencillez clásica, una *dolora* en acción. Es fuerte. Corre por él un aire de dolor vivo y de exaltada piedad. Extraño es *Las garsas*. Casi pudiera decirse que el protagonista es esotérico. Una mala pasión, la codicia humana, amasa aquella miseria moral de los seres en lucha como fieras.

Original también es Rusiñol. ¿Dónde encontrar, dentro de los moldes y de la inspiración del teatro castellano, filiación artística á *L'alegría que passa* y á *El jardí abandonat*? ¿Dónde, en la dramática española, hallar afinidades á la visión poética y á la delicadeza de emociones, al hondo impresionismo de gran artista que refleja en esas obras Santiago Rusiñol?

Los nuevos despuntan también por originales. Son algo aparte en la dramaturgia española. No pueden ser emparentados con ninguna tendencia del teatro castellano moderno ni *La morta*, de Crehuet, ni *Misteri de dolor*, de Gual.

Lentamente, porque esas cosas no se improvisan, se va consolidando también la novela en la literatura catalana. Hasta hace poco contaba con un solo nombre, el de Narciso Oller. Era el maestro. *La papallona* reveló un gran talento de novelista, más tarde refrendado por el mérito artístico de *L'Escanya-pobres*. Tras Oller han surgido dos novelistas de temperamento bien diferente. Rusiñol, en *El poble gris*, es un ironista

admirable, con un humorismo singular, no de cepa española; y Víctor Catalá, en *Solitut*, es un creador recio de tipos, un prodigioso paisajista y hasta pudiera añadir que un psicólogo de cuerpo entero, un novelista con fuerza trágica que sabe llevar el escalofrío de las hondas sensaciones hasta lo más recóndito é inabordable del alma, vigor de emoción sólo reservado á los grandes maestros.

Al influjo del renacimiento de las letras catalanas, quizás bajo su presión dominante, por emulación ó por ejemplaridad, que no es cosa de desentrañar ahora, ha comenzado á despertar el espíritu literario en otras regiones de dialectos afines.

Me refiero á Valencia y á Baleares. En la primera región, el renacimiento literario está apenas iniciado después de desenterrar y hacer revivir el dialecto. La lírica se ha remozado al soplo de la musa inspiradísima del ilustre Teodoro Llorente. Él lleva honrosamente el cetro de los poetas valencianos, y ha de seguir sus huellas mañana una juventud que venga á la palestra literaria ansiosa de continuar el movimiento iniciado siempre á la conquista de un gallardo ideal. Está ahora el resurgir del espíritu regional en un período de incertidumbres, sin determinarse aún la definitiva ruta en lo futuro. Pero es indudable que el camino está trazado. Ya vendrán, tarde ó temprano, quienes recojan, con filial respeto y con amorosas devociones, la herencia ofrecida y las promesas en ciernes.

Allí están también en formación, esperando un mayor impulso, que no tardará en hacerse sentir, la novela y el teatro. De los cuentos de Chávarri surgirá, por indefectible evolución, la novela en agraz, que no á su dialecto, sino á la literatura castellana, quiso dar Blasco Ibáñez. El teatro tiene también su punto de arranque en los sainetes saladísimos de Escalante, reflejo pintoresco y en extremo colorista de las costumbres de la región levantina. ¿Quién duda que tras los juguetes cómicos, en plazo no muy largo, ha de venir el cultivo de los géneros superiores, y que el dialecto valenciano dará á la literatura propia comedias y dramas de méritos resonantes? Sin ninguna

sagacidad adivinatoria en la profecía, bien puede este feliz augurio como cierto y forzosamente realizable á todo evento proclamarse.

En Baleares el movimiento de resurrección literaria va más retardado. Comienza á ponerse el dialecto en ejercicio. Así va desentumeciéndose y desarrollándose. Cuenta ya con bocetistas de costumbres como el escritor no há mucho fallecido Gabriel Maura, y hay la promesa de un novelista de temple, con vigorosa médula, en el talento amplio de Gabriel Alomar.

Sobre todo, la lírica balear presenta un poeta con estro alto y refinado arte de expresión. Es Costa Llovera, que encarna una musa lozana y de gallardías insuperables. Tal vez por las estrofas de este poeta pase un soplo de aquella inspiración magnífica que engrandeció los versos de Verdaguer.

Galicia en sus letras rezuma, gota á gota, su rico caudal de poesía lírica. Nadie mejor para traducir los estados de alma del pueblo gallego, melancólico, lleno de añoranzas, con un apego de querencia pasional al terruño, dentro de su tosquedad de formas expresivas, con una delicadeza en el sentir singularísima; nadie mejor, repito, para traducir esas esflorescencias espirituales que sus poetas. Son ellos el portavoz, no de un ideal de combate, sino el acento del corazón de aquellas gentes, que si intelectualmente no consagran un gran culto á la historia brillante del terruño, sienten, sin embargo, profunda y entrañablemente la tierra natal con una devoción á su modo panteísta.

¿Cómo este estado psicológico de un pueblo, esta plétora de amor que mana de lo más hondo, y prodigiosamente abundante rebosa, no había de llevar sus cálidos estremecimientos íntimos á las estrofas de los poetas? El alma de Galicia es esencialmente lírica. Ninguna otra región de España acusa caracteres de subjetivismo poético tan señalado y pródigo. Impone la lírica, como obligada expresión de las inquietudes, ensueños y añoranzas, reflorar de la vida interna de un pueblo.

Logró encarnar Galicia su espiritualidad poética en las estrofas de un poeta de veras, y por el hermoso cauce de los

romances de Rosalía de Castro, querellosa y suspirante, pasa con amorosas blanduras maternas, el alma gallega al són de la gaita que llora y al compás del triste lamentar del desterrado, que se queja lejos de la comarca muy amada, distante á la mirada, muy cerca siempre del corazón.

Bellas son las estrofas de Rosalía de Castro cantando la nostalgia intensa y doliente que sufre en su expatriación. Es su *Morriña* un sentimiento marcadamente gallego. Tal vez ninguno lo ha expresado mejor que Pondal en su magnífica composición de grandes méritos, *Campana d'Aullons*, que entraña más fuerza, y sobre todo mayor emoción, que la queja del forzado de Dragut en uno de nuestros romances clásicos.

Intenta renovar el viejo espíritu céltico, descolgando la empolvada lira de los bardos, Pondal en sus *Queixumes d'os pinos*. Es decir, quiere incorporar á la lírica moderna el sedimento atávico, el fondo leyendesco, el elemento primordial que ha dado cuna y crecimiento al alma gallega, tal vez desorientada, bajo la presión del espíritu extraño de otro pueblo, en el transcurso de los siglos.

Pero hay otros poetas que sondan el presente, desglosando el carácter del pueblo gallego, y recogiendo las notas de color en las costumbres, los impulsos más típicos de su psicología y el ambiente poético en la visión de los paisajes. Pintoresco por la malicia y la comicidad, es el psicologismo, á flor de piel casi, de Losada, y doliente, á pesar de su frívola versatilidad aparente, es el ruralismo de Lamas Carvajal.

Después de estos poetas surge en Galicia otro de grandes vuelos, Curros Enríquez, el autor de *Aires d'a miña terra*. Aparte al ardimiento combatiente de Curros, tocado de espíritu demagógico, celoso de ser también un poeta de acción social que abra surco en la conciencia de las muchedumbres, hay en él un pintor de escenas rústicas admirable, y sobre todo un evocador prodigioso de leyendas. Ahí está *A Virxe d'o Cristal*, como una ejecutoria de alta nobleza poética. Esta leyenda en la lírica gallega marca un punto culminante como *Mireille*,

de Mistral, lo indica en el desarrollo de la poesía felibresa en la comarca provenzal.

Ya indiqué antes que en Vasconia se ha desenvuelto, con gran pobreza de producción literaria, el dialecto. No ha creado ni aun siquiera la lírica. Como Cataluña tuvo grandes educadores, también Vasconia ha encontrado el talento recio de Campion. Mas no ha creado aún una literatura. Los escritores vascos renuncian al dialecto nativo, y hasta se apartan voluntariamente del solar. Buen ejemplo de ello son Unamuno, Baroja, Maeztu, Manuel Bueno y Salaverría, con puesto de honor señaladísimo en las letras castellanas contemporáneas.

El dialecto pocos poetas ha incubado en su materno claustro. Ha dado á Arzac y su poema, largamente celebrado, *¡Marichu!* Quien mejor ha recogido el espíritu vasco ha sido el cantor juglaresco, bardo popular vagabundo, Iparraguirre.

Hay escritores de talla, con alma vasca, pero que escriben castellano. Campion es un novelista de singular valía, así como Ulacia ha acreditado con largueza sus condiciones de observador y sus habilidades narrativas, revelando un temperamento triunfador en el arte de hacer novelas. Quedan también cuentistas de cepa vasca, pero transfundidos al castellano, como Arzadum y Arranaz; castellanos y bocetistas de costumbres, devotos del color, como Loyarte.

El dialecto que menos promete actualmente crear una literatura regional es el vascuence. Salvo el bable, que apenas ha dado, como floración espontánea, livianos suspirillos líricos que carecen de energía y de calor. Asturias ha dado poetas como Campoamor, y novelistas como Palacio Valdés; pero desentradados de la región, ajenos por completo al sentido localista. Iguales huellas sigue un escritor nuevo, astur de origen: Acebal.

Dentro de la nacionalización castellana, donde más vigoroso y más artístico se ha acentuado en los últimos tiempos el regionalismo literario, es en Cantabria. El país montañés, bajo los puntos de la pluma de uno de los más grandes maes-

tros de la novela española contemporánea, el gran Pereda, paisajista sobre todo insuperable y costumbrista prodigioso, logró encarnar en las páginas literarias todo «el sabor de la tierra». Amós Escalante como poeta, y Pereda como novelista, crearon, pero con vida exuberante, el regionalismo montañés. Puede decirse que ellos hicieron la región.

No fué relampagueo del momento el esplendor literario de la Montaña. Sigue proyectándose el espíritu de aquellos iniciadores en la producción literaria de aquella comarca de Castilla. Enrique Menéndez Pelayo es un exquisito y admirable poeta; Duque y Merino fué un costumbrista digno de mucha estima, así como lírico de inspirada musa lo fué también, siendo un precursor, Evaristo Silió. Ignorado casi permanece Domingo Cuevas, que supo trazar bocetos al temple y aguas fuertes de positivo valer, transcribiendo literariamente cuadros de costumbres populares en el país cántabro. Hoy llamado está á ser el heredero del autor de *Sotileza*, un escritor fuerte, cuentista maravilloso, embrión de un novelador de empuje y triunfador definitivo, Ramón Sánchez Díaz, que ha dado gallardas y valiosas pruebas de sus talentos en sus libros *Amores y Odios*.

¿Qué más? ¿No existe el madrileñismo? ¿No están con sus caracteres propios, específicos y diferenciales, en la novela contemporánea, las tres clases sociales que componen el pueblo madrileño? Esos tipos, esas costumbres, ¿pueden confundirse con ningunos de otras regiones? Viva está la aristocracia cortesana en *Pequeñeces*, del P. Coloma; la clase media desfila pintoresca, un tanto doliente, por las páginas de *Fortunata y Jacinta*, la novela magistral de Galdós, y los bajos fondos sociales, la extracción plebeya, con sus miserias, hambres y malos hábitos, aparecen de cuerpo presente en *La Busca*, de Baroja, y en *La Horda*, de Blasco Ibáñez. Hay que consignar un hecho raro. Ninguno de estos novelistas que han creado la novela madrileña, son madrileños.

También se encuentra el madrileñismo neto en los sainetes de Ricardo de la Vega, heredero genial de D. Ramón de la

Cruz, y un poco de la chulapería repulsiva de la plebe ineducada, pero pintoresca, en los diálogos en verso de López Silva.

En los últimos tiempos se ha ido acentuando el andalucismo, que tuvo su mejor representante en el talento novelador de Fernán Caballero. Se acusó más tarde en *María de los Angeles*, de Navarrete, menos estimado de lo que en justicia se le debe. Ahí están, en la novela, Salvador Rueda y Arturo Reyes, y en el teatro dan á cada momento una colorista visión de su Andalucía alegre los hermanos Alvarez Quintero.

Aquí y allí, no en regiones, sino en comarcas pequeñas, se refleja el espíritu particularista en las letras. Ejemplo de ello es, y muy elocuente, la poesía original, con mucho sabor de la tierra, de Vicente Medina, así como también lo es, aunque no tan seguro y mucho menos tan original, uno de los libros de Gabriel y Galán, el malogrado poeta. *Aires murcianos* y *Extremeñas* son dos manifestaciones importantes del avance y afianzamiento del localismo literario en el arte español de los últimos tiempos.

Se me dirá que este fraccionamiento, este sentido de atomismo artístico, debilita y arruina la nacional producción castellana. Acaso ó ciertamente. No es posible decir si la presente vacuidad de la literatura castellana, salvo unas cuantas personalidades relevantes, obedece á este movimiento regionalista, ó si, por el contrario, corresponde á un período crítico en nuestras letras, tras el cual se adivina, por dolorosos presentimientos, una decadencia irremediable y funesta.

Puede ser. Lo cierto es que debemos preferir á una unidad literaria sin grandeza la diversidad regionalista con sus variaciones, acusando vitalidad y alma impetuosas. El arte, fuera de todas las pasiones políticas, hay que proclamarlo grande allí donde se muestra con grandeza. Y en cualquier región, el poeta más excelso, sin que para nada sirva el rincón solariego de origen, será el cantor más grande, porque será él quien ha recogido el alma inmortal y sin cuna de la patria.

ANGEL GUERRA



# RECUERDOS

---

Ya lo contaba en mi artículo anterior.

Quisieron derribarme, no diré los elementos reaccionarios de la Cámara, pero sí los menos avanzados, los que miraban al grupo democrático con recelo, más que con recelo, con hostilidad; los que tenían á nuestras doctrinas por disolventes, los que consideraban á los derechos individuales como un peligro para el orden social, y á nosotros como perturbadores de la política.

Quisieron derribarme, repito, y no pudieron; y á mí, que me importaba poquísimo ser ó no ministro, que hubiera abandonado el banco azul sin el menor sentimiento, me regocijó, sin embargo, el triunfo.

Regocijo malsano, porque no era debido á la victoria misma, sino al placer que me proporcionaba la humillación de mis adversarios.

Una mala pasión, lo confieso; pero yo nunca he pensado hacer oposiciones á santo: con ser un hombre honrado me contento.

He de convenir, sin embargo, que mi satisfacción interna estaba en gran parte justificada, porque el ataque era soberanamente injusto.

Acusarme de haber querido prohibir la enseñanza de la doctrina cristiana en España, cuando jamás había pensado en tal cosa, cuando había rechazado el avance de los que me llevaron el desatinado proyecto, cuando espontáneamente lo ha-

bía calificado de brutal en la forma, de mezquino y sectario en el fondo, porque empequeñecía una cuestión mucho más grande; de impolítico á todas luces, y de imprudente, porque ya alboreaba la guerra civil con aurora de sangre; y de inoportuno á todas luces, y aun de imposible porque la situación no era radical, sino de conciliación hasta que se hubiera elegido un rey: atacarme á mí por lo que no había pensado hacer, era una injusticia monumental.

Pues bien; todo el mundo lo creyó, y siguieron creyéndolo hasta cuando publiqué un decreto, que aceptaron mis compañeros de Gabinete sin discusión, que aplaudieron demócratas y republicanos, y que los mismos conservadores, la misma *Epoca*, confesaron que, dadas las circunstancias, y teniendo que respetar el precepto constitucional, la solución que yo había dado era prudente, y nadie podía protestar contra ella.

Porque yo me limité á decir, que cuando los padres, los tutores, la familia de un niño, no quisieran que se le enseñase el Catecismo, ó porque se reservaban esta facultad, ó por otro motivo cualquiera, su voluntad fuese respetada, y la enseñanza del Catecismo no fuera obligatoria para el niño.

Pues cuando dicté esta disposición, repito, todo el mundo creyó que yo había retrocedido en mis propósitos, aunque de mala gana, y cediendo á la presión de mis compañeros de Gabinete.

Yo nada dije entonces, ni nada he dicho después, porque jamás me humillo por ningún género de conveniencias propias.

La tranquilidad interna me basta, y el vocerío externo, cuando es injusto, sólo me inspira desprecio.

¡Que griten, que griten los imbéciles!

Á sus voces no he de negar el derecho que concedo á los ladridos de los perros.

Y, sin embargo, tal creencia, en el orden político algo me perjudicaba, y así, cuando á la llegada de Don Amadeo hubo elecciones generales, en tres distritos fuí derrotado, y no pude conseguir un acta.

Distrito hubo en que iban á votar contra mí con un Catecismo en la mano en son de protesta.

Y fué preciso, para que yo saliese diputado, que Cristino Martos me cediese su distrito de Quintanar de la Orden.

Aun allí mismo, cuando por las noches me reunía con los jefes de la localidad en tertulia amistosa, acudían muchas señoras y señoritas, y me aseguraban que iban á hacer propaganda contra mí, para que aprendiera á no meterme con el Catecismo y á respetarlo.

Pero yo les dí una soberana lección, asegurándoles que conocía el Catecismo mejor que ellas, y en efecto, varias noches duró el examen, quedando avergonzadas y corridas, porque ni una sola pudo ser aprobada.

Resultó que lo único que sabían de corrido eran los pecados capitales; en lo demás, su ignorancia era lastimosa: ni siquiera los Mandamientos de la ley de Dios podían decir sin equivocarse, ó por lo menos sin alterar el orden.

¡Y qué venganza tan sabrosa tomé!

Claro es que por Quintanar de la Orden salí diputado, esta y otras muchas veces, y siempre al despedirme de mis electores, era mi grito de guerra: Fe, Esperanza y nada de Caridad con los adversarios.

\*  
\* \*

Pues aún la célebre cuestión del Catecismo pudo tener consecuencias, poco tiempo después de la sesión del voto de censura.

Voy á decir cómo: porque me he propuesto contar en estos artículos todo cuanto recuerde, bueno ó malo, interesante ó insustancial. Y si el lector se aburre, que tenga paciencia, ó que no lea lo que escribo, ó mejor dicho, lo que dicto; que para mi propio entretenimiento lo voy dictando, y para el de aquellos que se interesen por una época que ya pasó, pero que fué muy interesante, y con sus grandezas y pequeñeces, grandemente trascendental para la política española.

Pero vamos al caso.

Algún tiempo antes de la sesión parlamentaria que he referido, concedí yo un crédito que había obtenido de la Cámara, crédito de bastante importancia, para obras de reparación en la Alhambra.

La gloriosa y desdichada Alhambra siempre se está cayendo y siempre se está reparando, y aquella fué una de tantas ocasiones de ruina y reparación del admirable monumento.

Los diputados por Granada habían conseguido de mí la promesa de ir á inaugurar las nuevas obras, y todo estaba dispuesto para el viaje, y aun avisado estaba el gobernador civil de aquella provincia, que lo era por entonces, si mal no recuerdo, el Sr. León y Castillo.

Mas ocurre lo que ocurrió y he referido; y al punto noté en los diputados que habían de acompañarme menos interés por el viaje, frialdad, recelos, y, por decirlo con una palabra, miedo.

Miedo de acompañar á un ministro descreído, hereje y casi endemoniado.

Algunos de dichos diputados, que eran excelentes personas y amigos leales, me plantearon la cuestión con toda claridad.

De este modo me dijeron:

Granada es una ciudad muy levítica; los retrógrados en general, y los carlistas en particular, tienen mucha fuerza. La sesión en que quisieron darle á usted un voto de censura, las acusaciones de antirreligioso que se le dirigieron, el propósito que se le ha atribuído de suprimir la enseñanza del Catecismo, todas estas cosas han tenido gran resonancia en Granada, han excitado á mucha gente contra usted, y como todos estos hechos están muy recientes, si usted se presentase ahora en Granada, serían de temer manifestaciones y aun escándalos que usted no debe provocar. Creemos, pues, como amigos que somos de usted, que debe renunciar al viaje proyectado, y empezar modestamente las obras de reparación de la Alhambra sin la solemnidad que habíamos pensado.

Se da un pretexto cualquiera, y nada de viaje.

Yo les oí con calma, y con más calma les contesté lo siguiente:

He prometido ir á Granada, y estoy resuelto á ir.

Empeñé mi palabra, no la retiro, y si ustedes me la devuelven, no la tomo.

Se ha dicho que voy, y el no ir sería una cosa muy parecida al miedo, cuando es lo cierto que me importan poquísimo todas esas manifestaciones hostiles que ustedes me anuncian y que tienen por ciertas.

En suma: yo voy, estoy completamente resuelto á ir; pero no les comprometo á que me acompañen, sobre todo si ustedes temen que sus electores tomen á mal el que acompañen á un ministro tachado de hereje.

Ellos protestaron, asegurando que si yo iba, irían conmigo; y yo les dije que prepararan el viaje.

Sospecho que mi determinación no les hizo mucha gracia, ni al gobernador ni al capitán general; pero de todas maneras, yo fuí, y el viaje resultó agradabilísimo.

Empezó por una expedición en tren especial que me ofreció el marqués de Loring, una de las personas más amables, más simpáticas y más entendidas en asuntos financieros que he conocido; expedición, digo, al Tajo de los Gaytanes y al precioso valle de Alora.

Y terminó el viaje visitando las fábricas de azúcar de la costa.

Entre el principio y el fin, estuve en Granada durante toda la semana y algunos días más, que en conjunto serían unos quince.

Y no sucedió nada, absolutamente nada; ni la menor manifestación de desagrado, á pesar de tantos temores y amenazas.

En honor á la verdad, confieso que la llegada no fué muy brillante, porque el recibimiento fué puramente oficial: las autoridades y los que por obligación tenían que salir á recibirme, y nadie más.

Verdad es que llegué de noche, en carruaje, y más tarde de lo que había anunciado, porque en Loja, donde el comité del

partido radical me dió un banquete, me detuve más de lo que pensaba.

De todas maneras, mi entrada en la poética ciudad fué silenciosa, triste y con cierta nota siniestra, que más tarde me recordó nuestra entrada en Cartagena cuando fuimos á recibir á Don Amadeo.

En resumen: no me recibieron mal, porque tampoco podía recibirme mal quien no fué á recibirme.

Entré en la fonda en que me habían dispuesto alojamiento, á hora muy avanzada de la noche; se hicieron las presentaciones de ordenanza, las del elemento oficial y las de los comités radicales, y me dejaron descansar.

A eso de las doce entró á verme Merelo, que era el director de Instrucción pública, y me dijo que había una comisión de republicanos federales que deseaban saludarme.

Hay que advertir que, en la Cámara y fuera de la Cámara, yo estaba en buenas relaciones con los republicanos federales, y no seguramente porque participase de sus ideas, ni porque sintiese la menor inclinación hacia la federal.

Bien sabían ellos que rechazaba yo la federación en absoluto, considerándola como un atentado á la unidad de la patria, como una regresión en el orden histórico y como una negación brutal del verdadero progreso, que es ir cada vez á unidades más altas y más comprensivas, concediendo dentro de esa unidad cada vez más sumas de libertades y más perfectas al individuo, lo cual trae consigo la máxima asociación, pero asociación libre, no forzada por unidades orgánicas interiores, amenazadoras para la unidad de la patria.

En suma: unidad del Estado español, máxima libertad para los individuos y máxima asociación libre bajo el tipo, pudiéramos decir, de la sociedad anónima.

Estas eran y son mis creencias y mis ideales, y los republicanos federales lo sabían, y, sin embargo, más de una vez me mostraron por aquella época su simpatía y su adhesión.

\*  
\* \*

Conque volvamos á Granada.

Merelo me presentó una comisión numerosísima de federales, gente enérgica, resuelta, de aspecto batallador, y cada uno con su respectivo revólver.

Me saludaron con mucho entusiasmo, advirtiéndome que probablemente vendrían aquella noche los carlistas á darme una cencerrada; pero que ellos y numerosos amigos velarían alrededor de la fonda, y que si se presentaba algún reaccionario lo pasaría mal. En suma: que la cencerrada acabaría á tiros.

Yo les agradecí sus buenos propósitos, rogándoles que se retiraran, evitando cualquier conflicto; porque dado caso que hubiera cencerrada, me serviría de diversión.

Después de todo, peor habían de estar los de la cencerrada en la calle y en su faena, que yo en mi cama descansando.

Nos despedimos afectuosamente, y ellos se fueron, á pesar de mis consejos, á continuar la ronda y la vigilancia.

Pero ni aquella noche sucedió nada, ni en los días sucesivos; se fué derritiendo el hielo, y todos me trataron ó con afecto ó con respeto.

\*  
\*  
\*



Verdad es, porque á cada uno hay que darle su mérito, y yo no puedo negarme el que me corresponde, que en los días que estuve en Granada me conduje con mucha prudencia y mucho acierto, y citaré algunos ejemplos que dí de moderación y prudencia.

Me preguntaron, de parte del fondista, si quería comida especial de carne, porque eran días de Semana Santa, y la comida que generalmente se hacía en la fonda era de vigilia.

Yo me negué á ello, y todos aquellos días comí de vigilia, y de vigilia obligué á comer á todos los radicales que me acompañaban á la mesa.

Porque era un establecimiento público, y obligar á que pusieran comida de carne para mí, era una especie de alarde y provocación de mal gusto; ni esto tiene nada que ver con mis

ideas liberales: es, en todo caso, una muestra de respeto á la mayoría.

Sin que esto implicara tampoco el más insignificante sacrificio, porque á mí me gusta más la comida de vigilia que la de carne, y me hubiera parecido un fanatismo sandio comer á disgusto sólo para ofender las creencias ajenas.

Otro ejemplo más de prudencia.

Muchos de mis amigos querían que inmediatamente se hiciera la inauguración de las obras con los banquetes, discursos y agitación política que á este acto habían de acompañar.

Yo me opuse resueltamente.

—Hasta que no acabe la Semana Santa—les dije—no se hace nada; si siempre deben respetarse los sentimientos de todos, sean pocos ó muchos, no hay motivo para faltar al respeto á las creencias generales.

Proceder de otra suerte, sería algo así como una provocación á las creencias de la mayoría de los granadinos; valdría tanto como decirles, si no con las palabras, con los hechos: á lo que vengo, vengo, y no me preocupo ni poco ni mucho, ni me importan vuestras creencias religiosas, vuestras costumbres y tradiciones. En estos casos, y muchos más, un representante del Gobierno, si peca de algo, debe pecar por exceso de prudencia, porque no se compromete él solo, sino que compromete al Gobierno de que forma parte.

Hay que reconocer, digan lo que quieran, que casi siempre he sido un hombre muy prudente, y que jamás he comprometido á mis compañeros, ni por vanidad ni por llamar la atención sobre mi persona.

Y como lo dispuse se hizo; es decir, que no se hizo nada hasta los días de Pascua.

Por delante de la fonda en que yo paraba pasó la procesión de la Virgen de las Angustias, que yo presencié desde el balcón, y frente á mi balcón detuvieron la imagen, rodeada por gran número de caballeros de la población, entre ellos muchos correligionarios míos.



Y detenida la imagen, y levantando los brazos en alto, todos gritaban: ¡Viva la Virgen de las Angustias! Y la inmensa muchedumbre que llenaba, mejor dijera que macizaba la explanada, miles y miles de personas de todas las clases sociales, repetía en coro: ¡Viva la Virgen de las Angustias!

Este fué el único desahogo que se permitió el pueblo de Granada; desahogo inofensivo, y que yo no tomé como alusión á mi persona, porque yo jamás había dicho nada contra Señora tan alta. Más aún: yo recordaba que, cuando niño, presencié muchas veces en Murcia el entierro del Santo Sepulcro, que realmente es una nota muy poética.

Solo se compone de dos pasos: delante, el Santo Sepulcro, de cristal todo él, con multitud de faroles y flores.

Detrás, una sola imagen, la Dolorosa, vestida toda de negro, con la cara muy pálida y llena de lágrimas, y siguiendo el cadáver de su Hijo.

Y sentía gran lástima, lástima infantil por la pobre Madre que iba tras el cadáver de su Hijo. De suerte que yo, que siendo niño, había sentido aquellas emociones por la Dolorosa, no había de ofenderme porque el pueblo de Granada vitorease á la Virgen de las Angustias, que en el fondo era la Dolorosa de mi niñez.

\*  
\* \*

Pasó la procesión tranquila, majestuosa, sin el menor incidente desagradable, y el capitán general Sr. Rey y yo, solos, completamente solos, bajamos á la explanada y estuvimos paseando largo rato entre la muchedumbre, que se apartaba respetuosa y nos saludaba al pasar.

Y llegó el domingo, y se inauguraron las obras, y me dieron un gran banquete, muy hermoso, muy poético, muy entusiasta, en uno de los salones de la Alhambra, entre flores y arabescos y pedazos de cielo azul, recortados por ventanas arábicas.

Y hubo brindis políticos y artísticos, y yo pronuncié mi

correspondiente discurso, en que me declaré entusiasta de los árabes y de los moros y de todos sus afines. Esto no hubiera estado bien en una Catedral, pero en el palacio de la Alhambra era pie forzado.

En suma: que si tras las puertas y los tapices, y por los huecos en herradura de las ventanas, se asomaron las sombras de los reyes granadinos y de sus esposas, debieron quedar satisfechos de mi discurso.

\* \* \*

Todavía estuve algunos días más visitando la Universidad, las escuelas y los alrededores de la ciudad bendita, como dice Zorrilla, las cuevas de los gitanos inclusive.

Y terminó mi expedición con un banquete, que me dieron en el Sacro Monte; y debo declarar, para que se vea que no soy fanático y que sé apreciar lo bueno, que pocas veces he comido mejor ni con vistas más admirables, ni entre personas de educación más correcta.

Era cosa resuelta: el haber comido de vigilia, el haber suspendido todo acto oficial durante la Semana Santa y el haber presenciado desde el balcón el paso de la Virgen de las Angustias, saludándolo respetuoso, había borrado la mala impresión de mis adversarios, y hasta en el Sacro Monte me daban un banquete aquellos respetables religiosos.

¡Señor, si en este mundo sólo con tener buena educación se ganan muchos amigos, y para pensar cada uno lo que quiera pensar, y sentir lo que quiera sentir, y creer lo que quiera creer, no es preciso ofender á nadie!

Sí; la conciencia de cada persona es un santuario, al cual no hay que acercarse ó hay que acercarse respetuoso para no profanarlo.

Ya ven mis lectores que no soy fanático, ni por la izquierda ni por la derecha.

Por algo escribí algunos años más tarde el drama titulado *Los dos fanatismos*.

JOSÉ ECHEGARAY

# DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

(CONCLUSIÓN)

---

## JUAN BAUTISTA DEL MAZO

(Murió 10 Febrero 1687)

Juan Bautista del Mazo pertenecía á los talentos en que predominan las facultades de adaptación y asimilación. Sus copias de Velázquez, como asegura Palomino, no difieren de los originales, y las de Ticiano, Tintoretto y Paolo solían engañar á los mismos italianos. Realmente, *Las dos Dianas en el baño* (Prado, 482 y sig.) se han tenido hasta el día por originales, y aun lo seguirían pareciendo, si el *Alibi* de los Ticianos auténticos no fuera conocido. Cuando el rey deseó gozar también en Madrid de los Rubens pintados para su palacio de Caza, Mazo reprodujo nada menos que 42 de sus historias y cuadros venatorios, si bien en tamaño pequeño.

En los retratos (único género en que se atrevió con las figuras de tamaño natural) era sólo un «reflejo» de su maestro, como llegó á serlo en el puesto de pintor de cámara. Tocáronle las tristes sombras de aquellos los más oscuros días de la historia de España: el viejo rey, acabado y sombrío; su viuda, en traje conventual; la infanta Margarita, en la más prematura decadencia de su hermosura (1). El pequeño cardenal es una resplandeciente excepción.

---

(1) Felipe IV, Prado, 1.117; Galer. Luis Felip, 77; después H. Huth; Mariana en Castle Howard; Margarita, Prado, 790; Gal. La Caze, 89.

En efecto: pronto se nota que había aprendido una manera contraria á su temperamento; de aquí la inseguridad y negligencia del dibujo, los equivocados escorzos, la falta de entonación general, los defectos de perspectiva y la oscuridad, á consecuencia de la insegura técnica.

Sólo cuando trabajaba exclusivamente con el color, en el mobiliario, en los ramos de flores, en los paisajes y otros accesorios de figuras, revela innegables dotes, formadas por el estudio de los grandes coloristas citados. Su pincel es entonces más florido y pastoso y hasta más vivo y manchado que el del maestro, al cual á menudo hace presentir de modo engañador.

Lo más importante de Mazo son los paisajes. Pintó vistas como la de Zaragoza, siete de El Escorial, palacios y jardines, cazas y originales de gran tamaño con anécdotas mitológicas y épicas. Si no estuviesen tan oscurecidas, este artista sería más conocido; en su tiempo fué el único en España digno del nombre de pintor de paisajes. No tienen éstos el tono de plata ni de polvo de Velázquez; se inclinan más á los flamencos, como Jacques d'Arthois, que á los heroicos paisajes de franceses é italianos; el rasgo romántico del español tampoco se echa de ver aquí. En las figuras hay talento de exposición y facilidad de inventiva.

Mazo tomó probablemente mucha parte en varios paisajes, vistas de jardines, etc., que en los inventarios y catálogos se atribuyen al suegro. Su correspondencia con sus propios indubitados trabajos en forma, color y accesorios, es tan manifiesta como la divergencia con los fondos de Velázquez en los retratos ecuestres. Vale la pena de fijar la atención en estas cuestiones, puesto que á menudo el estilo de paisaje de Velázquez se ha descrito como completamente disconforme á las obras de Mazo (1). En las masas de hojas borrosas oscuras, en las amarillas luces de sol por entre las ramas y en el insu-

---

(1) Z. B. CH. BLANC en la *Histoire des Peintres Vel*, p. 6.

ficiente bosquejo de las figuras, se revela la mano del discípulo.

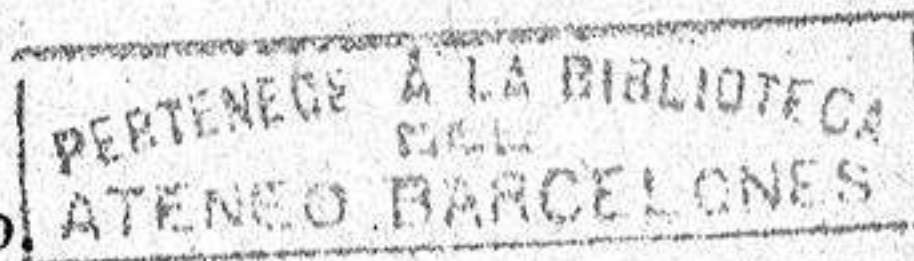
Algunos paisajes del Museo del Prado han sido atribuidos á Velázquez, sólo por el carácter de ruinas romanas, si bien en el siglo XVIII eran tenidas aún por obras de Mazo (1).

El estudio núm. 1.114 deja ver un estrecho y alto pasadizo abovedado, cuya línea circular, así como una gran taza, recuerda el Colosseo. Probablemente se dió al cuadro un programa de Hieronymo Cock (COLLOSEI. RO. PROSPECTUS).

La pareja (Nr. 1.113) muestra una fachada de un magnífico edificio, sobre cuyas ruinas, cubiertas de matorral y hierba hasta la cornisa, sobresale *una* especie de columna. En la torre, flanqueada por dos columnas, hay una sacerdotisa. En el cielo, el dios Mercurio, hendiendo los aires, y en la parte baja otras figuras. El día en que las vestales llevan al templo en una cesta con guirnaldas las reliquias de Pallas, el dios es el adorno de la fiesta.

Vertit iter, caeloque petit diversa relicto.

(ORID. *Metamorf.* II.)



## LOS DISCÍPULOS

Una ojeada sobre los discípulos es parte en el retrato de un maestro. La escuela nos revela sus dotes de enseñanza y su gusto por ella; la medida en que á la vez que artista era emprendedor y hombre de negocios, y pone de manifiesto la proporción de lo que se transformó en moneda circulante, con lo que en el artista era personal é intransmisible. Esto último es siempre lo que vale más. Leonardo hallaba la nobleza de la pintura en su intransmisibilidad. Todos los grandes pintores han tenido una escuela, no sólo aquéllos que para la termina-

(1) Aranjuez: Última pieza de guardarropa. Ruinas de arquitectura  $4 \times 5 \frac{1}{2}$ . Ruinas de templo con columnas, con una figura á la puerta de él, otra de rodillas ofreciendo, y varias en distintas actitudes. 800 reales. Inventario de 1789.

ción de sus bosquejos necesitaban muchas manos, sino también los que por sí mismos daban la última pincelada, y á veces hasta no podían hacerlo más que en la soledad, porque encerraban en el secreto sus procedimientos.

Se dice que todos los pintores de Madrid se apiñaban en torno de Velázquez. Tan á menudo podía proporcionar trabajo. En el decorado de los antiguos y nuevos palacios se le encargaba que buscara manos hábiles; se le hacían recomendaciones y proposiciones; hasta para la adquisición de títulos era consultado. Su constante favor en la corte parecía enseñar lo que puede ser de un pintor que echa raíces en el corazón de un rey, y nadie se adueñó como él del gusto de la corte y la nación.

Tuvo ocasión de formar artistas, y fué inclinado á ello. Muchos le debieron sus éxitos y hasta su existencia; significados talentos se envanecían de pedirle consejo. Su última protección fué dispensada á un fugitivo escultor, cuyo triunfo no pudo ver. Era éste *Giovanni B.<sup>a</sup> Morelli*, un discípulo de *Algarði*, hasta entonces ocupado en la corte de Francia. *Palomino* dice de sus *terracottas* que *Tintoretto* parecía haberle inspirado su espíritu y su vida. Apareció huído en Valencia, desde donde envió á Velázquez, como conocido «protector de este arte», una prueba de su destreza: el relieve de los ángeles con las insignias de la Pasión. El rey, para el cual se expuso en la tribuna, lo alabó y lo compró. Después envió algunos trabajos grandes del mismo material, entre ellos un ángel llorando la muerte del Salvador, una media figura de Felipe Neri, en vista de los cuales Velázquez resolvió llamarle, pero no llegó hasta 1661. El rey le dió trabajo hasta su muerte.

Zurbarán, también protegido suyo, fué llamado por el rey *pintor del rey y rey de los pintores*. ¿Quién no hubiera sentido envidia? Pero las pasiones bajas eran extrañas á él. En efecto: también se vió libre de la ambición de un *Tintoretto*, *Rubens*, *Giordano*, de acaparar para sí toda la empresa de que se hablara. Cuando el rey encomendaba á su dirección una sala

ó un palacio de caza, se contentaba con poner uno ó dos trabajos suyos entre los demás. Con esto necesitaba pocas veces de esa ayuda ó colaboración de la cual se forma la escuela.

Los biógrafos citan cierto número de discípulos; pero apenas hay tres de entre ellos que se apoderaron de su manera, y en algunos no se encuentran huellas de la misma. Además, poco tiempo le quedaba para enseñar. Como Su Majestad iba con mucha frecuencia á su taller, sólo se atrevían á entrar en él gentes de posición y cortesanos. Benito Manuel de Agüero, hombre ingenioso, *de dichos muy agudos y sentenciosos*, discípulo de su yerno, era uno de ellos. Otros eran nobles, como D. Nicolás de Villacís, de Murcia; D. Juan de Alfaro y Gómez, de Córdoba; el andaluz Diego de Lucena, *caballero de ilustre sangre*. Este ilustrado caballero ejercía el arte como solaz; algunos hasta tenían la debilidad (como Alfaro) de llamarse pintores.

Así, pues, las enseñanzas del maestro debieron de limitarse á consejos ó recomendación de modelos. Y éstos debieron ser únicamente los venecianos y holandeses de palacio, los cuales, por otra parte, convenían á la mayor parte por el encanto del color y el sentimiento de los paisajes del medio día. Pero se separaban del camino del maestro.

Esto da alguna luz sobre aquella brillante banda de pintores, formada en Madrid en su tiempo y ante sus ojos: los Cerezo, Escalante, Juan y Francisco Rizi, Diego Polo, Carreño y Claudio Coello.

En el estudio y la concepción tienen poco de común con Velázquez. Las contraposiciones de Tintoretto, los agrupamientos de Bassano y la distinción de Paolo eran los elementos de su composición. La llegada de los moldes romanos revelóse al punto en asuntos clásicos; era muy difícil tener modelos femeninos. Las grandes máquinas de visiones y glorias, la mezquindad de la recompensa y la comodidad nativa inclinaban á la *maniera*; había poco tiempo para más fina observación del natural. Algunos sentíanse atraídos del floreciente

colorido de los holandeses; las místicas bodas de Santa Catalina, de Cerezo, en la sala capitular de Valencia, se presentaba al lado de un Rubens de ardiente color. Pero la mayor parte inclinábanse á Ticiano, cuya última manera hacía sobre ellos tal impresión, que esta escuela de Madrid puede considerarse como último período de la época ticianesca. Aquellos cielos azules, surcados de nubecillas anaranjadas y rojas, ardientes franjas crepusculares; aquellos trajes de luminosos colores, de reflejos dorados y figuras contorneadas de luz en una semioscuridad visionaria, poseen un indudable encanto para la vista. Son más interesantes que los italianos de entonces, de los cuales estaban cerca en el asunto y en la inventiva, si bien en la ciencia y en el dibujo se quedaban muy atrás.

Aun en los mismos retratos parecen estar más cerca de la elegancia y gracia pictórica de Van Dyck que de la noble, pero sobria, verdad de Velázquez.

Él lo hacía todo con su capciosa libertad y facilidad, y estas dotes le gustaban también en los demás. Su vivo elogio del «Manna en el desierto», de Diego Polo, llamó la atención. Este cuadro se veía aún en la Galería de Don Sebastián, en Pau (Nr. 887). Por el calor de los tonos y por el rasgo fogoso sin fundir, rudo, y sin embargo, conducido con habilidad colorística, cautivaba la vista, á pesar de toda su pobreza de inventiva y trivialidad de las figuras.

Fueron extrañas sus relaciones con su esclavo JUAN DE PAREJA, con el cual hicimos conocimiento en Roma. Durante toda una generación le acompañó como su sombra, preparando lienzos, moliendo colores, disponiendo pinceles y paletas, sin que nunca revelase la idea de hacerse un pintor. Pues Velázquez no le permitió ocuparse de nada que fuese pintar ó dibujar, á causa de «el honor del arte». Un esclavo que pintara constituía una injuria. La susceptibilidad de los pintores no tenía límites cuando se trataba de las cuestiones de dignidad. Así, pues, tuvo que ejercitarse en horas de soledad y durante el silencio de la noche.



Cuando creyó poder dar pruebas de su madurez, pensó cómo había de preparar la inevitable escena de revelación, ante la cual sentía indecible angustia. Nada menos que la intercesión de Su Majestad creyó que podía ser únicamente su salvación. Conociendo su bondad y compasión para todo talento, pensó hacer de un cuadro su mudo intercesor. El lienzo que le había de servir como *morceau* de reception, fué colocado, sin que nadie lo notara, en el taller contra la pared. El rey, pensó, cuando visitase el taller, le volvería. Sobre nada podía hacerse cálculo más infalible que sobre las costumbres de Su Majestad. Cuando, en efecto, el rey volvió el cuadro y miró con expresión interrogadora al pintor, cayó el hombre de la cabellera rizada de rodillas, confesó y suplicó que le amparase contra su señor (*amparar*). El rey dijo: «No sólo no debéis decirle nada por ello, sino que además, quien tal habilidad posee, no debe seguir esclavo.» A consecuencia de lo cual, su señor le dió libertad. Pero Pareja prefirió seguir á su servicio como hasta entonces. No tenía ninguna hiel. La expresión: *lo que sobrevivió á este caso* parece indicar que este suceso tuvo lugar poco antes de la muerte de Velázquez.

Pareja fué muy sobresaliente pintor de retratos; también sus cabezas se confundían con las de Velázquez (según Palomino). Ninguna se conoce con seguridad. Pero que también servía para la Historia, lo demuestra el cuadro del Museo del Prado, su única obra allí, llamada el *telonio*, del año 1681; en el siglo xvii estuvo en San Ildefonso y Aranjuez; aquí estimada en cuatro mil reales. Debajo de la ventana, á la izquierda, en la sombra, vese también la figura del pintor con un papel, en el cual se lee su nombre. Eligió para esta su obra maestra la vocación de San Mateo, que era tenido por apóstol de la raza etíope. Esta escena, por otra parte, era preferida por los naturalistas; un cuadro, cuya descripción es parecida, había ya en Palacio.

La composición es algo académica, pero no merece las censuras de que ha sido objeto recientemente. En todo caso reve-

la imaginación pictórica y cierta especie de nobleza que no se podía esperar de su raro aprendizaje. Indudablemente, el acaso le entregó á Velázquez un talento. Es extraño que no se reconozca apenas nada de la manera del maestro; á lo más, en la doble luz de la ventana y el vestíbulo se hallan ciertas reminiscencias; en cambio, tiene algo de la opulencia de color de un Rubens ó de un Pablo Veronés.

Pero no se sostuvo á esta altura. Seis años después, pintó para las Trinitarias de Toledo un bautismo de Cristo, que hace pocos años pasó del Museo Nacional á la Galería provincial de Huesca. Aquí ensayó el antiguo estilo religioso. Glorias, mucho paisaje, escenas episódicas en el fondo. Pero el tono es pálido, amarillo y frío; el dibujo, amanerado; el toque, desatacado; las figuras, poco nobles. Habitado á tomar de los maestros, proveyóse en Toledo á costa del Greco. Aun se mostró bajo otros aspectos en el cuadro del Museo Nacional (Nr. 414) en el gusto de Salvador.

Cuando delante de un Velázquez algo dudoso, se pregunta: ¿Quién otro puede haber pintado este cuadro? Se suele pensar en Mazo ó Pareja. También se suele pensar en otros. Sabemos, por un escrito del embajador de Módena, Camilo Guidi, que ANTONIO PUGA y Juan de la Corte eran estimados en Madrid, hasta por el mismo rey, como autores de los retratos ecuestres pedidos á menudo ó encargados para regalos de la casa (1). Uno de éstos fué comprado en ciento ochenta ducados. Juan de la Corte hacía las figuras y Puga el paisaje. Aún más reputado era éste en los cuadros de género; imitaba los *bodegones* del maestro *perfectamente*. Esta noticia la confirma el único (atribuido á él) cuadro en el Ermitage, un forjador de espadas en

---

(1) Ci é di piú tutta la casa d'Austria in grande a cavallo di mano di Gioanni della Corte, e ciascun quadro é ornato di paesi di mano d'Antonio Puga, che sono i piú stimati di questa corte, e da S. M. in questi generi, e ne dimandano cento ottanta ducati l'uno (Cart. GUIDO, 20 Nov. 1641, á duque de Mod.)

el trabajo, con algunos clientes que miran en un tono algo chillón, pero no desagradable.

Su compañero JUAN DE LA CORTE (nac. 1597, mur. 1660) se perfeccionó en el color en casa del maestro. Su nombre aparece ya en la galería de capitanes del Buen Retiro; su especialidad eran cuadritos de batallas, perspectivas, paisajes con fábulas, escenas eclesiásticas, leyendas. En el palacio de Riofrío, de Segovia, se ven aún algunos de éstos, por cierto muy numerosos.

BARTOLOMÉ ROMÁN (nac. 1596, mur. 1659), el mejor discípulo de Vicente Carducho, al cual ayudó en la Cartuja del Paular, perfeccionándose en el color bajo la dirección de Velázquez, tanto que Carreño buscó sus enseñanzas. Tuvo, sin embargo, poco que hacer, pues no buscaba encargos. Sólo un gran cuadro hay aún en la sacristía, que se veía en otra época en la iglesia de la Encarnación, tan íntimamente relacionada con la corte. Presentó la parábola de el huésped, en que no aparece ningún ropaje de boda; un cuadro decorativo, cuyo multicoloro sincretismo de ropajes, al gusto de los teatros de corte, era muy marcado para aquel tiempo.

En los últimos años del pintor encontramos á su lado á aquel joven noble de provincias. JUAN DE ALFARO Y GÁMEZ (1640-1680) era hijo de un noble aficionado de Córdoba, el cual hizo que su hijo aprendiera á pintar en casa de Antonio del Castillo, y después fué recomendado á Velázquez. Fué el más inspirado admirador y copista del maestro. Palomino, á quien persuadió á que se trasladase de Córdoba á Madrid, hace de él tanto elogio como Cean desprecio. Martínez le cita entre los españoles que trabajaban tomando asuntos de cobres extranjeros. Á su vuelta llamó la atención por su nueva manera flotante, pero disgustó por su arrogancia; y cuando exponía sus cuadros en San Francisco, le hacía poner debajo de su firma su maestro Castillo, como proverbio, *Non pinxit Alfarus*. Sus retratos del arzobispo Francisco Alarcón y Alonso de Salizares, demuestran que aprendió poco de Velázquez: so-

bre un fondo rojo hacía caer agudas luces y pesadas sombras. Después fué un constante visitador del regidor de Madrid, Pedro de Arce, donde tuvo ocasión de conocer á poetas y escritores. Conocido es su retrato de Calderón, antes en San Nicolás, hoy en el hospital de Antón Martín. En la grosera descuidada pintura de aquella cabeza de viejo, amargada por el pesar, no hay ningún indicio del ingenio de aquel poeta, tan alegre como rico en ideas y fantasías. Más feliz fué en los retratos pequeños en la manera de Van Dyck, «de extraordinario *primor* é insuperables». Estos pequeños retratos eran entonces muy solicitados; buen ejemplo son los bustos del duque de Osuna, atribuidos á Murillo, y un desconocido en la galería de La Caza.

NICOLÁS DE VILLACIS (muerto 1690), hijo de una principal y rica familia de Murcia, se acercó también á Velázquez; emprendió después un viaje á Italia, donde, siguiendo el gusto de la corte, estudió el cuadraturismo. A su vuelta, encantó á los murcianos con tales arquitecturas poéticas en Santísima Trinidad y Santo Domingo. Velázquez le hubiera tenido con gusto en la corte; su viuda guardaba las largas epístolas que aquél escribía á su marido; debieron después pasar á Milán. Como los dichos frescos se perdieron, no podríamos formarnos idea de su pintura si no se conservase un cuadro en la galería Esterhazy, de Budapest, Santa Teresa ante la Virgen. Este cuadro encadena, por la atrevida sinceridad y sensual encanto del color, un poco desordenado. Con el dibujo se mostró como un *hidalgo*.

Finalmente, se cita también á FRANCISCO PALACIOS (1614 á 1676), que decayó á la muerte del maestro; TOMÁS DE AGUAL, que pintaba pequeños retratos, y del cual sólo se tiene noticia por un soneto de Antonio Solís á su retrato; y el retratista FRANCISCO DE BURGOS MANTILLA, de Burgos, al cual Cean ni siquiera se tomó el trabajo de citar, tomándole del libro de Díaz del Valle. Fué á Madrid de nueve años, y estuvo en relación con el maestro toda una generación.

Esta es la serie de pobres caballeros que siguieron la pista de Velázquez. La mayor parte eran harto insignificantes para poder tomar algo del mismo. Lo poco que de ellos se conoce basta para poder afirmar que apenas se elevaron sobre las medianías de su tiempo.

Pero el derecho á ocupar un sitio en la historia no se funda en el número de imitadores ni en una considerable descendencia artística. Ningún amigo del arte buscará el mérito de un pintor, sino en aquello que éste produjo en el apogeo de su vida. Y cuanto más palpable es dicho mérito, más indiferentes son aquellos efectos accesorios, que sólo sirven para dar relieve y congruencia á la complicada materia de los biógrafos é historiadores.

## EL FIN

El rey Felipe sobrevivió á su Velázquez aún cinco años. A su última época pertenece aquella admirable cabeza de viejo, que nadie que la ve la olvida. Los mejores ejemplares están en el Prado (1.080), en Viena (612) y en la Gal. Nat. de Londres. La primera procede de la figura entera armada (1.077), que produce aún cierta impresión de marcialidad. El de Viena es el que se mandó con el de la reina al archiduque Leopoldo á Bruselas.

Así aparecía cuando firmó la paz con Francia, antes del desgraciado intento de reconquista de Portugal. En estos últimos, los más sombríos tiempos de su reinado, parece que la desgracia borró la natural bondad y modestia de su carácter. A la muerte de su hijo, trató de ser el padre de su pueblo; madama de Motteville encontraba en él «una fisonomía llena de bondad». Cuando, después de treinta y cinco años de separación, volvió á ver á su hermana Ana y pensó en sus largas guerras, exclamó: *Ay, señora, es el diablo que lo ha hecho*. Lloró amargamente al despedirse de María Teresa y Luis, cuando vió pendientes de su cuello á los dos muchachos.

La cara, de un rubio claro, es más densa ahora; las facciones están fuertemente ajadas; se ve en ellas seriedad y resignación; pero todavía no hay huellas de decadencia ó enfermedad. Los finos cabellos rubios caen, sin la menor cana, hasta la *golilla*. Estos largos cabellos, que bajo Carlos II se extendían hasta la espalda, se empezaron á llevar el quinto decenio; en una pragmática de 1646 prohibió que nadie compareciese ante él con pelo largo. El magnífico bigote aumentaba la apariencia de capitán veterano que aún se siente recio, y «quiere morir armado». La fuerte barbilla le da importancia. Hasta puede decirse que nunca pareció mejor; por esto también fué estudiado y copiado en todas partes el amplio y pastoso retrato. La gravedad parece en él más natural que antes. Por mucho que haya cambiado la delgada y rígida cabeza del joven, pintada una generación antes, algunos rasgos fundamentales, como la mirada, el continente, y aun el peinado y la frente, han permanecido inalterables.

La cabeza fué copiada por Carreño (Academia de San Fernando); también en el Louvre (galería La Caza); en el Ermitage, en Bath House (Lord Clarendon) se ven copias. En la galería de Turín parece achacoso.

En efecto: por aquellos días comenzaron á declinar sus fuerzas; en Aranjuez sufrió en 1659 un enfriamiento, al cual siguió una parálisis. Los últimos reveses en el Oeste fueron, aun para su estoicismo, demasiado. Profundas arrugas surcaron su rostro; la mirada se apagó, apareciendo una expresión de agotamiento y amargura. La apariencia de estos últimos años posteriores á la muerte de Velázquez se conserva en el cuadro de el yerno de éste en el Prado (1.117); la imagen de un hombre acabado. La cabeza fué grabada por Villafranca en la descripción de sus exequias de Monforte, donde también se reproducen las anteriores (1).

(1) QUIRINI: Relazione di 1661 describele de sesenta y siete años: Sottoposto ad una caduta di paralisia che gli leva la grazia del movimento di tutta la parte diritta essendo la sua carne como livida a macchie nere.

Así terminó este rey, en el fondo noble y bien dotado, al cual faltaba, sin embargo, la cualidad más importante para su puesto: la voluntad. «Ahora, después de haber terminado por fin las temibles guerras y confirmado la paz, espera una tranquila vejez. Pero, atormentado por los dolores, deprimido por la enfermedad, fatigado por los negocios, amargado por el lamentable estado de la monarquía, exhaló, con la más completa resignación, el último suspiro.» (Zorzi.)

Cuando murió, tenía su hijo único apenas cuatro años. Así recibió la más incapaz de todas las reinas españolas la regencia, y su nombre cubrió los días de más baja decadencia de España, que debía sufrir el régimen de los hábitos y de la capucha. Y como, después de pasajero retraimiento, volviese á aparecer como influyente reina madre, no faltaron numerosos retratos de la reina viuda en traje conventual. Estos retratos nos conducen al interior del antiguo palacio con sus cuartos semi á oscuras, sus altos espejos en pesados marcos de oro con águilas, sus apiñados óleos con marcos de ébano, sus mesas de mármol con leones de bronce dorado, los cuales seguían poniendo su garra sobre el mundo, y las antiguas estatuas; todo tal como Velázquez lo dejara.

Mariana aparece casi siempre sentada en sillón de alto respaldo, vestida de blanco y negro, como abadesa. Así la vemos en el cuadro de Castle Howard, como regente, á los treinta y un años. El ampuloso traje caído, las joyas y perlas guardadas en el cofrecillo, los «claveles» artificiales marchitos, el cabello rubio y el cuello fino, casi siempre enterrado bajo la ceñida toca de viuda y el negro velo. También el ambiente es descolorido; un amarillo turbio y pardo son los elementos de este monótono retrato; las flores de la cortina amarilla son negras. Tiene una carta en la mano con el nombre *Juan Baptista de Mazo* (no Maino) y la fecha 1668. Pero, ¿qué quiere el famoso danzante de la tribuna, cuya sardónica faz cubre la cortina? A la izquierda, ábrese una clara habitación, y en ella se ve un grupo semejante al de las Meninas. Su hijo, por el cual sostie-

ne todavía los tributos del reino, está allí, rodeado de enanos y monjas, una de las cuales le tiene en la pared del pasillo. Una dama le alarga la capita roja.

A Mazo siguió Carreño. De él es el cuadro en la galería Harrach, de Viena, regalo al embajador imperial, conde Harrach, á su partida de Madrid en 1677. Los ojos son tristes, la boca, como si llorase. El que estudie la fisonomía, encontrará en este retrato una imagen de la seriedad, refractaria á toda alegría y simpatía; la crónica nos muestra á esta devota como torpe y malévolá mujer, en quien el gusto por los placeres mundanos no se había extinguido. El único objeto de lujo es el gran reloj de oro y perlas, con la escalera piramidal: tirano y símbolo de su existencia. Más duro y frío es el ejemplar de Madrid, donde la regente está sentada delante de un secreter, la mano derecha sobre un papel. La mirada es pensativa. También la Galería Nacional de Fomento poseía un retrato semejante, con expresión de dulce melancolía.

Así la vió Mad. d'Aulnoy durante su destierro en Toledo, en la ventana del improvisado alcázar, apoyada en el balcón, pálida y delicada, con dulce mirar, extendiendo su pequeña mano enguantada. Vese allí el alcázar de Carlos V, rodeado de la verde serpiente del Tajo, que se desliza por entre escarpadas rocas de granito, en otro tiempo embalsamado por floridos jardines, ensordecido por el estrépito de los telares de seda, hoy sólo animado por melancólicas canciones. Cuando oyó que la dama venía de Madrid, recordó de un retrato suyo del tiempo de sus bodas, enviado de Viena. «Nunca olvidaría—dijo—el momento en que, al entrar, miró el cuadro que debía ser ella. En vano trataba de creerlo; no lo pude conseguir.» Así duelen las heridas de la vanidad, á despecho de los años, en la aridez de una existencia sin objeto y sin fe. Por último, también Claudio Coello ensayó sus pinceles en ella. Al menos, el retrato de la Pinacoteca, de Munich (Nr. 1.302), parece más de él que de Carreño. La cabeza es la más antipática; el cuadro, el más interesante de todos.



En esta anciana dama, con el breviario en la mano y el brazo en el respaldo del sillón, difícilmente se reconocería á la princesa; pero en las abultadas facciones, en la desdentada boca, en la brutal barbilla y en la mirada oblicua, hay un rasgo de inquietud y perfidia. Es una imagen de la soledad y malignidad, de una existencia atormentada por la *jaqueca*, y vivificada únicamente por el excitante de las malas pasiones. Sus pensamientos se agitan probablemente en las intrigas que el fatal testamento originó. El ambiente respira fría y solitaria magnificencia. A la izquierda, ábrese un espacio, lleno de luz apagada, ante el cual hay un alto reloj de péndola, con águilas. El bordado y franjas de oro de la cortina, azul; la alfombra, blanca, con dibujo amarillo y pardo; el tapete, con flores verdosas; todo está finamente acabado, como si moviera en una atmósfera de polvo metálico que, como humo de incienso, rodea á la bruja, cubierta con las vestiduras del misticismo.

JUAN CARREÑO DE MIRANDA fué el sucesor de Velázquez en títulos y empleos (nació 1614, murió 1685). Llegó de Asturias con su padre, en 1623, en el mismo año que su antecesor, que le introdujo en la corte y le empleó en el decorado de Palacio.

En 1659 era pintor de cámara y asesor del aposentador de palacio; si hubiera tenido ambición, hubiera llegado á ser caballero de Santiago. Pero renunció á ello; no quería otro hábito que la honra de ser un servidor de Su Majestad. Y cuando los amigos le decían que debía aceptar para honra del arte, contestaba: «La pintura no ha menester que nadie la honre; ella puede conceder honor al mundo entero.» Sus historias le muestran en el último período de la escuela de Madrid; sus retratos recuerdan á Van Dick. Pero aun estamos en la misma familia y en el mismo alcázar, con aquellos óleos y espejos; y los personajes toman las mismas actitudes y se apoyan en el respaldo de los mismos sillones. El espíritu del lugar es tan poderoso, que sus retratos han sido tenidos por de Velázquez, aun en el mismo palacio. Poseía, sin embargo, este noble asturiano algo de la verdad de su predecesor, y el retrato de la

corte no ha sido favorecido por este «honorable cronista». En parte son las mismas personas, en parte otras, pero no hay nueva vida; todo es mate turbio, entenebrecido como por las sombras del Orco. El segundo Juan d'Austria, el fruto de las frívolas veleidades del hombre de quien se esperaba un segundo ejemplar del genial bastardo de Carlos V, sólo pudo llegar á estadista y general, y ser citado por los contemporáneos y por la posteridad como un completo fiasco. El bufón Bazán figuraba no como orgulloso torero ó capitán curtido, sino como tímido suplicante. Hasta la clase de enanos parece degenerada al lado de aquellos cinco tipos, en el pequeño Misso, con sus papagayos y perros (1). En el centro, entre estas mates y palidecidas figuras, aparece una altiva figura en traje asiático, mirada atrevida y astuta: Peter Ivanowitsch Potemkin, 1682, que apareció en Madrid el año en que subió al trono Pedro el Grande.

La última sombra de rey, cuya educación monjil había medio adormecido su espíritu un *genio anónimo* (Foscarini), sin voluntad, incapaz de fijarse en nada ni aun de tener aficiones, siempre en todas partes y en ninguna, desconfiado de sí mismo y de los demás, sombrío y reservado, y sin embargo, incapaz de guardar un secreto; atormentado y aburrido por los negocios y ceremonias, en el cual tenía puestas sus esperanzas la nación, y que sólo arrojó en el trono veinticinco años la vergüenza de su ineptitud; este desgraciado Carlos II tenía, cuando alguna vez mostró algún indicio de voluntad, la pretensión de ser una sombra de sus antepasados. En esto permaneció fiel á la tradición. También quiso de niño proseguir en África la antigua guerra religiosa; también odiaba á los

(1) Antes en The Grove (Lord Ashburton); hoy en The Hon.<sup>ble</sup> LOUISA ASHBURTON en Londres. Inv. 1694. Doc. inéd. LXX 440. Sólo en el género monstruosidad sobrepasa á todos la gigante, de sesenta años, Eugenia Martínez Valleja (1680), una Falstaff femenina, pintada por Carreño por orden del rey, una vez desnuda y otra de gola roja. (Prado, 691, y Galería del Inf. D. Sebastián).

*gabachos*, á los cuales, por último, debía legar su reino; también era devoto espectador de los autos de fe en la Plaza Mayor, de los cuales hizo á Rizi pintar uno, que hoy los españoles miran con vergüenza en el Museo del Prado. Como la nación, terca en la creencia de que nada había mejor que todo lo español, en su organización y prejuicios, soportando sus pruebas y escarmientos con orgullo, así los reyes iban siendo siempre, en la figura, carácter, hábitos, una copia cada vez más débil de sus antepasados. La misma Naturaleza parecía mostrarlo en Carlos II; en su pálido y extinto semblante, en la mandíbula inferior saliente, en los cabellos rubios y ojos azules, en la melancolía, se pueden reconocer en espantosa degeneración las facciones de su abuelo Carlos. Pero su modelo más inmediato era su padre; como él, también perdió la afición á la caza, quedándole, por último, el gusto por la pintura; cuando salía de su perezoso y estúpido silencio, era hasta ingenioso; también pintó é hizo música.

El mejor, quizá, entre sus retratos, de mano de Carreño, está en Viena; llevóle el conde Harrach en 1677. El conde estuvo en Madrid en 1697 por segunda vez, cuando la cuestión del testamento estaba en todo su ardor. Una figura que no conserva ni voluntad ni tenebrosidad. Se hizo retratar en traje de la orden del toisón de oro, á la antigua gala borgoñona, completamente sumergido en los diferentes rojos de la capa, de la cortina y del tapete. La corona está sobre la mesa de leones. Un espejo muestra la espalda de la figura; por la puerta descúbrense otros cuartos del laberinto del alcázar. Abrumado por esta pompa, inventada para personas de otra estatura, está de pie el marchito joven, cuya pesada frente ha conservado la forma redondeada de la niñez: los ojos azules apagados, sin animación, con rebordes rojos, miran al vacío. El pesado manto bordado de oro parece abrumarle, y la luciente púrpura dañar á sus ojos; hace más pálido el rostro exangüe; los largos cabellos rubios recuerdan á Childerico III, con la diferencia de que éstos son postizos.

El sucesor de Carreño fué Claudio Coello (23 Agosto 1684). Este último retratista de la monarquía era de familia portuguesa, como el primer Sánchez Coello. Murió de despecho á la llegada de Luca Giordano. Se había llegado á un tiempo en que á menudo se extinguían no sólo las casas de príncipes.

Claudio Coello fué maestro en el color y en los efectos de luz de todas clases. La Santa Conversación con San Luis del Prado (Nr. 702), era tenida como fruto de sus estudios en el real palacio; en ella no hay nada de oscuridad de muerte; es casi como la María en el jardín, de Rubens, de festiva animación, de luz radiante y de delicioso azul crepuscular. Esta pintura que acababa no representó las formas antipáticas de la degeneración. Murió con dignidad: lo demuestra una obra de Claudio Coello, la última gran producción de la vieja escuela española, que bajó al sepulcro en El Escorial: le iluminaba la tradición, algo del espíritu de Velázquez otra vez. El rey había mandado construir un retablo de piedras preciosas en el altar de la sacristía, para guardar las sagradas formas profanadas en la guerra religiosa de Holanda, y conservadas como reliquia desde 1592. El cuadro debía cubrir este retablo. Se eligió el momento en que el prior de los Santos bendecía al rey, de rodillas, á la cabeza de la procesión de su corte, con la custodia. Como el cuadro de *Las Meninas*, es también un momento culminante que consta de muchos retratos; se han contado hasta cincuenta. Da una fiel perspectiva del recinto para que fué destinado, y donde aún le vemos, con la vista por la puerta abierta; los personajes están de rodillas, en fila, unos detrás de otros; sólo reina la luz característica de veinte cirios encendidos, rota por la luz que también entra por las ventanas, y se refleja en las ricas vestiduras de los sacerdotes. La rigurosa sujeción impuesta á la fantasía del pintor por el ceremonial eclesiástico y cortesano; la ausencia de sus habituales formas de composición (por la cual apenas se le ha reconocido en el cuadro); esta especie de renuncia de sí mismo, no le ha perjudicado. Empleó en él tres años. El

efecto es como el de la obra maestra de Velázquez; parece verse el pasado por un telescopio.

Pero ¿qué pasado es éste en que rodean al último rey de la vieja dinastía estas cabezas empelucadas y esos sacerdotes? ¿Es el pueblo, cuyos grandes capitanes, temerarios conquistadores y poderosos cardenales amenazaban al mundo? El prestigio de la monarquía de ambos mundos, ochenta años antes, y su actual decadencia era un caso que en la historia moderna no se ha repetido. En otro tiempo espanto de Europa, «su sólo nombre decidía la victoria», este nombre había llegado á ser objeto de burla entonces, cuando las fragatas holandesas acompañaban á sus galeones para defenderlos en el Océano. El reino en que no se ponía el sol caminaba á su ocaso.

En la cúspide del podrido edificio estaba la sombra que en el cuadro de Coello vemos arrodillada; ese leve harapo de vida conservaba aún solamente la unión del reino. Aun hoy se arrodilla en el mismo sitio que en 1684, diez y seis años antes de que bajase al panteón de sus abuelos. También en vida bajó, como su padre, medio podrido, para contemplar la compañía que pronto le iba á recibir.

Nun bin ich vor dem Tod den Toten gleich  
und fall'in Trümmer, wie das alte Reich (1).

«A fines del siglo xvii—dice un moderno historiador—murió la poesía y el arte, así como el espíritu guerrero español; el silencio del sepulcro extendióse sobre la nación: la antigüedad se podría hasta las raíces.»

Han pasado doscientos años, pero esta nación no ha podido levantarse. Por el contrario, nuevas causas de decadencia han atacado las fuerzas nacionales. Los claustros y palacios, para los cuales sus hijos y extranjeros de todas las naciones cin-

---

(1) Ya soy ante la muerte igual á los muertos, y caigo en pedazos como el viejo reino.

laron, tallaron y pintaron, están cerrados, solitarios, destruídos; sus inventarios diseminados á todos los vientos. Pero no hay trazas de que surja de estas ruinas una nueva vida. La inesperada y vergonzosa pérdida del resto de sus colonias nos ha revelado, por el contrario, que se había caído aún á más profundidad. Sólo en el arte preparaba aún España una sorpresa al mundo. Su pintura ha resucitado de nuevo, y hasta ha tenido el honor de ser paseada en triunfo por el mundo. Una sorpresa por sus brillantes y originales talentos, una sorpresa también por el espíritu completamente nuevo, que la anima relativamente á su pasado. La arena donde han crecido estos laureles, no es ya Castilla y Andalucía; del otro lado de los Pirineos nos sentimos aun hoy rodeados de restos medievales. Su arte antiguo, cultivado entre muros de claustros y palacios, estaba también encerrado espiritualmente entre los rígidos límites de la tradición; el nuevo, aprendido en París y Roma, y esparcido por el mundo, es completamente actual. En vez de aquella devoción, tan pronto jubilosa como sombría, hoy sólo se ve las luces multicoloras de las fiestas religiosas. Los momentos de su gran historia aparecerán ante nuestros ojos, es verdad, con arqueológica exactitud, con técnica de virtuoso, con gusto sin tacha; pero entre líneas se lee el escepticismo radical risueño; y aun lo que se ve es la existencia española desecada hasta la medula. Sólo en anécdotas históricas aisladas se yergue aún una sombra del romanticismo terrorífico de los autos de fe y de los Siete Infantes de Lara.

Aun ante esta palingenesis, había vuelto á ser descubierta la *vieja* pintura, y puestos á un lado los hasta entonces venerados italianos y holandeses; es decir, aquella pequeña banda de efectivas grandezas, la cual sólo le fué dado despertar cuando comenzaba la decadencia. Y bajo éstas imponía al extranjero las más veces el orgulloso naturalista, en el cual ni los dos viajes á Roma é Italia no habían hecho mella. Y como señal de lo que pudo el encanto de sus obras, puede notarse que indujeron á reproducir personajes y circunstancias de un

---

siglo como el descrito. Pero en las obras de arte hay una luz imperecedera, que es como un rayo de un sol ya puesto, y que alumbra aun en la noche del universo. Sólo el arte es lo que contiene á la humanidad para no arrojar definitivamente al olvido aquellos tiempos y aquellas generaciones.

CARLOS JUSTI

# LOS "DEL MONTÓN," EL DOS DE MAYO DE 1808

(REFLEXIONES ALREDEDOR DE UN «CONATO DE REIVINDICACIÓN HISTÓRICA»)



Pasadas ya las fiestas, bien míseras por cierto, con que ha sido celebrado en Madrid el primer *Centenario* del glorioso *Dos de Mayo de 1808*,—mi buen amigo de la juventud, el insigne escritor é ilustre miembro de la Academia de la Historia, D. Juan Pérez de Guzmán y Gallo, ha tenido para conmigo la cariñosa galantería, que muy de veras le agradezco, de obsequiarme con un ejemplar de su hermoso libro *El Dos de Mayo de 1808 en Madrid*, lujosamente mandado publicar por el Excmo. Sr. Conde de Peñalver, Alcalde-presidente del Ayuntamiento de esta Villa y Corte.

Entusiasta admirador fuí siempre de aquella épica explosión del sentimiento pátrio, sellada con la sangre generosa de los madrileños, y origen fecundo de aquel período heroico de nuestra historia del siglo XIX, durante el cual osó medirse con el vencedor del mundo España, esta pobre España, venida hoy tan á menos, que no la conocería ni el propio Felipe IV, y tan decaída entonces que, invadida arteramente por el extranjero, empobrecida y postrada, parecía no tener alientos para sacudir el yugo con que trataron de oprimirla. Ni que decir tiene, por tanto, el supremo placer que hubo de proporcionarme la sabrosa lectura del documentado libro del Sr. Pérez de Guzmán, quien ha procurado en él reunir diligente cuantas noticias en archivos oficiales y en particulares relaciones constan,



desarrollando así á los ojos del lector, en toda su espontaneidad y grandeza, el cuadro sublime de aquel trágico día, cuya conmemoración oficial bien de manifiesto pone la triste decadencia á que somos por desventura llegados los españoles.

No creí yo jamás que la indiferencia de los madrileños hubiera sido tan grande; porque aun siendo cierto que en Madrid lo que menos hay son madrileños, y que el mayor número de éstos puede decirse lo somos de ocasión—de buena fe supuse que al recuerdo de aquellos chisperos y de aquellas manolas, en quienes antes que temor, puso nobilísimo ardimiento la presencia del extranjero, impulsándoles á acometer casi inermes á los soldados victoriosos del gran Napoleón,—se despertaría vivo el sentimiento popular, y que algo más que las percalinas de los balcones habría de haber expresado el de la generación presente hacia aquellos que no vacilaron en dar su sangre por la independencia nacional, de que les somos en realidad deudores.

No quiere decir esto, ni mucho menos, estime yo que el pueblo debió entregarse á violentas é inútiles manifestaciones de mal gusto contra los franceses; pues una cosa es rendir el merecido tributo de admiración, de gratitud y de amor hacia los que sucumbieron gloriosa y más ó menos oscuramente en la inmortal jornada, defendiendo la Patria invadida, y otra, entregarse á vanos y molestos alardes, que podrían herir la susceptibilidad de una nación tan amiga nuestra como puede serlo Francia para con España; para con la España de siempre, á quien ha mirado y mira en toda clase de asuntos con arrogancia y menosprecio intolerables. Porque no hay que hacerse ilusiones. La Historia, esa vieja murmuradora que no sirve para nada, según la respetable opinión de uno de los más recientes académicos de la Española, pero que es el archivo de la experiencia; la Historia, repito, á través de las adulteraciones más ó menos documentadas que en nuestro país como en todas partes la bastardean y la desfiguran, enseña con la elocuencia de los hechos, fué siempre fatal para nosotros Fran-

cia, y bien recientemente los acontecimientos de Casablanca lo han demostrado, para que se dude de ello.

Sin molestar ni herir en forma alguna á la republicana Francia de nuestros días, pudo el pueblo de Madrid, el heredero de chisperos y manolas, expresar digna y solemnemente sus sentimientos; pero me ocurre en estos momentos la duda de si aquellos hijos de Madrid—que no lo eran todos por cierto, según las relaciones documentales que publica el señor Pérez de Guzmán—tuvieron en realidad sucesores, y de si han de ser como tales conceptuados los golfos, randas y demás gentes de esta ó parecida índole, nacidos en la Villa y Corte, y los obreros, menestrales y burgueses de todas categorías que en ella viven al presente. Hay además que averiguar si son capaces de comprender lo que significó y significa el *Dos de Mayo de 1808*, y si alguien se ha cuidado de instruirles lo suficiente siquiera, para apreciar aquel sublime y espontáneo movimiento popular que, con incomparable maestría, acertó á pintar por insuperable modo la pluma de Pérez Galdós en uno de sus más interesantes y más bellos *Episodios Nacionales*.

Con arreglo al *Catálogo alfabético-biográfico de los muertos y heridos* en tal día, que en el *Apéndice IV* formula el señor Pérez de Guzman después de consultados gran número de documentos oficiales que indica (pág. 654),—el número de los primeros fué de 409 (pág. 695), y de 171 el de los segundos (pág. 713), que hacen un total de 580 víctimas (1). De los muertos, eran conocidamente madrileños *cuarenta y cuatro* sólo: *nueve* de la provincia, *ciento ochenta y cinco* del resto de España, *un* habanero y *dos* peruanos, *tres* italianos, *dos* suizos, *un* húngaro, *un* polaco y *un francés*, y no consta la naturaleza de *ciento sesenta*; de los heridos, *catorce* eran madrileños, *seis* de la provincia, *setenta y dos* del resto de España, *ocho* extranjeros, y de naturaleza desconocida *setenta y uno*. Por manera,

---

(1) Por errata de imprenta se lee en dicha página que los muertos fueron 408, y así el total allí es de 579.

que los hijos de Madrid sacrificados y heridos el *Dos de Mayo*, forman el exiguo total de *cincuenta y ocho*, cifra bien insignificante en verdad con relación á la de 522, que en conjunto resulta para los provincianos y extranjeros muertos ó heridos en aquella épica jornada.

Demuestran estas cifras con incontrastable elocuencia que en los comienzos del siglo XIX como en estos del XX, lo que hay de menos en Madrid son madrileños, y que por tanto, siendo la gran masa de población allegadiza, y formada por el contingente enorme que las provincias sin cesar proporcionan,—el *Dos de Mayo de 1808* en la Villa y Corte fué un *acto nacional*, pues en el movimiento de protesta que lo glorifica, quienes tomaron la mayor parte y quienes experimentaron en mayor número las sangrientas consecuencias, fueron los naturales de todas las provincias en Madrid establecidos y avecinados. Porque, aun suponiendo que de los ciento sesenta muertos y de los setenta y un heridos, cuya naturaleza no consta en los documentos, la mitad fuesen, no obstante, hijos de Madrid más ó menos accidentales, todavía tendríamos á favor de los provincianos la cifra de 408, también entre muertos y heridos: más del doble de la de 173, que habría que adjudicar á los naturales de la coronada Villa.

Es desde luego evidente, que las listas formadas con notoria precipitación á raíz de los acontecimientos, y dadas á la estampa en totalidad ahora por la diligencia del Sr. Pérez de Guzmán en su voluminoso libro, no son completas ni exactas; y me fundo para ello en los siguientes datos, que resultan del *Catálogo alfabético-biográfico*.

Según él, murieron por accidente, á causa de haberse asomado á los balcones, *seis* hombres y *nueve* mujeres, siendo herida en tal sitio *una*; fueron fusilados: en el patio de la *Iglesia del Buen Suceso*, situada en la *Puerta del Sol*, *ocho* hombres; *veintisiete* en el *Prado*, *doce* en el *Buen Retiro*, *cinco* contra las tapias de la *Iglesia de Jesús*, *uno* en la *Puerta de Atocha*, *tres* en la *Puerta de Alcalá*, *veinticuatro* en la *Montaña del Princi-*

pe Pío, uno en la Alcantarilla, desaparecida ya, de la *calle de Leganitos* y edificio de *San Gil*, y dos en Leganés; total, 83, que hacen 84, con uno fusilado en el *Buen Suceso*, y que no murió afortunadamente (1). No figura ninguna mujer en estos fusilamientos, y consta, en cambio, que en la *Montaña del Príncipe Pío* fueron 43 los fusilados; casi el doble de los que resultan del *Catálogo* (2). Además, en la lista de heridos figuran seis que no lo fueron: Fr. Andrés Cano (núm. 5, pág. 696); el almacenista de carbón de la calle de la *Corredera de San Pablo*, Cosme de Mora (núm. 37, pág. 699); Esteban Sobola (núm. 47, pág. 701); Eugenio Rodríguez, que estuvo sirviendo la artillería del *Parque* (núm. 49, pág. 701); D. Francisco Matas, «uno de los más resueltos defensores del *Parque*» (núm. 61, pág. 702), y Juan Suárez, que también allí se batió (número 97, pág. 706), y que se salvó por milagro de la muerte, al ser arcabuceado en la *Montaña del Príncipe Pío*.

Bien que oficialmente no conste, ni haya acaso medio ya de comprobarlo, es bastante presumible que el número de víctimas causadas por las tropas del gran duque de Berg, hubo de ser harto mayor que el consignado, y así ha de inferirse en buena lógica de cuanto se expresa en el *Catálogo* á que vengo refiriéndome. Los datos por él facilitados autorizan la conclusión de que, sin contar los fusilados, murieron durante la lucha con los franceses ó á consecuencia de ella, 252 hombres, 56 mujeres, y 11 entre niños y niñas de nueve á doce años, ó sea un total de 319 víctimas. De ellas, murieron ó fueron heridos de muerte en las calles 101 hombres, 6 niños y 14 mujeres; en la defensa del *Parque*, ó á consecuencia de ella, 32 hombres, 3 niños y 7 mujeres; en su casa, 8 hombres, 2 niños y 17 mujeres; en otras diversas partes, 5 hombres y 4 mujeres; de accidente, y no de heridas, 2 mujeres; en lugar no señalado, 100 hombres y 7 mujeres; en el balcón, 6 hombres

(1) Número 36, D. Cosme Martínez del Corral, pág. 699.

(2) Número 142, pág. 669; núm. 266, pág. 681.

y 9 mujeres. Por lo que hace á los heridos, descontados los seis que como tales figuran en la lista, y afortunadamente para ellos no lo fueron, resultan 142 hombres, 22 mujeres y un niño; 62 de los hombres aparecen como más ó menos gravemente heridos en las calles, durante la refriega, en la cual recibieron heridas 10 mujeres y un niño; en la defensa del *Parque*, 22 hombres y 2 mujeres; 8 hombres defendiendo el *Hospital General* (1), 2 mujeres en su casa, una en un balcón, y en sitio no señalado, 50 hombres y 7 mujeres.

En el contingente de hombres muertos durante los distintos combates, ó por causa de ellos, hay que descontar 49 militares y asimilados, la mayor parte de quienes fallecieron en el *Hospital*, quedando, por tanto, reducido el número de los paisanos á 203. De dichos militares, y siempre con arreglo al *Catálogo* del Sr. Pérez de Guzmán, 32 estaban en servicio activo; 5 pertenecían al Cuerpo de Inválidos; 3 eran licenciados del Ejército; 5 estaban en el Resguardo, organizado militarmente; 3 eran de situación no bien definida (mozos de caballos de los llamados Guardias de Corps, y un criado de un general) y 1 estaba en situación de *disperso del real servicio*. Al arma de Infantería correspondían 21; al Real Cuerpo de Artillería, 6; 2 á Caballería; 1 granadero de Marina; 1 médico militar y 1 oficial general, siendo 11 de los primeros del Cuerpo de *Voluntarios del Estado*, con el teniente Ruiz y el cadete Afán de Rivera; 1 á Milicias Urbanas (el teniente coronel López de Ayala);

---

(1) Para que se juzgue de la manera cómo llegaban á las provincias las noticias de aquellos acontecimientos, véase lo que en 1815 escribía un patriota de la Alpujarra, tergiversando la heroica defensa que del *Hospital General* hicieron médicos, practicantes, enfermeros, mozos y dependientes aquel día: «Una gavilla de gente moza y valiente sorprendió la guardia del *Hospital General*; subieron y en una de sus salas hallaron en cama quinientos granaderos franceses *dolientes de sarna*.» «Todos fueron pasados á cuchillo contra el colchón» (*Memorias de la Guerra de la Independencia...* por D. Juan Gabriel del Moral, natural del Fondón en la Alpujarra. *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, número de Mayo á Junio de 1908, pág. 427).

2 al Cuerpo de *Voluntarios de Aragón*; otros 2 al Real Cuerpo de *Guardias Walonas*; 3, al Real Cuerpo de *Guardias Españolas*, entre ellos el cadete Zapata; 1, al regimiento de Suizos de Proeux, y otro al de Sevilla. De los 6 del Real Cuerpo de Artillería, 2 eran los capitanes Velarde y Daoiz; 1, el escribiente de la Junta superior del Cuerpo, D. Domingo Rojo, y otro el heroico cabo segundo, D. Eusebio Alonso; los de Caballería, por último, correspondían á los *Dragones de Pavía* y á los de *María Luisa*. Los militares heridos fueron 25: 20 soldados en activo, 6 de ellos extranjeros; 1 capitán graduado, 3 licenciados del Ejército y 1 inválido, con lo que el número de paisanos heridos queda reducido á 120, que con los 203 muertos, hacen un total de 323 paisanos y 74 militares en conjunto, víctimas del *Dos de Mayo*, con arreglo á los datos á que vengo contrayéndome.

Si, conforme los cálculos militares, debe estimarse que los muertos y heridos son el 10 por 100 de la masa, ha de inferirse que el número de paisanos que tomaron parte en el movimiento de aquella gloriosa fecha fué sólo de 3.230, y de 740 el de los militares, cifra bien exigua la primera para una población como Madrid, y exorbitante en realidad la segunda, si se atiende á las órdenes de la plaza, contra las cuales se rebelaron Ruiz, Velarde, Daoiz y otros heroicos oficiales que perecieron, fueron heridos ó se batieron en las calles; total, 3.970 hombres, armados de cualquier modo, y algunos, como el cartero de la calle del Arenal y el individuo que fué muerto auxiliando moribundos, sin armas de ningún género.

Con todas estas circunstancias, y con ser tan escaso como aparece el número de los hijos de Madrid cuya sangre fué derramada en holocausto de la Patria, no cabe dudar de que el movimiento fué única y exclusivamente promovido, sostenido y sobrellevado en sus consecuencias de toda especie por el *pueblo de Madrid*, es decir, por lo que el rey Don Alfonso X llama en las *Partidas* pueblo, que no es sólo aquella parte de la población apellidada despectivamente *populacho*, compuesta de la

gente de la más baja categoría, sino por los nobles, los sacerdotes, los empleados, el comercio, los menestrales, los obreros, el populacho propiamente dicho, y aun los mendigos; esto es, por cuantos representan con mayor ó menor prestigio y exactitud las fuerzas vivas y productoras dentro del perímetro de una ciudad populosa, cual Madrid proporcionalmente lo era entonces.

El académico Sr. Pérez Guzmán, del mismo modo que cuantos han escrito acerca de aquellos gloriosos acontecimientos, sin ejemplo en la Historia, reconoce y afirma que todo el honor de la jornada «fué del pueblo, cuyas pasiones—dice—se hallaban envenenadas por la ultrajante arrogancia de sus provocadores», añadiendo por su cuenta: «La irrupción del extranjero, la orfandad del Trono, el aturdimiento de los ministros y la claudicación del poder, *habían despertado en su espíritu la metafísica de la insurrección.*» «Á la solapada astucia de la política, oponía *la cándida credulidad de la honradez.*» «En la penosa situación de las cosas, *su instinto le decía que ya no le tocaba sino caer en la abyección de la servidumbre aceptada ó intentar medidas audaces, jugando heroicamente su suerte con la fortuna.*» Y por estas solas y únicas razones, á juicio del historiador, el pueblo «no titubeó». «El trastorno de los espíritus, la conmoción de las almas, con tal fervor las dispuso á la lucha, *que se unieron al combate* (las almas), no como una aspiración á la gloria ó una apelación á los juicios de la posteridad, sino como el supremo deber que imponía el ansia de libertad que hervía en todos los corazones» (1).

Otro escritor más reciente, dentro de este mismo año de 1908, con acierto expresa: «Todos los *habitantes* de Madrid, hombres, ancianos, mujeres y niños, pelean en las calles, en las plazas, desde las puertas, desde los balcones y desde los tejados, con espadas, escopetas, navajas, palos y piedras. «Los albañiles arrojan ladrillos desde los andamios; de algunas ven-

---

(1) *El Dos de Mayo de 1808 en Madrid*, pág. 369.

tanás caen mesas, sillas, macetas y ollas con agua hirviendo sobre los crueles invasores...» «Con razón pudo decirse que cada casa era una fortaleza y cada ciudadano un héroe.» «Narrar las hazañas de los paisanos y de las mujeres, fuera imposible...» «Cada hombre es un soldado, y cada mujer, un hombre...» (1).

Es, pues, históricamente incuestionable, sin que nadie haya sido osado nunca á dudar de ello, que el *pueblo* de Madrid, compuesto de madrileños y de provincianos avecindados en la Corte, fué quien inició arrebatado, quien realizó con sublime entusiasmo é incomparable heroísmo los acontecimientos todos de aquel glorioso día, y quien sufrió las consecuencias de ellos, correspondiéndole en absoluto los honores de tan memorable como épica jornada. Hízolo por nobilísimo y espontáneo impulso (2), sin otra excitación que los dictados categóricos de su propia conciencia; herido en él todo sentimiento, á consecuencia de la arrogancia y de la fanfarronería intolerables de los arteros enemigos de la independencia nacional, y como resultado de los desmanes de toda categoría que éstos habían en Madrid cometido, como en país conquistado; recordando su actitud despectiva para con los españoles, los «crímenes brutales» registrados en el breve tiempo que hacía que estaban en Madrid, y «multitud de estupros y asesinatos de niñas in-

(1) D. Fernando Antón del Olmet, *Aclaración histórica* (Madrid, Junio de 1908), págs. 106 y 107.

(2) Haciendo, no con entera independencia por cierto, la crítica del libro del Sr. Antón del Olmet—á la cual llama *obrita*,—un distinguido colaborador de *El Imparcial*, de conformidad con mi criterio, dice en el artículo que titula *Revista Literaria*, y que publica la hoja de *Los Lunes* del diario referido, correspondiente al 24 de Agosto del presente año: ...«Tratándose de un *levantamiento popular espontáneo* como el del Dos de Mayo, y *no de una ordenada función de guerra*, no se puede hablar de precedencias entre las armas», palabras con las cuales alude á la especie de antagonismo que quieren ver algunos entre las de Artillería y de Infantería. Siendo como fué *popular y espontáneo*, no hay en realidad por qué hablar de militares, quienes en ocasión tan solemne formaban parte integrante del *pueblo*. Aquello no fué ciertamente lo que llama el escritor mencionado *función de guerra*.



felices que se defendían contra la barbarie de la soldadesca francesa» (1); deseando librarse de una vez de aquella gente; sin detenerse á contar el número, ni los elementos poderosos de que disponían los enemigos, y de que él carecía; *sin concierto previo*, pero con el ánimo exasperado y dispuesto desde mucho antes; sin calcular, ni medir, ni importarle las consecuencias; sin arredrarse ante el bélico aparato, amenazador y temeroso, desplegado constantemente á su vista por el gran duque de Berg para imponerse; sin que «mientras los ministros de la Junta—como escribe con error, á mi juicio, el doctísimo Pérez de Guzmán—pasaban casi toda la noche [del día 1.º de Mayo] disponiendo en silencio las medidas que creían convenientes para privar á la explosión de elementos y de víctimas al que juzgaban descabellado motín»,—cuando si se presentía, aún no había estallado,—«*limase el pueblo también en la obscuridad las toscas armas para su defensa*» (2); sin que supiese cuándo había de reventar la mina que se venía preparando por sí sola, ni el motivo, ni la ocasión, ni las circunstancias, ni el cómo.

La atmósfera estaba cargada de electricidad, y sólo era precisa una chispa para que la tormenta se desencadenase; y como ésto flotaba en el ambiente, y ésto lo había sin gran sagacidad advertido el gran duque de Berg, quien lo tenía todo preparado y hábilmente dispuesto para conjurar sin graves riesgos la tempestad que se cernía en los aires—al brotar la chispa en la

(1) *Aclaración histórica*, pág. 106. Más adelante (págs. 118 y 119), demostrando que el batallón westfaliano de la división del general Musnier de la Converserie no tomó parte alguna, como se viene afirmando con error, en el ataque del *Parque* de Monteleón—después de copiar las palabras de Pérez de Guzmán, expresando que el dicho batallón fué sacado de Madrid «por orden expresa del emperador y por las órdenes de sus oficiales», consigna que «la razón de este castigo (el de alejarle de la Corte y acamparle en el Pardo) fué el haber asesinado, yendo ebrios por las calles, con algunos oficiales, en la noche del 26 de Abril, al honrado é indefenso comerciante D. Manuel Vidal».

(2) *Op. et loc. cit.*

E. M.—*Octubre 1908.*

*Puerta del Príncipe* del Palacio Real, estalló la tormenta y se produjo el conflicto (1). Eran todavía aquéllos, días en los cuales el Trono y la Patria aparecían como una sola y única entidad indivisible, y en que á la Patria se anteponían el nombre y el interés del rey, creyendo de buena fe que constituían una cosa misma. Por eso, á los gritos de los dependientes de la Real Casa, rugió la tormenta; por eso, se procuró excitar al pueblo á la voz de ¡VASALLOS, á defenderse!... Pero no eran, sin embargo, estos los únicos sentimientos que mantenían hervorosa la excitación popular, ni mucho menos, y es lástima que ni el diligente Sr. Pérez de Guzmán ni el Sr. Antón del Olmet, ni ninguno de los escritores contemporáneos ó poco más ó menos posteriores á los acontecimientos en que supo Madrid servir «de admiración á la espectación del mundo», según la frase del docto académico mencionado y mi buen amigo, hayan procurado pulsar la opinión popular, cuando no faltan medios para ello. Porque, en cada una de las esferas sociales, á excepción del de la Patria, que era dichosamente común á todas ellas, los sentimientos afectaban formas distintas, con arreglo á la cultura y á los ideales y á la condición y aun á los intereses particulares y personalísimos de los individuos.

Con apasionado y disculpable optimismo (disculpable sólo desde su especial punto de vista), no vacila Pérez de Guzmán en ofrecer, con caracteres de certidumbre innegable, el hecho

---

(1) El referido D. Juan Gabriel del Moral, en las *Memorias* publicadas por D. Pedro Aguado Bleye, y citadas arriba, reproduciendo las noticias llegadas de aquel glorioso acontecimiento á las provincias, escribía siete años después: «De repente, se pobló de *paisanos armados* la plazuela de Palacio y las calles de la Corte, á impedir la partida de esta Princesa (la reina de Etruria).» «Se arma el tumulto y la gritería.» «Murat se hallaba con 12.000 hombres, gabachos descosidos? en la guarnición.» «Rompe la carnicería unos contra otros: la sangre corría como el agua por las calles.» «Toda persona española que el gabacho encontraba, era víctima de su furor; y lo mismo por la contraria.» «*Los paisanos se apoderaron de las baterías del Prado y otros sitios.*» «Con la artillería [los paisanos] mataban y destrozaban las columnas enteras» (*Rev. cit.*, pág. 427).

insólito—no demostrado, ni demostrable, sin embargo, ya—de que «por por medio de la camarista de la reina, doña María Manuela Daoiz, mujer que fué del tesorero de ejército D. Cayetano Urbina», *todo lo que* de los acontecimientos que «dieron pábulo á la famosa causa [de El Escorial, formada] contra príncipe Fernando, *quedó en el secreto del Gabinete, y no trascendió ni aun á los Círculos mejor informados de la opinión, por la actitud en que en Saint-Cloud se colocó el emperador, y la prudencia del rey y de su ministro*» Godoy, *todo «fué conocido al detalle por el bizarro capitán de Artillería [D. Luis Daoiz], y conferido en la reserva de la intimidad con el Secretario de la Junta Suprema del Arma»*, D. Pedro Velarde (1).

Desde aquella ocasión, desde aquella confidencia, que no habría tenido finalidad á haber sido hecha sin causa definida ni propósito determinado por el prudentísimo Daoiz al fogoso Velarde—para el moderno historiador del *Dos de Mayo de 1808*, nació en el Real Cuerpo de Artillería la que denomina *confabulación de los Artilleros*, de la cual fué luego término y corona, con la muerte de los dos heroicos capitanes, la épica defensa del *Parque de Monteleón* en tan memorable día. Para el Real Cuerpo de Artillería, pues, casi exclusivamente (2), el senti-

(1) Op. cit., pág. 339.

(2) Quiso, sin duda, el Cuerpo recabar por sí solo la gloria de ser en aquella ocasión intérprete activo de las aspiraciones y de los deseos de la Nación entera; y así era «el plan de los artilleros llevado con secreto impenetrable, *pues apenas trascendía de las apiñadas filas del Cuerpo*; porque aunque las tropas de la Casa Real y otras de la guarnición lealmente participaban de sus rencores patrióticos contra el extranjero, *ó eran fuerzas que, CON NO SER SUFICIENTEMENTE ORGANIZADAS PARA LA GUERRA, como la de los Guardias Alabarderos, solían comprometerse cometiendo bastantes inconsideraciones (?), ó como los Voluntarios del Estado de la calle Ancha de San Bernardo y los Carabineros Reales de la Plaza de la Cebada, no contaban TODAVÍA entre sus jefes y oficiales aquella perfecta conformidad de resolución tan necesaria para el momento preciso, en que la oportunidad exigiera el impetu máximo de la acción*» (Pérez de Guzmán, Op. cit., págs. 344 y 345). Á despecho de la autoridad de este docto escritor, hay que reconocer, como lo hace hidalgamente el Sr. An-

miento se traducía en la única forma posible: en vasto plan militar, ideado por Velarde y propagado por Daoiz, para arrojar de la Patria á los molestos invasores, émulos procaces del «doloso embaucador de España», como llama Pérez de Guzmán á Napoleón I.

Es más que presumible, que para los demás institutos armados, á cuyos individuos—ajenos al plan sigilosamente ideado por Velarde,—por obcecados que se les suponga, no podía ocultárseles nada de lo que la invasión francesa significaba y había de producir—el sentimiento se tradujese, más que en manifestaciones de malestar, más que en legítimo descontento, en aspiraciones de que alguien, rompiendo la férrea cadena de la disciplina, tomase la voz para seguirle sin reserva; y para lo que hoy llamamos burguesía, quizás «en los claustros de los conventos..., en las casas de conversación y en las botillerías, en las tertulias domésticas..., en las *Gradas de San Felipe*, en el atrio *de la Soledad y de la Victoria*», en las librerías, en los comercios y en las oficinas, comentados los acontecimientos, hechas toda clase de combinaciones, forjados sinnúmero de proyectos, el sentimiento aparecía en la forma de general y latente protesta, siendo la burguesía, como lo fué, elemento dispuesto para todo.

---

tón del Olmet, que «no eran ajenas á la patriótica confabulación de Velarde las demás Armas del Ejército.» «La *Guardia Real*, llamada de *Corps*, estaba comprometida»—dice.—«Comprometida igualmente se encontraba la *Guardia Real de Alabarderos*, que hubo de ser disuelta á raíz de los sucesos del Dos de Mayo.» «Lo mismo hubo que hacer—agrega copiando del autor mencionado—con el Regimiento de *Voluntarios del Estado* y aun con el de los Suizos de Proeux..., lo cual demuestra —concluye—que el Arma de Infantería, á la cual pertenecían ambos Regimientos, tomaba viva parte en la confabulación» (*Aclaración histórica*, pág. 81). Por lo demás, si el Real Cuerpo de Artillería no tuvo para llevar *con secreto impenetrable* el plan por Velarde ideado mas razones que las que mi buen amigo, el Sr. Pérez de Guzmán, expone—lo cual dudo mucho,—pobres razones eran, y bien desprestigiosas, para aquellos que parte tan principal tomaron en la gloriosa jornada, combatiendo al lado del pueblo en las calles y en el *Parque* vulgarmente llamado *de Artillería*.

Para el pueblo indocto, obreros, menestrales, trabajadores y menesterosos, «en las plazas públicas, en los barrios bajos», como el Sr. Pérez de Guzmán escribe confundiendo las clases—al sentimiento patriótico, que era el común y general sin distinción de todos, se unían otras razones, no siendo esta la vez primera que las expongo. Cinco años hace que la fortuna me deparó el conocimiento de ciertas *causas célebres*, remitidas desde la Audiencia territorial de Madrid al *Archivo General Central* de Alcalá de Henares. Entre ellas, despertó vivamente mi atención la incoada el 25 de Abril de 1808 contra un pobre asturiano, molendero de chocolate en una lonja de la *Plazuela de Antón Martín*, llamado *Antonio Pérez*, ni más ni menos que el famoso ministro de Felipe II, causa y origen de la muerte del Justicia de Aragón, Lanuza.

Antonio Pérez, en la mañana de aquel día 25, exasperado por los rumores que entre la gente de su clase corrían como ciertos, salió de su casa decidido *á matar franceses*. Para animarse, tomó una copa de aguardiente en un puesto que había en la *calle de Carretas* esquina á la *Puerta del Sol*, y enardecido por aquel tósigo, marchó á la *calle de Cuchilleros*, y por 26 cuartos (75 céntimos), compró allí en una cuchillería una navaja, pues él no tenía costumbre de usarla. Ya cerca de las once de la mañana, subía por la *calle de Atocha* en dirección de la *Plazuela de Antón Martín*, donde estaba la lonja en la que aquel modesto obrero trabajaba.

Quiso la mala suerte que en dirección contraria á la suya, por la acera de *Montserrat*, caminase un oficial francés, el subteniente del 16.º Regimiento de Infantería ligera, Mr. Lucie, que formaba parte de la guardia del mariscal Moncey, á cuyo alojamiento se dirigía. Al verle el patriótico molendero, se lanzó sobre él con la navaja abierta, y al grito de *¡Viva el rey! ¡Así se hace con los franceses!*, hundió el arma en el cuerpo del desventurado militar, sin que nadie pudiera impedirlo. Mientras el herido procuraba en su agonía aproximarse al *Hospital* cercano, vió Antonio Pérez un grupo de tres soldados franceses

que por la acera opuesta caminaba tranquilo en dirección á la *Confitería del Majo* allí establecida; uno de los soldados penetró en la tienda, á cuya puerta los otros dos quedaron; y enardecido por la vista de la sangre derramada, sobre los dos militares cayó el molendero, lanzando el mismo grito, é hiriendo mortalmente al uno, agredió también al otro. Sorteando los puestos que llenaban la *Plazuela*, llegó el patriota á la *calle de la Magdalena*, donde le detuvo una patrulla del *Regimiento de María Luisa*, mandada por el sargento segundo José Ribas, conduciéndole desde allí al puesto ó retén militar que decían *vivac* entonces, y que luego se dijo *el Principal*, establecido en la *Casa de Correos*, *Ministerio de la Gobernación del Reino* más tarde.

Sometido á la acción de los tribunales, declaraba aquel mismo día ante el juez en la indagatoria, que su «ánimo era matar á todos los franceses, si le fuera posible, y que acaso hubiera herido á más en aquella mañana, si no le hubiesen preso.» ¿Era un asesino vulgar? ¿Qué razones le habían movido á agredir á aquellos militares, á quienes atropelló sin darles tiempo para defenderse? No era un asesino vulgar Antonio Pérez. Las razones que le movieron á ejecutar aquellos actos criminosos, eran las que circulaban entre el pueblo indocto; eran las que formaban la opinión de las masas proletarias en presencia de acontecimientos que no podían explicarse, y presentían como precursores de graves daños para la Patria, y no menores para sus intereses particulares; y con toda ingenuidad y llaneza las exponía ante la autoridad judicial en la indagatoria expresada, donde están escritas. Para aquella clase social, «el sigilo con que procedían los franceses callando el sitio adonde habían llevado á los reyes, y especialmente á Fernando», el ídolo de la Nación en aquellos días, daba á conocer lo que los franceses anhelaban: asesinar y degollar á todos los españoles, y llevarse cuanto éstos tenían.

Por el pronto—y repárese bien en esto,—á los pobres jornaleros y trabajadores les iban á quitar la mitad de cuanto ga-

nasen, y lo mismo harían con los «empleados y los señores», dejando á todos tan cargados de tributos, que no pudieran vivir; después, se echarían sobre los españoles y sobre los «alcaldes de barrio y los de corte» y la demás gente que tuviese algo, y luego, el degüello general, con lo que se harían dueños de todo (1).

Así, como Antonio Pérez, discurría la masa popular: el infeliz molendero no era sino eco é intérprete de la opinión general entre las gentes de su clase, quienes, para defenderse de aquella oprobiosa tiranía que les amenazaba inminente; para librarse de la abyecta servidumbre en que caerían; para salvar sus modestos intereses y sus jornales, salvar al rey y salvar la Patria, conjuntamente, estaban dispuestos á todo, como lo demostraron. De modo, que al sentimiento generoso de la Patria, uníase el instinto de la propia conservación, lo cual venía á acontecer de la propia manera, á lo que parece, en la clase de los eclesiásticos, principalmente regulares, en la cual, sobre todo, el sentimiento religioso, herido por la conducta de los descreídos invasores, si no hizo de cada eclesiástico un soldado, puso en manos de algunos seculares las armas, no faltando regulares tampoco que figuraran entre las partidas de guerrilleros, que tanto daño causaron á las tropas de Napoleón, y que denominaban *brigantes*, esto es, *bandidos*, los franceses,

---

(1) La causa criminal existía en el *Archivo General Central* de Alcalá de Henares, como en el texto digo, *Causas célebres*, legajo 18, núm. 85-2.º Fué seguida en la escribanía de Cámara de Maruri, y consta de una sola pieza. Posteriormente al año de 1903, y á consecuencia de solicitar permiso de la Superioridad el jefe de aquel *Archivo* para quemar como papeles inútiles esta y otras causas, tengo entendido que han pasado al *Archivo Histórico Nacional*, Inventario núm. 30, *Consejos suprimidos*, Inventario duplicado de los documentos que en 30 legajos remite el *Archivo General Central* al *Archivo Histórico*. En *La Ilustración Española y Americana* del 15 de Octubre de dicho año, publiqué con más detalles este acontecimiento, con el título de *Antonio Pérez—Episodio madrileño de la invasión francesa—25 de Abril de 1808*. ¿Fué aislado este caso? Quizás á él respondiesen los desórdenes del Regimiento de Wesfalia en la noche del 26 siguiente.

mientras que la generalidad predicaba la guerra y excitaba al exterminio de los extranjeros.

Que entre los militares, encadenados por las *Ordenanzas*, se conspiraba sigilosamente (1), y que los artilleros tenían un plan desconcertado por el ministro de la Guerra O'Farril, es un hecho; que entre los paisanos, la burguesía, no hubo plan ni acuerdo alguno determinado, aunque es probable que «algunos patriotas permanecían reunidos en lugares apartados y secretos, para prevenirse de la persecución del espionaje», como dice Pérez de Guzmán con relación á la noche del 1.º al 2 de Mayo, y para conocer y comentar las noticias, es también otro hecho, que los acontecimientos demuestran superabundantemente; que los eclesiásticos nada habían convenido, es incuestionable, según lo es que acaecía lo propio en orden á las clases populares, y los acontecimientos mismos demostraron luego por igual manera.

Al caer las sombras de la noche del 1.º al 2 de Mayo, todas las clases sociales estaban á la expectativa. La mina estaba cargada; presentíase que algo había de ocurrir, si bien *militares*, burgueses, eclesiásticos, menestrales y obreros ignoraban el momento y el sitio. A esta expectativa recelosa del pueblo de Madrid respondían las prevenciones del gran duque de Berg, quien asimismo presentía que era llevar al colmo su despótica intervención, arrebatarse como lo proyectaba del Pa-

---

(1) «Un oficial francés, de las fuerzas francesas que mandaba Murat en Madrid, M. Ernest Lefranc, del 4.º Regimiento provisional de la División Westfaliana, en unas *Memorias* que publicó en París el año 1829..., da á entender—dice en reciente estudio el Comandante de Infantería D. León Fernández—que *algunos* Jefes y Oficiales españoles se reunían á conspirar en una casa al parecer situada en la *calle de Lemus*» (Antón del Olmet, *Aclaración histórica*, pág. 53). No habría tenido nada de particular; pero la insinuación de M. Lefranc no constituye prueba, cuando, por otra parte, si los franceses hubieran tenido conocimiento cierto de ello, habrían procurado evitar semejante reunión y otras análogas. El testimonio, pues, carece de autoridad histórica, aunque el hecho sea por todo extremo verosímil.



lacio Real y de España á la reina de Etruria y al infante Don Francisco, los dos hijos de Carlos IV que aun permanecían en la Corte. Y al paso que Murat lo tenía todo preparado y dispuesto para sofocar sangrientamente cualquier tentativa del pueblo madrileño, si llegaba á realizarse, *nada*, en medio de su agitación visible, tenía éste por su parte prevenido para contrarrestar la violencia de los extranjeros.

Con la autoridad del ilustre general de Artillería D. Francisco Novella, hace constar, sin embargo, Pérez de Guzmán que, «á pretexto de necesitarse completar la dotación de cartuchería de fusil y cañón para los ejercicios de instrucción, quedó Daoiz encargado de construir de una y otra clase» (1), y que recorrida la «Armería [del *Parque*] para rectificar con precisión el número de fusiles con que podía contarse, además de una gran remesa que de Plasencia» se había anunciado, luego que los franceses, sospechando de lo que allí se hacía, con autorización de O'Farril, introdujeron «algunos efectos suyos en el *Parque*», y obtuvieron «poner en él una guardia que los custodiase», y que en realidad, fué allí colocada para espiar á los artilleros, y prevenir los acontecimientos que presentían, «se trasladó el taller [de cartuchería]—dice Novella—á una casa particular», donde continuó la tarea, á pesar de las dificultades (2), por lo que la elaboración adelantó poco, pues sobre haber habido necesidad de reducir «el número de operarios», fué preciso «mantener precauciones y un sigilo que hacía perder mucho tiempo» (3).

El mismo autor expresa, utilizando datos oficiales sin duda, que había á la sazón en el *Parque*: «25 cañones desmontados de bronce, de cabida regular, 6 de varios calibres, y 6 de hierro; 10 cureñas de sitio, 23 de batalla, y dos para Marina; dos afustes para morteros y pedreros; 28 armones; 1.484 balas

---

(1) Op. cit., pág. 346.

(2) Idem, id.

(3) Idem, pág. 347.

de Artillería regular, 91 de Artillería irregular; 229 botes de metralla; 36.380 balas de Infantería, 2 bombas y 708 granadas; 18 quintales de pólvora de munición, 115 de pólvora de fusil y 2.030 cartuchos cargados para Infantería; 10.314 fusiles, carabinas y escopetas; 2.303 pistolas; 1.358 espadas de Caballería, 83 bayonetas y 1.468 espadas de Infantería y sables» (1).

Resulta, por lo tanto, con entera evidencia, después de lo expuesto, que si bien se presentía por todos, españoles y franceses, que la explosión del sentimiento popular, que era el de la Nación entera, podría ocurrir el día 2 de Mayo, ni los artilleros, ni los demás militares estaban apercebidos; que tampoco lo estaba el pueblo, de quien decía en la noche del 1.º el ministro de la Guerra O'Farril que no tenía armas, ni aun aquellas *toscas* que, según la expresión del ilustre académico de la Historia, *limaba el pueblo en la obscuridad*, y que si los españoles carecían de plan para ir al combate, como carecían y carecieron de caudillo, los franceses, en cambio, todo lo tenían hábil y militarmente dispuesto; y «así, como escribe atinadamente mi docto amigo, el ejemplo de Madrid sirvió de admiración á la expectación del mundo, en cuya presencia y ante cuyo juicio no pudo menos de contrastar la pequeñez é incapacidad de los medios de salvación que empleamos, con la magnitud de las fuerzas del enemigo» (2).

La explosión fué *espontánea*, sin concierto previo, careciendo ciertamente de formal y justificado fundamento las sospechas en contrario apuntadas por el Sr. Pérez de Guzmán, quien ante la unanimidad con que cierto número de grupos indefensos desde el *Palacio Real*, se dirigía al *Parque* de Monteleón, para apoderarse de las armas allí depositadas, escribe: «Esta repeti-

(1) Op. cit., págs. 367 y 368. El autor de la *Aclaración histórica* reproduce en otra forma estos datos á la página 95, aunque sin expresar de dónde los toma, según con la obra del Sr. Pérez de Guzmán también ocurre.

(2) *El Dos de Mayo de 1808 en Madrid*, pág. 368 cit.

ción de *una misma consigna*, ¿revela que la resistencia que se hizo en el *Parque*... no fué un suceso casual y que estuvo *preparado, de acuerdo con los heroicos oficiales de Artillería que en él perecieron, por algunos elementos poderosos de los que formaban la Regencia del Reino?*» Para el mencionado académico «viene á afirmar su sospecha (la de la preparación de la defensa del *Parque*) una carta de Napoleón, escrita al gran duque de Berg, en Bayona, el 5 de Mayo... en que el Emperador le decía: *Tengo pruebas de que el infante D. Antonio y los de la Junta son los que han tramado la insurrección: los he hallado en los correos interceptados*».

Mi ilustre y antiguo amigo olvida aquí que, según él, los artilleros no quisieron comunicar sus planes ni aun con los demás Cuerpos militares de la guarnición de Madrid, no fiándose de ellos (págs. 344 y 345 cits.); que repetidamente consigna la facilidad con que el gran Napoleón, á quien apellida «el gran embaucador de España», recurrió á la mentira para facilitar la consecución de sus deseos; y lo que es más grave, la resistencia que Daoiz, jefe del *Parque*, opuso con tenacidad á abrir las puertas al pueblo, cuando á gritos pedía armas impaciente, y se escuchaban las descargas de fusilería con que los franceses acribillaban á los madrileños en diversos puntos, aún alejados del *Parque*, sin contar con que á haber habido semejante *consigna*, habría también habido un caudillo único que dirigiese el movimiento, y con que la defensa ó la pérdida del *Parque* nada interesaba ni significaba tampoco para la salvación de la Corte. Ni era fortaleza, ni el lugar en que se hallaba era estratégico para arrojar de la Villa á los franceses, ni á éstos les importaba tener unos cuantos cañones y fusiles más ó menos, de que ciertamente no necesitaban.

No hay, pues, motivo racional para tales sospechas. La agresión del *Palacio Real* sorprendía á los curiosos indefensos é inermes (1); y entonces, como siempre, como yo lo he presen-

---

(1) He aquí en qué forma, el 12 de Marzo de 1815, consignaba el refe-

ciado en el *Parque* de San Gil el 29 y el 30 de Septiembre de 1868, el pueblo, que en 1854 asaltaba las tiendas de los armeros; que recorría las casas incautándose de las armas de todo género que hallaba en ellas, y que en 1873, al proclamarse la República, penetraba en el *Museo Arqueológico Nacional* y se apoderaba de armas completamente inútiles para el combate, pero de gran valor arqueológico,—el pueblo, repito, sabedor de que había armas en el *Parque*, por ellas marchó en grupos desde diversas partes, sin pensar ni mucho menos en defender por innecesario para la seguridad de Madrid el antiguo *Palacio de Monteleón*, una vez que se hubiese cada ciudadano puesto en condiciones de luchar con los organizados Regimientos franceses, acostumbrados á la victoria.

¿Por qué defendió el *Parque*? ¿Por qué escribió el pueblo aquella página inmortal en la Historia? Porque la resistencia de Daoiz retardó el momento en que los grupos se armasen, y dió tiempo á que antes de que pudieran organizarse de algún modo, llegaran por diversos puntos las fuerzas francesas, impidiendo que aquella muchedumbre, ya armada, se derramase por la Villa. En el *Parque*, forzosamente hubieron de quedar, y en sus inmediaciones contra sus propios deseos, sometidos á una disciplina para ellos desconocida, cuantos acudieron allí á tomar las armas; y en el *Parque* defendieron sus vidas, en la forma que la Historia ha consignado, y llenas de admiración y de entusiasmo recuerdan las generaciones. Esto es lo cierto, y no otra cosa (1). Porque «vió la gente desarmada, y recordó los

---

rido D. Juan Gabriel del Moral, en sus *Memorias*, este acontecimiento: «Ya estaba preparado el tren, carroajes y batidores á la puerta. *El pueblo de Madrid se conmovió de repente. De repente se pobló de paisanos armados* la plazuela de Palacio y las calles de la Corte á impedir la partida de esta Princesa» (*Revista de Archivos, Bibl. y Museos*, loc. cit.)

(1) Deploro verdaderamente no hallarme conforme con el propio señor Pérez de Guzmán en sus artículos *La defensa del Parque*, publicado en *La Ilustración Española y Americana* del 30 de abril, y *Los Artilleros de Monteleón*, que figura en la entrega extraordinaria del *Memorial de Artillería*, de Mayo del presente año.

depósitos que había observado en el *Parque*, cuando, antes de partir para Burgos, lo vió el rey Fernando, animó [D. José Blas de Molina Soriano] á los suyos, diciéndoles: *¡Silencio, y seguidme! ¡Vamos al Parque por armas!*» Por el camino, á cuantos encontraban les decía: *«¡Muchachos! ¡Vamos á armarnos al Parque, que hay motín contra los gabachos!* (1), palabras, que de ser ciertas, prueban la falta de connivencia, y de *consigna* alguna entre las masas populares, y que desde el *Palacio Real*, punto de partido del grupo de Molina Soriano, hasta el *Parque*, todavía no se había enterado de la sangrienta colisión el pueblo en aquellas barriadas. Porque carecían de armas, recuerda el insigne Mesonero Romanos, y lo reproduce Pérez de Guzmán, que á «las diez, poco más ó menos de la mañana... se dejó sentir (la agitación popular) en la modesta *calle del Olivo*», donde el que había de inmortalizar el nombre de *El Curioso Parlante* á la sazón vivía, y se sintió «el paso de los grupos de los paisanos *armados* (?), que con voces atronadoras decían: *¡Vecinos! ¡A armarse! ¡Viva Fernando VII! ¡Mueran los franceses!*» (2). No otro era el propósito que guiaba en dirección al *Parque* el grupo capitaneado por D. José Fernández Villaamil ó Villamil, dueño de la *Hostería* de la *Plaza de Matute*, donde no pudo formarse (3); el de D. José Rodríguez, dueño de la *Botillería* de las desaparecidas *Cuatro Calles*, «muerto al pie del cañón, al lado de su hijo» (4); el del capitán agregado al Batallón de Milicias provinciales de Cuba, don

(1) *Archivo de la Real Casa*.—Expedientes de personal.—Carpeta de Molina y Soriano (cita de Pérez de Guzmán, pág. 387).

(2) *Memorias de un Setentón*, pág. 38 (cita del propio Sr. Pérez de Guzmán, loc. laudato).

(3) Esto ha de presumirse, pues para ir desde la *Plaza de Matute* al *Parque*, el grupo tenía que atravesar la *Carrera de San Jerónimo* y la *calle de Alcalá*, ambas comprendidas en uno de los más sangrientos focos de la lucha, y tomando por la de *Peligros*, salir ya hacia las de *Hortaleza* y *Fuencarral*, donde era menor la agitación entonces.

(4) *El Dos de Mayo de 1808 en Madrid*, pág. 388; *Aclaración histórica*, pág. 144. Conforme se indica en la primera de estas obras, D. José Rodríguez vivía en la *calle de Hortaleza*, pág. 675. núm. 203.

Andrés Rovira y Valldeocera, al que se incorporaban el del valeroso D. Clemente de Rojas, y después en la *calle Ancha de San Bernardo* el de D. José Albarrán, médico de la Real Casa, y para decirlo de una vez, de las informaciones testificales que obran en los expedientes de víctimas conservados en el *Archivo Municipal de Madrid*, conste «que en todas las calles de la corte se oyó... el grito instintivo de la muchedumbre de ¡*Al Parque por armas!*» (1).—«No todas estas partidas [sin embargo] llegaron hasta el *Parque*, que era su objetivo»; pues «sorprendidas algunas en su camino, tuvieron que defenderse, y esparciéronse al quedar sus jefes fuera de combate» (2).

Sugestionado por la idea de que la explosión del pueblo de Madrid fué consecuencia de un plan de antemano convenido,—el ilustre académico, que tan bello libro ha escrito para conmemorar el sublime acontecimiento, por todas partes ve testimonios y pruebas de una *consigna*, sin advertir que si tal hubiera habido, despojaría á aquella gloriosa jornada del principal de sus méritos, del que la hizo admirable á los ojos del mundo: de la *espontaneidad* con que la explosión se produjo, y que, á despecho de todo cuanto se quiera decir en contrario, pregona elocuentemente el desconcierto con que procedieron, independientemente los unos de los otros, aquellos grupos que jamás llegaron á 50 hombres, y que con navajas, palos, escopetas, chuzos, bayonetas y cuanto á mano hallaron, gallarda, valerosa y resueltamente se lanzaban heroicos sobre los franceses, y que con nobleza no igualada nunca en ninguna parte, así que los veían indefensos les perdonaban con generosidad inconcebible la vida.

Bajo esta obsesión, que es evidente, y no puedo conceptuar deliberada, pero que falsea la verdad de los hechos,—al pintar el amanecer del glorioso día, después de consignar que en el interior de la población no se advertía nada de extraordinario,

(1) Antón del Olmet, *Aclaración histórica*, pág. 145.

(2) *El Dos de Mayo de 1808 en Madrid*, pág. 389.

escribe: «Sólo en las puertas y portillos que franqueaban á los de afuera el paso á la Villa, se notaba desde que vino el día mayor animación que la de costumbre, *aunque aquellas eran las horas en que ordinariamente afluían de los pueblos inmediatos los abastecedores con sus cargamentos y vituallas*»; y añade, como si la demostración hubiera quedado hecha: «Esta larga y no interrumpida procesión de forasteros no cesó en toda la mañana». «*Parecían convocados á voz de bocina, ó concurrentes á algún suceso extraordinario.*» «Se notó que de los Sitios y lugares contiguos á todas las posesiones Reales *venía casi en masa toda su población de hombres robustos y ágiles, capaces de acometer cualquier empresa de valor*»; agregando, por último, como detalle que quita toda su fuerza al argumento pretendido: «*algunos traían sus hijos en su compañía*» (1).

Del *Catálogo alfabético-biográfico de los muertos y heridos*, que el docto académico inserta en el *Apéndice IV* de su obra, podrá obtenerse la confirmación de su gratuito supuesto, ó la refutación absoluta del mismo; y en dicho *Catálogo* expresa: Número 12 de los muertos, «*Andrés Martínez, trajinero de vino, de setenta años; detenido en la Puerta de Atocha, viniendo de Vallecas, y fusilado en las tapias de Jesús*»; 15, *Angela Fernández Fuentes...*, natural de Aranjuez. Herida en el *Parque de Artillería*, adonde acudió desde la calle de la *Palma*

(1) Op. cit., pág. 373. También en las *Memorias* de D. Juan Gabriel del Moral se lee que, esparcida la noticia de que Fernando VII «había casado en Bayona con sobrina del tirano [Napoleón], y que éste venía acompañando á los novios á Madrid, con aparatos pomposos», «muchos fanáticos y débiles españoles... se dispusieron... á marchar á Madrid, *para ver los regocijos*, y la canalla gabachuna que traía Fernando á *celebrar sus bodas*». «Se poblaron los caminos de la Corte con carruajes de las principales ciudades, con familias de pudientes y sus equipos...» «Apenas iban llegando á Madrid los noveleros, *deseosos de ver las prenotadas funciones*, llegó el día 2 del mes de Mayo de 1808.» «Día grande. Día memorable. Día crítico» (*Rev. de Arch. Bib. y Museos*, págs. 426 y 427 del número de Mayo y Junio de 1908). La gente, pues, venía, si es que vino, en son de fiesta, no en son de pelea, conforme expresan estas *Memorias* tan poco exactas respecto del glorioso *Dos de Mayo*.

*Alta* en que habitaba; 23, *Antonio Colomo*, natural de *Navalcarnero*, alfarero. Trabajaba en los tejares de la *Puerta de Alcalá*, y fué fusilado en el *Buen Retiro*; 48, *Baltasar Ruiz*, arriero, detenido en las inmediaciones de la *Puerta de Atocha*, y fusilado en la alcantarilla de la misma puerta y *Paseo del Prado*; 66, *Clara del Rey y Calvo...*, una de las más ilustres heroínas del *Parque*, natural de *Villalón del Campo*, habitante en la *calle de San José*, núm. 11; 67, *Claudio de La Morena*, natural de *Algete*, arriero, fusilado en el *Prado* por hallársele en la montera una aguja con que cosía los costales de trigo que diariamente conducía á *Madrid*, de cuyo trajín vivía; 71, *Dionisio Santiago Ximénez*, natural del *Real Sitio de San Fernando*, mozo de labor de *San Fernando*, fusilado en el *Retiro* (1); 93, *Eusebio José Martínez Picazo*, trajinero; en la *Puerta de Atocha* le quitaron la recua, y se le fusiló en las tapias de *Jesús* (2); 124, *Francisco Iglesias Martínez*, de cincuenta años, natural de *Ciempozuelos*, fué parroquiano de *San José*; 138, *Francisco Ponce de León y Martínez*, natural de *Torrejón de Velasco*, trajinero; venía de *Vallecas* con una carga de vino; detenido en la *Puerta de Atocha*, fusilado en las tapias del *Retiro*; 166, *José Aznar*, natural y vecino de *Miraflores de la Sierra* (se hallaba en *Madrid* hacía días); 200, *José Pérez y Hernán de la Fuente*, de sesenta años, de *Miraflores de la Sierra*. Llegó con sus hijos, *Francisco* y *Juan*, el día 1.º á *Madrid*, y el 2 quedó herido en el combate, y murió el 5; 227, *D. Juan de la Fuente y Casas*, cirujano, residente en *Valdemoro*, llegado á *Madrid* el 1.º de *Mayo*; 248, *Julián Rejón*, de veinticuatro años, natural y vecino de *Leganés*, fusilado el 5 en

(1) De éste dice Pérez de Guzmán, probablemente por su cuenta: «fué de los muchos subalternos de los Sitios reales y de los pueblos inmediatos que vinieron á *Madrid* el 1.º de *Mayo* y en la mañana del 2 á tomar parte en el levantamiento de la capital» (pág. 661). ¿Por dónde lo sabían?

(2) Es el mismo que luego aparece con el núm. 191, á la pág. 674: *José Martínez Picazo*, arriero, etc., aunque la signatura del *Archivo Municipal de Madrid* sea diferente.



Leganés... por haber ido á Madrid á tomar parte en la con-  
moción del día 2; 250, *Leandro Rejón*, de treinta y tres años,  
idem id.; 293, *Manuel Zaragoza*, arriero, fusilado en el *Prado*;  
316, *Mateo González y Menéndez Quiñones*, de *Colmenar de*  
*Oreja* (fué de los que vinieron á Madrid, el día 1.º de Mayo,  
de los pueblos inmediatos); 327, *Miguel Facundo Revuelta y*  
*Muñoz*, de diez y nueve años, jardinero del marqués de San-  
tiago, en *Griñón*, é hijo de Manuel Revuelta, jardinero del  
Real Sitio de Aranjuez, con quien vino el día 1.º á Madrid;  
340, *Nicomedes de Soto Garrote*, natural de *Jetafe* y residente  
en *Leganés*; vino á Madrid el día 1.º de Mayo (1). Total, 19  
muertos, naturales de la provincia.

Heridos: Número 11, *Angela Fernández Fuentes*, que es la  
misma que aparece con el núm. 15 en la lista de los muertos  
(página 655), donde se dice murió el 18, y aquí que salió dicho  
día del *Hospital* (2); 27, *Basilio Adrao Sanz*, natural de *Escalo-*  
*na*, vecino de *Canillejas*, jornalero; 90, *Juan de Cueto Pilar*, de  
veintiséis años, labrador, vecino de la *Arganzuela*; 105, *Julián*  
*Martín Ximénez*, de treinta años, vecino de *Aranjuez*; 108, *don*  
*Ignacio Pérez Hernández*, presbítero, residente en *Fuencarral*,  
de donde era natural, y de donde vino ACAUDILLANDO el paisa-  
naje que el día 1.º vino para prevenir LOS ALBOROTOS del día 2;  
128, *Manuel Sevillano Ramírez*, de treinta y dos años, natural

(1) Este mismo *Nicomedes del Soto Garrote*, que aquí aparece entre  
los muertos, pues se dice murió el 4, lleva el núm. 147 de los heridos, ex-  
presando: «*Nicomedes del Soto Garrote*, niño de once años, natural de  
*Jetafe*, fué herido en *Puerta Cerrada*» (pág. 711). La noticia del núm. 340  
está tomada, según se indica, del *Hospital General*, Comisaría de entra-  
das, folio 210; y la del núm. 147, del *Hospital General*, Comisaría de en-  
tradas, 1808, t. I, folio 208.

(2) Lo mismo ocurre con *Francisco Fernández Gómez*, núm. 120 de  
los muertos (pág. 667) y 55 de los heridos (pág. 701); con *Juana García*,  
núm. 242 de los muertos (pág. 678) y 102 de los heridos (pág. 706); con  
*Nicomedes de Soto Garrote*, ya citado; y por no mencionar más, con *Mi-*  
*guel Moraleda y Ortigosa*, núm. 332 de los muertos (pág. 687), que apa-  
rece en la pág. 710, entre los heridos, con el nombre de *Miguel Moraleja*  
*y Ortigosa*, núm. 144.

de *Navalcarnero*, pastor, herido en las afueras; 138, *Mariano Panadero Claros*, de veintiún años, natural de *Carabanchel*, empleado en el almacén de la pólvora; 171, *Vicenta Réluz Hernández*, natural de *Carabanchel de Abajo* y habitante en la *calle de Manguiteros*. Total, 8 heridos, naturales de la provincia, que con los 19 muertos, forman un total de 27 víctimas. De ellas, *Angela Fernández Fuentes* (núm. 15), *Antonio Colomo* (núm. 23), *Clara del Rey* (núm. 66) y *Francisco Iglesias Martínez* (núm. 124), entre los muertos, la citada *Ángela Fernández Fuentes* (núm. 11), *Manuel Panadero Claros* (número 138) y *Vicenta Réluz Hernández* (núm. 171) eran vecinos de Madrid, y los restantes, ó estaban en la Corte ya hacía días ó habían llegado, según el *Catálogo*, el día 1.º, siendo problemático que el pastor *Manuel Sevillano Ramírez*, natural de *Navalcarnero*, y herido en las afueras, no tuviese en Madrid ó en los suburbios su domicilio, resultando por consiguiente *trece* víctimas conocidas de gente de los pueblos de los alrededores, y que se supone llegada en las primeras horas de la mañana del día *Dos de Mayo*. ¿Puede con esto asegurarse que era «larga y no interrumpida» la «procesión de forasteros» que «no cesó en toda la mañana»? ¿Es lícito asentar que «parecían convocados á voz de bocina» aquellos forasteros? En población de la importancia que Madrid tenía como capital del reino, ¿puede taxativamente ser fijado el número de los forasteros que diariamente á él acudían de los pueblos inmediatos á sus negocios? ¿Significaba grande, extraordinario é insólito aumento, por aventura, entre las gentes que entraron en Madrid la mañana del día 2 por todas las puertas y portillos de la corte el número proporcional de personas correspondiente al de las que resultaron muertas ó heridas? ¿Es aceptable, en consecuencia, la hiperbólica aseveración de que «de los Sitios y lugares contiguos á todas las posesiones Reales venía *casi en masa toda su población* de hombres robustos y ágiles, capaces de acometer cualquier empresa de valor?» Y aun admitiendo esto, cuando deliberadamente venían á batirse, ¿es ló-

gicamente de presumir que «algunos trajeran sus hijos en su compañía?»

Nada hay que de cierto autorice la infundada especie de que, como á una cita, acudiesen de las cercanías de Madrid las gentes para promover los que con injusta frase llama *alborotos* del día 2 mi ilustre amigo. Nadie sabía que había de producirse la colisión entre madrileños y franceses entonces, aunque fuera verosímilmente de inferir que la marcha de la reina de Etruria y del infante Don Francisco podría ser origen de ella, según lo fué en efecto. El movimiento fué totalmente *espontáneo*; sorprendió á la multitud inerme en su mayoría, por lo cual en grupos se dirigió al *Parque*; y aquellos que tenían armas, aquellos que podían defenderse y ofender, buena prueba dieron de que eran hombres y mujeres «robustos y ágiles, capaces de acometer cualquier empresa de valor», sin necesidad del concurso de los forasteros, luchando en la *Puerta del Sol*, en los *Consejos*, en *Puerta Cerrada* y en la *Puerta y calle de Toledo*, donde las mujeres desordenaban y detenían los coraceros franceses que de los Carabancheles venían.

En las horas que duró aquella sangrienta jornada, de recordación eterna, fueron muchas las personas de todas clases y categorías que de Madrid huyeron espantadas, llevando la estupefacción, el asombro, el sobresalto y el pánico por todas partes, y por todas partes despertando el sentimiento de la Patria alevosamente escarnecida. A las doce de la mañana, por ejemplo, consta que llegaron á Alcalá de Henares diversos fugitivos, y entre ellos un Guardia de Corps, quienes «con su aspecto, sus exclamaciones y su espanto», dieron «noticia de lo que en aquellos momentos mismos en Madrid acontecía». Y de tal suerte excitaban aquellas tan inesperadas como pavorosas nuevas al generoso pueblo alcalaíno—de cuyo concurso no se habría seguramente prescindido por los organizadores de la conmoción, si los hubiera habido,—de tal manera exaltaron á los estudiantes de aquella famosa Universidad y de sus múltiples colegios, que sobre llenar á unos y otros de

santa indignación, al trascender aquellas nuevas á las autoridades, «movían por último, al licenciado D. Agustín de Quadros y Rodríguez, Abogado de los Reales Consejos, Corregidor y Justicia Mayor de Alcalá, á dirigir en aquella misma fecha la siguiente y nobilísima circular á los Señores Justicias» de los pueblos de su jurisdicción:

«Se han tenido noticias por varias personas y por vn Guardia de Corps del esquadrón que han venido de la Côte, y entrado en esta Ciudad á la ora de las doze de este día, de que la tropa Francesa *ha empezado sus hostilidades* en aquella; y en tan fatales circunstancias, se hace indispensable que de los Pueblos comarcanos *concurran* á la defensa de la Patria y de nro. Rey el S.<sup>or</sup> D. Fernando Séptimo, *marchando armados á Madrid*, así como lo egecutamos en esta Ciudad, en q. todos, *sin distincion de Personas vtiles están dispuestos para la marcha*, lo que me ha parecido conbeniente comunicar á Vmds. para su imitazion.—Dios gue. á Vmds. m.<sup>s</sup> a.<sup>s</sup> —Alcalá de Henares y Mayo 2 de 1808.—AGUSTIN DE QUADROS» (Está rubricado) (1).

Ganoso de alentar á las autoridades madrileñas, «con la promesa de inmediatos refuerzos, el patriótico Corregidor Quadros enviaba al propio tiempo copia de la transcripta circular al Gobernador del Supremo Consejo de Castilla, Arias Mon, esperando impaciente su respuesta para marchar á Madrid, al frente de los alcaláinos». Llegó al día siguiente 3 en forma de *Orden*; y como digna de ser conocida, la publiqué por vez primera años hace en el trabajo de que estas noticias tomo (2). Es documento que «pinta al natural el servilismo y la degradación de las autoridades á quienes dejó confiados Fer-

(1) Archivo Municipal, Est. 4, Tabla 4, legajo 4.<sup>o</sup>, número 251.

(2) *Alcalá de Henares durante la Guerra de la Independencia*, pág. 43 del tomo 129 de LA ESPAÑA MODERNA, correspondiente al 1.<sup>o</sup> de Septiembre de 1899.

nando VII el gobierno y la tutela de la Nación y del pueblo madrileño», que textualmente dice:

(Al margen) «ORDEN.—He visto con el mayor disgusto por el oficio de Vm., que acabo de recibir por Propio, lo ocurrido en esa ciudad en la tarde de ayer, en que *por la especie vertida* por vn Guardia de Cors, de que la Tropa Francesa *estaba haciendo fuego por las Calles de Madrid*, se alarmó todo ese Pueblo, hasta los Estudios, *p.<sup>a</sup> venir en defensa de la Patria y del Rey*. Vn suceso de esta naturaleza deve ocupar toda la atencion de la Justicia y sus Magistrados, para prevenir y evitar las fatales resultas que produciría *vna animosidad desconcertada; y aunque es verdad que en la mañana de ayer* PRINCIPIÓ Á DESCOMONERSE *este Pueblo en términos* QUE PUDIERON TENER FATALES CONSECUENCIAS, *también lo es que* Á VIRTUD DE LAS DISPOSICIONES ENÉRGICAS QUE SE TOMARON AQUÍ, LOGRÓ RESTABLECER EN BREVE EL SOSIEGO, *que ha continuado y sigue hasta ahora sin la menor alteracion*. Así, pues, hará Vm. entender de mi orden á todos, y aun lo hará publicar por Bando, que se retiren á sus Casas y ocupaciones, *pues que no hay la necesidad del auxilio que prometen*: Que observen puntual y exactamente lo que *en tan repetidas ocasiones* tiene recomendado S. M. *sobre la buena acogida y armonía*, pero que su puntual obediencia será la mejor prueba de amor y lealtad que pueden dar los Vecinos de ese Pueblo á su Soberano; Y finalmente, *que no impidan en manera alguna el libre tránsito de la Cevada y demás Provisiones* que vengan á Madrid, sea para el surtido público ó *sea para las mismas Tropas* [francesas?], sobre lo cual hará Vm. á todos las exhortaciones que le dicte su prudencia por la quietud pública. Además de estas prevenciones indispensables para conservar el sosiego, es preciso que Vm. por sí, y por medio de los Individuos del Ayuntamiento y Personas de providad, se ocupe en rondar de día y de noche *incesantemente (sic)* para evitar desórdenes, dispersando las reuniones de gentes, que siempre son sospechosas y nocivas, y pidiendo en caso necesario el auxilio militar, que no dudo lo

prestará el Cuerpo de Zapadores que se halla en esa Ciudad (1). Hago á Vm. la más estrecha prevencion sobre todo lo referido, y sobre la actividad, celo, y prudencia que deve emplear en este importante servicio, de que le hago responsable, en el supuesto de que por lo respectivo á los Estudiantes, y demás Individuos de la Vniversidad, escribo con esta fecha lo conveniente al Rector, y Cancelario de ella, haciéndoles los encargos y prevenciones más precisas, con quienes al efecto se pondrá Vm. de acuerdo, y me avisará de qualquier ocurrencia. —Dios gue. á Vm. m. a. —Madrid tres de Mayo de mil ochocientos ocho—ARIAS MON (Rubricado). —Al Alcalde Mayor de Alcalá de Henares» (2).

(1) «El día 24, con toda gallardía y tambor batiente — escribe el señor Pérez de Guzmán,—el sargento mayor del Real Cuerpo de Zapadores D. José Veguer, con sus dos Batallones, compuestos de cerca de 1.000 soldados», salió de Alcalá de Henares, diciéndoles en su resolución: «Madrid, desarmado con ardides de perfidia, mira con dolor rabioso los cantos de sus calles teñidos con la sangre inocente de sus conciudadanos asesinados, y suspira por un socorro pronto. Yo ya no puedo resistir á mi interior impulso. Venid conmigo, nos organizaremos, y con ímpetu de leones acometeremos á esos bandidos y asesinos, engañadores, en sus centros, en sus retiradas, y los despedazaremos para escarmiento eterno» (*El Dos de Mayo de 1808 en Madrid*, pág. 480.) Un poco tardía fué la resolución de aquel jefe; y ésta, que no consta en los documentos que tuve á mi disposición en Alcalá, explica cómo, «encadenada al yugo de los invasores» y no habiendo documento que dé á conocer la suerte de aquella población en los días posteriores al 3 de Mayo, «en que hubo de ser teatro de acontecimientos censurables por parte de los franceses, que se apoderaron de ella,—no sólo no hiciera resistencia el vecindario, sino que tampoco «por su parte la intentara el Cuerpo de Zapadores que en la población se hallaba establecido», según escribía en el artículo citado. Véase respecto de este acontecimiento el artículo de D. Joaquín de la Llave, *La fuga de los Zapadores, Mayo de 1808*, publicado en el *Memorial de Ingenieros del Ejército*, correspondiente al mes de Mayo del año presente.

(2) Art. cit., págs. 45 y 46 del tomo mencionado de LA ESPAÑA MODERNA. El documento existe en el Archivo Municipal (Est. 4, tabl. 4, legaj. 4, núm. 251). Inicuamente despojado de la mayor parte de los documentos de este período histórico, no existe en el Archivo el original de la *Orden* copiada, sino el traslado de ella, cuya ortografía he conservado. Este documento, y todos los oficiales de todas las épocas, demuestra que

Prescindo de otros particulares, no exentos de importancia en lo referente á los acontecimientos del *Dos de Mayo* en Madrid, tales como las afirmaciones oficiales de que *el motín, los alborotos* de aquel día, fueron obra del *populacho* (1), pues del examen de las listas de muertos y heridos se deduce muy otra cosa (2), y porque fuere cual fuere la condición social de las víctimas, merecieron y merecen todos por igual tanta admiración como respeto, pues derramaron noblemente y sin distinciones su sangre generosa en holocausto de la Patria, y dieron ejemplo inmortal de sublime patriotismo, en ninguna otra ocasión de los modernos tiempos, superado por pueblo alguno.

la *Historia documentada* no es siempre verdad, ni mucho menos, y que la *Historia* necesita algo más que el documento oficial escrito, del cual debe apartarse cuidadosamente, si no se obtiene por otros medios la comprobación indispensable, con el auxilio de la crítica.

(1) El citado D. Juan Gabriel del Moral hace constar, no sin exageración manifiesta y por lo que circuló en toda España, que mientras «cuasi los magnates españoles, así en el estado secular como en el eclesiástico, también los más riquillos de los pueblos, y la gente más pudiente, hábil y dispuesta se decidieron á favor de nuestros enemigos, ¿quién lo creyera? *La plebe en común fué la que abrigó la lealtad* y el amor á Dios y al Rey» (página 428 del número mencionado de la *Rev. de Arch., Bib. y Museos*).

(2) De ellas, con efecto, y conforme han sido publicadas por el Sr. Pérez de Guzmán, resulta fueron víctimas en la jornada:

- I.—PROFESIONALES.—2 médicos, 3 cirujanos, 1 abogado, 2 escribanos, 2 músicos, 1 profesor de Filosofía y Matemática y 1 grabador, muertos; 1 médico, 3 cirujanos, 1 pintor, 1 arquitecto y académico de San Fernando; 1 notario eclesiástico; 1 profesor de primeras letras; 1 estudiante y 1 practicante de cirugía, heridos. Total, 13 muertos y 10 heridos.
- II.—CLÉRIGOS.—3 muertos y 4 heridos. Total, 7.
- III.—EMPLEADOS del Estado, del Municipio y de la Biblioteca del duque de Osuna.—17 muertos y 5 heridos. Total, 22.
- IV.—EMPLEADOS Y DEPENDIENTES de la Real Casa.—18 muertos y 4 heridos. Total, 22.
- V.—INDUSTRIALES.—10 muertos y 6 heridos. Total, 16.
- VI.—COMERCIANTES de todas clases.—9 muertos.

Lo que yo he querido poner en estas mal hilvanadas líneas de relieve es que el movimiento fué *absolutamente espontáneo* y sin preparación, y no consecuencia de concierto alguno previo, ni organización ni dirección de ninguna especie; que *fué obra exclusiva del pueblo de Madrid*, en todos sus órdenes y categorías, *sin auxilio de nadie*, comprendiendo en el pueblo, no sólo los paisanos, de quienes nadie se acuerda, sino los militares de todas Armas y graduaciones, quienes al romper abiertamente con la *Ordenanza* y colocarse al lado de aquéllos contra el poder constituido, bueno ó malo, pero poder al postre, perdieron el carácter militar, aunque conservaran el uniforme, y al pueblo, de donde procedían, volvieron valerosos como buenos hijos; que fué, pues, la explosión *esencialmente popular*; ni fruto de planes por nadie concebidos, ni de *consignas* misteriosamente circuladas, ni de sedición militar, ni de cábalas de camarillas; que la gloriosa y tenaz defensa del *Parque* no fué sino uno de tantos episodios de la jornada, como el ataque á los mamelucos y á los polacos en la *Puerta del Sol*, como el que las mujeres iniciaron y sostuvieron contra los coceros de Carabanchel en la *Puerta de Toledo*, y como otros varios en distintos lugares de la Villa, y no el objetivo predominante en las masas, las cuales se dirigieron allí naturalmente para armarse, y no á otra cosa, y sorprendidas dentro de aquel poco militar recinto, falto de condiciones de defensa, forzadas se vieron á permanecer en él y á defenderse de las empeñadas acometidas de las tropas napoleónicas; que, como

---

VII.—OBREROS.—78 muertos y 31 heridos. Total, 109.

VIII.—SIRVIENTES de todas categorías.—32 muertos y 21 heridos. Total, 53.

IX.—SIN PROFESIÓN.—3 muertos.

Es decir, que, sin contar los militares y sus asimilados, de las 323 víctimas, poco más ó menos, hechas aquel día entre los paisanos, y sin reparar en los casos dobles, en los cuales el *Catálogo* coloca por descuido un mismo individuo entre los muertos y entre los heridos, 251 tenían profesión y oficio, y no eran gente vagabunda y baldía. De esta clase no hubo más que 3.



dice con superior acierto un escritor, «la gloria de aquella jornada es... bastante caudalosa y brillante para que bañe en su luz á todos sus autores, sin que necesiten disputarse unos á otros la aureola» (1), cosa que ni hicieron aquellos héroes ni pretendo yo en modo alguno, aunque soy partidario del *sum cuique*; que según la expresión del escritor aludido, «no fueron cuerpos de milicia, *fué España*, representada por paisanos y soldados, por cuantos ante el conflicto... siguieron la voz del patriotismo, quien peleó aquel día, cuya gloria entre todos se reparte, entre caudillos y auxiliares oscuros, entre héroes renombrados y héroes anónimos» (2); y por último, que el actual pueblo de Madrid ha sido bien indiferente é ingrato para con el pueblo de 1808, como lo ha sido la Nación entera al no haber pensado nunca en glorificar la memoria de aquellos héroes oscuros que, por no corresponder á Cuerpo alguno del elemento armado, no han tenido nadie que de ellos se acuerde, y que ni las carrozas—menores en número y aún en riqueza que las que pasean por *Recoletos* en los Carnavales,—ni la procesión—que por noble iniciativa propia presidió S. M. el Rey Don Alfonso XIII, dándole mayor solemnidad y realce,—ni las hojarascas de Monteleón, ni las percalinas de los balcones, ni el escrúpulo escultórico de mi buen amigo Marinas, ni las lápidas conmemorativas fijadas en diversas partes, han sido dignos ni del acontecimiento, ni de los héroes, ni del pueblo de Madrid, que ha debido y podido hacer otra cosa, ayudado esta vez en el Centenario por toda España, pues á los héroes *del montón* que en Madrid promovieron el épico *Dos de Mayo*, es deudora la Patria de su independendencia. Sin el *Dos de Mayo*, ¡quién sabe lo que hubiera podido acontecer en el reino (3)!

---

(1) D. E. Gómez Baquero, art. cit. de *Los lunes de El Imparcial*.

(2) Idem id.

(3) «El fuego del día Dos de Mayo en Madrid..., penetró por el aire con tanta rapidez á todas las poblaciones de España que (cosa rara), cuasi en el mismo correo inmediato se supo en Toledo, en Figueras, Cádiz, Pamplona, Badajoz, Sevilla, Granada, etc., etc.» «Cuasi en un momento se

Celoso de sus timbres particulares—que son glorias legítimas de la Nación,—el que se dijo Real Cuerpo de Artillería, supo lleno de no menos legítimo entusiasmo glorificarse á sí propio, glorificando con justicia la memoria de Velarde y de Daoiz, ó de Daoiz y de Velarde, erigiendo á sus expensas el marmóreo grupo esculpido por el catalán D. Antonio Solá, y que después de reiteradas vicisitudes y de varios cambios de sitio ha ido á parar, sin protesta de los artilleros, al *Parque del Oeste*, donde está fuera de sitio, consintiendo la lápida que declara fué el monumento tributo rendido á aquellos héroes inmortales por el Ayuntamiento popular de 1869. Por la iniciativa y las gestiones de dos primeros tenientes de Infantería, ambos ilustres y ambos honra del Arma, D. Pedro Alcántara Berenguer y Ballester, autor de diversas obras militares y científicas, Profesor de la *Academia General Militar* en Toledo, y luego de la *Escuela Superior de Guerra*, fallecido siendo Comandante por consecuencia de la impresión que causó en su ánimo varonil y generoso el desastre de la pobre España en la guerra con los Estados Unidos, y D. José Ibáñez Marín, Teniente Coronel ahora, y cuyos méritos no tiene para qué encarecer mi amistad, pues son harto notorios—fué erigida al teniente de Voluntarios del Estado, D. Jacinto Ruiz, la hermosa estatua de Benlliure en la *Plaza del Rey*, lugar tan poco apropiado, como el del grupo de los artilleros. Y ahora, con motivo del Centenario, de prisa y corriendo, el Excmo. Ayuntamiento de Madrid, que asume la personalidad del pueblo madrileño,—desmontando la estatua de Lope de Vega que esculió el cordobés Inurria, y ha sido condenada á vagar indecisa, sin saber dónde ha de parar al postre, y por economía, tomando una parte del proyecto premiado ha tiempo de Aniceto Marinas—no ideado al propósito, ahora,—en la *Glorieta de San Bernardo* ha levantado un

---

sublevó en masa toda la nación. Los hombres, mujeres y niños... salían de su casa respirando el más acalorado odio á los franceses y á sus amigos», etc. (*Memorias* cit., pág. 429 del número de Mayo y Junio, de la *Rev. de Arch., Bib. y Museos*).

*Monumento al Pueblo de Madrid por sus hazañas del Dos de Mayo de 1808*, dándole emplazamiento en lugar impropio también, cuando debía figurar por derecho propio en el principal de la Villa.

En este grupo, que resulta por su tamaño mezquino y pobre para lo que glorifica, y en la *Glorieta* donde ha sido emplazado—y no entienda mi buen amigo Marinas que yo critico ni menosprecio su bella obra, la cual soy el primero en elogiar como se merece en el concepto artístico,—en este grupo, repito, lo que menos figura es el *pueblo*. Como remate y corona, allí está Daoiz, apoyado en el cañón, pregonando que todo el honor de la épica jornada es de los militares, y entre éstos de la Artillería, ya debidamente glorificada en el grupo del *Parque del Oeste*. Ni el homérico ataque de los paisanos á los mamelucos en la *Puerta del Sol*, ni el sublime de las mujeres en la *Puerta de Toledo* contra los coraceros de los Carabancheles, ni Malasaña, ni Clara del Rey, ni los chisperos, ni los menestrales, ni los obreros, ni los comerciantes, ni aquellos voluntarios del Estado, Guardias Walonas, Guardias Españolas, Suizos, Marinos, soldados de caballería, cadetes, clérigos, estudiantes y demás valientes que dieron su vida y derramaron su sangre en el altar de la independencia pátria—es decir, aquellas gentes *del montón*, que no han tenido quien por ellas mire, ni quien de ellas se acuerde, pero que no por eso dejan de ser héroes de superior magnitud,—han obtenido representación conmemorativa en el monumento dedicado al *Pueblo*.

Y mientras con dolorosa indiferencia ha mirado y mira el Arma de Infantería el olvido y la postergación injustos en que yacen los suyos,—el pueblo actual de Madrid no ha visto con mayor interés la forma en que ha sido glorificado por el Excelentísimo Ayuntamiento. ¡Triste, pero elocuente prueba de la letal decadencia, de la degeneración lamentable á que nos ha traído la política en los últimos años del siglo xix y estos primeros de la xx.<sup>a</sup> centuria!

La dignidad del pueblo de Madrid exige un monumento que

eternice plásticamente á los ojos de las generaciones el heroísmo de los *del montón*; monumento grandioso en el cual encarne el nacional sentimiento, en el cual hallen representación adecuada todos aquellos de condición distinta, con uniforme ó sin él, que dieron su vida y su sangre por la Patria; que despertaron el heroísmo de toda España, y fueron precursores de Bailén y de Vitoria. Pues al morir aquellas gentes, y como dijo D. Juan Nicasio Gallego:

*¡Venganza y guerra!*, resonó en su tumba;  
*¡venganza y guerra!*, repitió Moncayo;  
 y al grito heroico que en los aires zumba,  
*¡venganza y guerra!*, claman Turia y Duero!  
 Guadalquivir guerrero,

.....  
 blandiendo activo la nudosa lanza,  
 corre, gritando, al mar: *¡Guerra y venganza!*

Si algún día, volviendo por su honra, el pueblo de Madrid erige tal monumento, emplazarlo debe en uno de estos dos sitios: la *Puerta del Sol*, convenientemente ampliada y libre de la tiránica red de tranvías, que hoy la tiene convertida en cochera ignominiosa, ó la *Plaza de Castelar*, reemplazando la *Fuente de la Cibeles*. Y ya que ha consentido quede arrinconado el *Obelisco del Dos de Mayo*; que el monumento de pintada escayola que ha usurpado á Lope de Vega el sitio, y al *Pueblo de Madrid* está dedicado, ocupe lugar tan secundario en la Villa, no debe, por decoro propio, autorizar con su silencio y su indiferencia, con su atonía inconcebible, que las cosas continúen en el actual estado.

¡Pobre pueblo, siempre generoso y pródigo de su sangre!  
 ¡Pobre pueblo, que cuando toma las armas y se organiza para defender su independencia, salvar sus hogares, derramar su sangre por la Patria, y sacudir el yugo de los extranjeros, es por éstos mirado con desprecio soberano, y llamados *brigands* sus generosos hijos! *Brigands* les dijeron y aun les dicen los franceses en toda ocasión, y en todos los tonos, y sin embargo, los mismos franceses, en la luctuosa campaña franco-prusiana de 1870, á los hijos del pueblo que tomaron allí debida y

legítimamente las armas para defender la Patria, les llaman *franco-tiradores*; hallan legítimo en su Patria todo medio de deshacerse del enemigo en emboscadas, en lazos, de cualquier manera, porque esto en realidad es justo, pero justo para ellos sólo... Y eso que la declaración de guerra partió en 1870 de Francia, y los ejércitos alemanes penetraron en territorio francés abiertamente, cara á cara, dispuestos á luchar con un ejército numeroso, preparado y apercebido al combate. En España ocurrió de muy diverso modo: los franceses entraron so color de amigos; se posesionaron de ciudades y de plazas fuertes, y el país ni estaba para la guerra preparado, pues no la esperaba, ni disponía de medios para rechazar al extranjero que de manera tan alevosa hollaba el suelo de la Patria. No hay, pues, paridad alguna entre la Guerra de la Independencia, en que España tuvo todo que improvisarlo, sorprendida en su misma casa, y la guerra franco-prusiana, en que Francia, sobre parecer que debía estar preparada, contaba con recursos poderosos que aquí no hubo.

\*  
\*  
\*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
DEL  
ATENEO BARCELONES

La lectura del hermoso libro de mi excelente amigo el señor D. Juan Pérez de Guzmán — á quien el Sr. Antón del Olmet llama constantemente *Artillero honorario*, — me ha sugerido éstas y otras reflexiones que omito, y que quizás desarrolle en otras cuartillas adelante; y aunque sé que vale poco el testimonio sincero de mi devota admiración hacia la obra del ilustre académico, ríndoselo aquí públicamente, como se lo rendí de palabra á su tiempo.

Hijo de Madrid, en algo me tocan las glorias madrileñas; y prescindiendo de las enseñanzas historiales que el libro proporciona, — hay en el material paciente y laboriosamente por su autor acumulado tanto digno de estudio, tanto y tan rico detalle, tantas y tan variadas pistas é indicaciones para futuros trabajos, que hace todo ello inapreciable la filigrana de mi docto amigo, quien, por amor á la verdad, habrá de perdonar-

me con su habitual benevolencia me haya permitido mirar, desde puntos de vista que no son precisamente los suyos, el *Dos de Mayo de 1808*.

Merecido tiene el honroso galardón que, cada uno por su parte é independientemente, le han discernido el Ministerio de la Guerra, y le ha conferido en prueba de gratitud el Cuerpo de Artillería, y del que por los periódicos me enteré con regocijo á su tiempo, como si fuera cosa propia. Por ambos le doy la enhorabuena; y si no lo ha hecho ya, debe el Ayuntamiento de Madrid discernirle y conferirle por su obra el título de *Hijo adoptivo*, nunca con mayor causa, ni más legítimamente ganado que ahora.

Sin entrar en discusión alguna, sin mostrar predilección ni preferencia que serían injustas, y para concluir estas reflexiones, creo que el Arma de Infantería debe homenaje análogo al Sr. D. Fernando de Antón del Olmet por su *Aclaración histórica*; pues, como dice muy bien en *La Correspondencia de España* del 9 de Agosto de este año, el ilustrado redactor militar D. E. La Gasca, «indudablemente la Infantería guardará siempre gratitud al Sr. Antón del Olmet, por su ímprobo, desinteresado y patriótico trabajo»; pero esto no basta, á mi juicio. Y así como los herederos de mi buen amigo el Sr. Pérez de Guzmán, podrán siempre hacer ostentación legítima y cual timbre de gloria, del expresivo testimonio de reconocimiento á aquel docto escritor tributado por el Ministerio de la Guerra y por el Cuerpo de Artillería en concepto de merecido homenaje, así también los herederos del Sr. Antón del Olmet,— á quien no tengo la honra de conocer personalmente, pero cuyo convincente estudio aprecio en lo que vale, por estar inspirado en la verdad de los hechos,—debieran hacer en su día ostentosa gala del no menos expresivo testimonio de gratitud, que todas las demás Armas del Ejército debieran tributarle, ya que tan desinteresada é hidalgamente lo ha conquistado con su *Aclaración histórica*.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

# BAILES ESPAÑOLES

---

No siempre agrada á los españoles saber que los extranjeros miran sus bailes como una institución peculiar é importante de España. El mismo Valera, con toda su inmensa cultura, no podía librarse de esta contrariedad; en una crítica de un libro acerca de España, escrito por un americano, y titulado el *País de las castañuelas*—libro considerado como grande apreciador de España,—Valera se desazona con el título (1). Es, dice, como si un libro acerca de los Estados Unidos se llamara *el país del tocino*. En esto apenas se ve analogía. El baile español no sólo excita agradables recuerdos, sino que es digno de estudio por la luz que proyecta sobre el pueblo español, sus costumbres y su genio. No es extraño que Valera en otros términos—en el volumen último de sus ensayos precisamente—exprese su sentimiento de que vaya desapareciendo la antigua costumbre de introducir un baile nacional en el escenario al

---

(1) Los bailarines españoles, aunque los mejores de ellos reciban homenaje de admiración en todas partes, son poco considerados en su propio país, y casi tenidos por vagabundos. Ellos siguen siendo excesivamente patrióticos. La Guerrero, que ocasionalmente estaba en Viena trabajando cuando la visita de D. Alfonso, gastó, según dicen, quinientos florines en violetas para echarlas al pasar el rey, y se puso ronca á gritar: ¡viva el rey! ¡Viva España! Tanto, que no pudo cantar por la noche. Algo por el estilo cuentan de la Otero durante la visita del rey á Berlín. La Tortajada también se entusiasma cantando:

«¡Patria mía, yo te adoro,  
y no te olvido un instante!»

acabar la función dramática, y clame por un renacimiento «del arte serio y altamente importante del baile».

Así y todo, el baile español en nuestro tiempo es característico; nada parecido á él se encuentra en otras partes. Ni consiente ser trasplantado; los bailarines españoles, cuando van por otros países, modifican generalmente sus métodos, mezclándolos con tradiciones francesas y otras cosas que le son por completo ajenas. Un baile español no puede sobrevivir ni aun en la atmósfera de otra provincia dentro de España mismo.

Mas aunque el baile español, y más especialmente el andaluz, se haya distinguido claramente del de otros países, no siempre fué seguramente así. Pues las castañuelas, por ejemplo, se usaban en la danza griega, como lo demuestran vasos y estatuillas en que se representan, así como el testimonio de antiguos autores (1). También en Roma se hacía uso de las castañuelas, si bien ya por este tiempo empezaron á relacionarse con España, y Marcial habla de las «*Betica crumata*». En el siglo vi Macrobio (2) dice que antiguamente las damas nobles mismas bailaban acompañándose de las castañuelas, pero que en la actualidad ya no se veían bailarinas ni aun en los banquetes; y lo considera—por esa propensión que existe á deprimir las cosas de nuestros mayores, por decadente que sea nuestra edad—como un signo de progreso.

(1) Atheneo (lib. XIV, cap. XI) trata de las castañuelas que Dicearco mencionaba en su ensayo sobre *Usos y costumbres de Grecia*, donde las mujeres se acompañaban de estos instrumentos para bailar y cantar, como lo prueba un himno á Diana en que se habla de cantar en su honor hasta que—«mi pareja con sus diestras manos»—los crótalos repique de metal.

Hermipo también—prosigue Atheneo en su obra *Los Dioses*—alude al repique de las castañuelas:

«Y rozando las conchas con las piedras,  
como de castañuelas hace ruido»;

y Didimo dice luego que algunos usan valvas de ostras y de vieiras, para, frotándolas á compás, acompañar á los bailes, y Aristófanes, en *Las Ranas*, habla de algo por el estilo.

(2) Macrobio: *Saturnalia*, III, 13, 9.



El juego de los brazos y de las manos, las inclinaciones á los lados, la postura de la cabeza y del cuerpo hacia atrás, movimientos todos tan privativos de los españoles, pertenecen á la danza griega (1). La activa participación que los espectadores mismos tienen acompañando con las palmas, fenómeno significativo por demás del baile español, parece ser también una reminiscencia del baile griego. Realmente se conserva en país tan admirablemente tenaz como España afinidad de parentesco con la antigua Grecia hasta en los trajes. Uno de los tipos más conocidos de estatuillas griegas que da la idea general de la mujer griega, podría representar igualmente una española, por la manera de llevar el abanico, el tocado de su cabeza tan parecido á la mantilla, el porte digno y majestuoso y otros pormenores que evocan la idea de la España actual.

No se limitan á Grecia las afinidades del baile español: relaciónase también con el Norte de Africa, afinidad que en todo es muy notable. Como se puede ver en monumentos egipcios, los movimientos del baile español se parecen á los del antiguo Egipto, y Marcial asocia los bailables gaditanos con los del Nilo. Los instrumentos de cuerda del Norte de Africa se asemejan á los de los españoles, y los platillos de metal—que usan en el campo en bodas y parrandas—como uno que yo cogí en un puesto del mercado de la ribera de Málaga, se parecen exactamente á los címbalos que usaba hace unos dos mil años Ankh-Hapi, músico de uno de los templos de Tebas, que pusieron en su cuerpo después de muerto, y así se ve en la urna

---

(1) Véase, por ejemplo, Becker, *Der Tanz*, págs. 49-53, y el estudio minucioso y estimable de Emmanuel, *La danse grecque antique*. En un excelente compendio de las características del baile griego declara Marcelo Hinks («The Dance in Ancient Greece», *Nineteenth Century*, Marzo 1906) que era «pantomímico. Ó sea la imitación de las palabras por los gestos, la expresión corporal de los sentimientos; comprende toda variedad de acción rápida ó lenta; sirve para todo asunto grave ó alegre, religioso ó profano, decente ó indecente; no hay en la naturaleza cosa, por alta ó baja que sea, que se libere de su jurisdicción; abarca toda la escala de las pasiones humanas».

de cristal en que yace en el Museo Británico, último lugar de descanso de su momia (1).

Habiendo razones para creer que ha habido un baile, difundido por todas las orillas del Mediterráneo en tiempos remotísimos, parecido al que aún persiste en España, resulta evidente que España era hace dos mil años el centro principal de bailes en todo el Mediterráneo. Los romanos, sobre todo, se procuraban en España, y especialmente en Gades—la Cádiz de hoy,—muchachas bailarinas, que eran objeto de alta estimación. La famosa estatua de Venus Calipiga, que representa una mujer que vuelve su cabeza hacia atrás y alrededor, no representa, como parece decir su nombre y la postura, la admiración de sí misma, sino indudablemente una bailarina gaditana, copiada en uno de los movimientos típicos del baile español (2).

Natural es tratar de averiguar por qué los antiguos bailes de los países mediterráneos han mostrado tal persistencia en España, y particularmente en Andalucía. Ya casi se viene á la mente la respuesta: mucho se debe al dón natural y al carácter tenaz y conservador del temperamento español. Pero hay además otra causa, y es la presencia de los gitanos en España. El baile, y sobre todo lo que se llama baile flamenco (3), es tan

(1) Más al Sur todavía, en los países habitados por negros, encontramos las mismas afinidades. El baile de las mujeres Swahili recuerda en muchos puntos el baile flamenco, y en Fang del Congo emplean en sus bailes valvas de moluscos, atadas á sus tobillos á modo de castañuelas.

(2) Las gaditanas han conservado en esto su reputación hasta nuestros días. A fines del siglo XVIII, Peyron pudo ver que eran célebres por sus bailes voluptuosos y llenos de encanto, y á principios del mismo siglo Masti declaraba que las mujeres más virtuosas y nobles de Cádiz bailaban el fandango en medio del general aplauso. Baretta, en 1770, describía el entusiasmo con que todas las clases españolas se entregaban al baile, y dice que el clero fomentaba este entusiasmo en interés de la moralidad.

(3) No es fácil explicar por qué al gitano se le llamara *flamenco*, es decir, soldado español que volvía de las guerras de Flandes. Salillas (*Hampa*, página 54) cree que en el período último y menos glorioso de la guerra de los Países Bajos, el soldado empezó á ser considerado como modelo de di-

ordinario recreo de los gitanos en España, que ha dado esto lugar á la opinión de que los bailes españoles son realmente gitanos. Lo cual es un error, pues los gitanos no trajeron del Indostán ni bailes ni música ninguna. Los llamados bailes gitanos de España son bailes del país que los españoles van relegando á los gitanos, que los adoptan con gran facilidad y destreza. Esto nos induce á tratar de una cuestión por demás interesante: lugar preferente que los gitanos ocupan en España.

Los gitanos son raza exótica en Europa; en lo general desentendidos de la vida nacional de los países en que viven, y por los que andan como extranjeros y vagabundos. Tal ocurre también en Inglaterra y en Francia. Pero hay ciertas gentes en Europa con las que, á causa de su temperamento, que motiva cierta simpatía, los gitanos encuentran facilidad de relación y contacto. De esto pasa en Rusia, y Listz escribía una descripción, que se cita á menudo, de una fiesta rusa en que entraba por mucho la música gitana; en Hungría también es popularísima la música de los gitanos. En España, el gitano se ha apoderado con tanto ardor y diligencia de los bailes españoles, y los ejecuta con tal maestría, no sin cierto tinte caricaturesco, que mucha gente ha venido á creer que estos bailes no son nada españoles, sino gitanos. En todos estos países, el gitano se ha dejado atraer por ciertas manifestaciones conformes con su carácter de la vida de la nación, y moldear y dominar por ellas, llegando á ser así un elemento de importancia en la vida de la nación.

En España, como enseña Salillas, hay afinidad particular entre los gitanos y los andaluces en la tendencia nómada de los últimos, en su parasitismo social y en su gusto por la mú-

---

sipación, fanfarronería y picardía, y el *flamenco*, como se le llamaba, degeneró en miserable bravucón, digno sólo de juntarse con pícaros y gitanos. Por mi parte, añadiré que si tal impresión producía el soldado español á sus propios paisanos, no es maravilla que se le haga desempeñar papel parecido en las literaturas francesa é inglesa.

sica y el jaleo (1). Así es que el gitano coincide con el andaluz de las últimas capas sociales, y según las costumbres viejas van cayendo cada vez más en descrédito y hacia clases inferiores, se van apoderando de ellas los gitanos con gran energía y sin preocupación alguna, pues no son los gitanos gente que se deje llevar de esos ideales de respetabilidad que afectan á la población genuinamente europea, siquiera pertenezcan al lugar más bajo de las categorías sociales. El baile es, sin duda, una de las costumbres antiguas que van cayendo en descrédito; ya no es cosa de buen tono; de él disfrutaban principalmente las clases más pobres; los mejores cafés cantantes se esconden en las callejas más apartadas. El baile mejor no es dado conocerlo sino después de llevar mucho tiempo en el país, pues nadie se acuerda de mencionároslo. Así, sin ir más lejos, me sucedió á mí cuando conocí al Chinitas en Málaga, hace algunos años. Allí, escondido en un mal oliente callejón de los que van á dar á la Plaza, en una habitación de un piso alto, había una encantadora reunión, digna de un cuadro holandés del siglo xvii, en un humilde tablado y en presencia de un auditorio solemnemente serio y por completo nacional, en el que no faltaban, por supuesto, madres y tías vigilantes de las que iban á bailar, algunas de las bailarinas más consumadas de España, adornadas con sus vistosos pañuelos de Manila, ejecutaban las complicadas é interminables evoluciones del verdadero baile español. Después he oído que, con no sé qué pretexto, se cerró el baile del Chinitas, por esos pretextos que saben encontrar ahora los españoles que trabajan por asociarse al movimiento general de la civilización, pareciéndoles esto manera adecuada, pues es más fácil echar abajo lo existente que edificar de nuevo. Quizá el Chinitas fuera el último de su clase en España. Hoy, el español gusta más de esos lugares de

---

(1) El problema que determinan los gitanos españoles ha sido estudiado con gran saber é ilustración por el sociólogo Salillas. (*Hampa*, páginas 90-111, 1875.)

recreo que vienen á ser un término medio: el café cantante francés y el music-hall inglés; hay gran copia de ellos en Madrid y exuberante en Barcelona; pero parece ser que aún no han entrado en Bilbao. En todos ellos, mezclados con cosas de todos los países, se pueden ver bailadores españoles, buenos, malos y medianos, más ó menos típicos; los mejores, naturalmente, se encuentran en Sevilla, y de esta ciudad, en Novedades, que es uno de los sitios de recreo más antiguos de España.

Lo característico del baile español se entenderá mejor describiendo sus rasgos más generales.

Si consideramos el baile como se da en todo el mundo generalmente, podemos dividirlo en tres clases, que se determinan por una de las tres regiones del cuerpo que más entran en su ejecución. Hay baile en que las piernas son la parte que más juega: éste es el que priva en la mayor parte de Europa, así como en otras muchas del mundo, y puede afirmarse que es el único que se conoce en Inglaterra y en Francia; su forma más pronunciada es la que predomina en el baile de salón. Luego viene el baile en que sólo las manos y los brazos ejecutan; este baile ha sido llevado á la perfección por los de Java y también prevalece en el Japón. Por último, hay el baile en que los músculos del cuerpo mismo desempeñan parte principal; encuéntrase esta clase principalmente en Africa y en el Asia occidental. El baile español no puede decirse que pertenezca á ninguno de estos tres grupos, sino que realmente los incluye todos. Si se observa á un buen bailarín español, se verá que todas las partes del cuerpo, en determinados momentos, ejecutan la suya: la cabeza, las manos, los brazos y los músculos del tronco. Las piernas, en algunos bailes, tienen una parte activísima, pero, por lo general, subordinada. Los pies tienen á su cargo tal vez la tarea menos consciente, y en esto, el baile italiano completa al español, porque allí nos parece en algunos momentos ver unos pies perfectísimos que sostienen un muñeco de palo. En arte como éste, que posee tan amplia capacidad de expresión, incluyendo en su dominio el cuerpo

todo, puede temerse que el puro baile degenere demasiado fácilmente en torpeza. Alguna vez sucede esto, pero no es lo ordinario, aunque, cuando el bailarín es gitano, el baile toma los caracteres de una intensidad feroz. El baile español se salva de este extremo por el temperamento especial de la gente, sobre todo cuando se combina, como en el sevillano, con cierta sensibilidad estética: la dignidad instintiva y el respeto de sí mismo; el profundo amor al decoro y al magnífico ceremonial que el español despliega en sus funciones religiosas, ni más ni menos que en las corridas de toros, se percibe también en el baile. Gran parte de este arte viene á ser representación simbólica é idealizada del drama de amor; pero la solemnidad sostenida y la decencia de él preservan á los bailarines de caer en ese nivel de bajeza á que en ciertos momentos amenaza conducir en otros puntos de Europa.

Otra característica del baile español, y singularmente del llamado flamenco, consiste en su acompañamiento, y más que nada en el hecho de que en determinadas condiciones los espectadores sean también ejecutantes. En el baile flamenco, cuando el auditorio es de gente del país, los que lo forman toman todos parte palmoteando ó dando con el pie rítmicamente, animando de cuando en cuando al bailador con «olés» entusiastas, y aplaudiendo. De esta manera el baile no es espectáculo que divierta á un público lánguido y pasivo como entre nosotros. Es más bien la encarnación visible de una emoción en que cada espectador tiene parte activa y eficaz; es á modo de visión evocada por los espectadores mismos, y flotando en las oleadas de sonidos rítmicos que la engendran. Por esto acaba el baile muchas veces en medio de un absoluto silencio, sin que se oiga ni un aplauso: la relación entre el público y el actor ha dejado de existir. Es tan personal esta danza, que para concebirla en su plenitud se requiere esta íntima armonía con el público.

El mejor baile se estropea y aniquila con la presencia de un público indiferente, y en desentono con el actor, y por esta

razón, probablemente, es por lo que no consiente ser trasplantado, sino que ha de ser precisamente local.

Las variedades del baile español son numerosas, y la serie de nombres que le corresponde larga y complicada. Difícil es expresar muchas de estas variedades. El baile en España es una de las cosas de que poca gente tiene verdadero conocimiento, porque todos dan por seguro que lo conocen; y pregunta que se haga sobre esta materia, obtiene rápida respuesta, que generalmente no tiene gran exactitud. Ni puede decirse que haya libros que suplan la ignorancia en este particular (1). Bien que es quizá innecesario discutir aquí los caracteres técnicos de los diferentes bailes. Algunos con seguridad tienen existencia local que data de las más remota antigüedad; algunos deben mucho de su carácter á influencias arábigas; muchos fueron inventados en los siglos xvi, xvii y xviii, aunque si bien se mira, no eran sino modificaciones de bailes preexistentes, como la *zarabanda*, del siglo xvi, que tenía carácter gaditano antiguo, se ha transformado últimamente en el *olé*; otros también vinieron en época moderna de las colonias de Occidente, y acusan la influencia de los negros; pero nunca se han aclimatado en España hasta que han recibido el sello de la manera sobria y graciosa sevillana, que ha templado su exuberancia haciéndolos verdaderamente nacionales.

Aunque parece haber mucha incertidumbre, fluctuación y decadencia en varios bailes locales de España, hay con todo variedades que persisten de una manera clara y definida.

---

(1) No he podido haber á las manos las *Reglas útiles* publicadas por Ferriol y Boxeraus en 1745. Hay observaciones interesantes sobre el baile en la *Historia de la Música Española*, de Soriano Fuertes, vol. I, capítulo VI. El *Manual*, de Ford, sobre España (1845, vol. I, págs. 186-193) contiene notas útiles que en las *Compilaciones* más populares están observadas. En *Escenas Andaluzas* (1847), de Estébanez Calderón—escritor de estilo hondamente nacional y de intereses también nacionales,—hay apuntes en que se discute y describe el baile español. En cuanto al sentido del baile español, no hay cosa que iguale al análisis psicológico que de él emprende Salillas en su *Hampa* (1898).

Ocurre principalmente con la *jota aragonesa*, que es la variedad más típica é importante fuera de las andaluzas. Báilase por un hombre y una mujer, y es á modo de una lucha entre ambos: casi todo el tiempo se ponen uno enfrente del otro, tocan los pitos, y adelantan ó retroceden como aparentando embestirse: levantan y bajan los brazos rápidamente, y mueven las piernas como si pretendieran derribar á la pareja, pateando alternadamente á un lado y á otro con gran presteza, de suerte que el cuerpo está soportado, cuándo en un pie, cuándo en el otro. Es baile monótono de rapidez y vivacidad inmensa en su monotonía, pero no tiene la gracia inteligente y el encanto, los felices atrevimientos del baile andaluz. No hay á la verdad en él la menor idea de voluptuosidad, sino que, como dice un poeta moderno, salvador Rueda, tiene «sonido, yelmos y penachos, lanzas y banderas, retumbar de cañones, relincho de corceles, choque de aceros» (1).

Hay un baile andaluz, que se nombra también *jota*, muy diferente de la *aragonesa*, con su rapidez monótona de movimientos de brazos, piernas y vestidos. Es un baile duradero, con numerosas variaciones en su curso, bailado por una mujer sola á compás de un aire de marcha, tranquilo, sencillo, que lo acompaña de manera muy impresionante, porque inspira una especie de subordinación sumisa á la intensidad apasionada del baile. El cuerpo se inclina á veces hacia atrás como si medio girara sobre el eje de las caderas; otras, casi inclina la cabeza hasta el suelo; de pronto se acelera extraordinariamente el compás, y el danzarín echa sus piernas al aire con frenética prontitud. Hay en todo él una gravedad é intensidad, una

---

(1) Salillas (*Hampa*, pág. 96) cree que la jota aragonesa es la traslación íntima de la actividad personal aragonesa. El andar de los aragoneses, dice, se caracteriza por su verticalidad exagerada, su tendencia absoluta, ó mejor, rígida, á ir derecho, con la cabeza en la misma línea que el tronco, y ausencia relativa de movimientos laterales de hombros, columna vertebral y caderas, que dan gracia á la figura. «Esto se ha transmitido al baile. Bailan como andan, andan como cantan y cantan como piensan.»



á especie de progresión dramática y germen de carácter individual y personal, que lo hacen el más fascinador de los bailes de castañuelas.

No son menos atractivos los bailes flamencos—que al extranjero no parecen otra cosa que contorsiones y espasmos—cuando los baila una bailarina diestra y agradable, así como los llamados gitanos, que son los más primitivos y africanos de todos. En ellos reemplaza á las castañuelas el rítmico palmotear ó golpear de los concurrentes, la música de la guitarra y el cantador, hombre ó mujer, cuyo papel se limita á acompañar con su canto. Empieza la música y el palmoteo; luego de pasados unos instantes, según que el sonido va aumentando en intensidad, una de las bailadoras del corro, como si se apoderara de ella el vértigo, salta al medio y empieza á bailar. En este baile, lento por lo general, hay lugar para infinitas modalidades y expresiones personales, y no hay dos bailadores que lo hagan igual. Los vestidos son cumplidos; no hay tanto patear; cada movimiento del baile, por el contrario, se despliega armoniosamente en el curso de la pieza. A veces, la bailarina da cara á los espectadores, otras se les pone de lado, otras de espaldas; todo ello para desplegar más poderosamente el juego perpetuo de todo el cuerpo, de las piernas, manos, brazos y cabeza, y hasta los varios movimientos de la cara, á todo lo cual ayuda también el aire del mantón de Manila, que es costumbre poner para ejecutar estos bailes.

Así es cómo un baile de éstos comprende en los buenos bailadores todo el movimiento rítmico de las diversas partes del cuerpo; pero estos episodios son de brevísima duración—sólo una vez tiene lugar cada uno, y eso en pocos segundos,—y se acompañan invariablemente de cierta sonrisa modesta que parece como si quisiera decir: «Creo que me perdonaréis si doy á entender que conozco estos secretos del bien bailar»; é inmediatamente pasa á otra fase del baile, de modo que resulta imposible creer que estos episodios sean otra cosa que elementos muy correctos y armoniosos, en un baile que sería incompleto

si en él no se desplegaran todos los movimientos rítmicos y bellos que corresponden á cada una de las partes del cuerpo. Todo el tiempo que dura el baile, la bailarina está rodeada de un mar de ruidos que producen las manos, pies, voces é instrumentos de los asistentes, cuyos gritos repentinos parecen contribuir á estimularla y alentarla, y ella misma palmotea rítmicamente también, pero con suavidad y de cuando en cuando. Todo baile consta de dos partes, separadas por una pausa en que no cesa del todo, pues las dos partes no son distintas, y la conclusión generalmente es tranquila, sin gradación repentina y bien marcada.

Los españoles, por lo que yo he podido observar, son entusiastas por los sonidos graves y vibrantes, especies rítmicas, intermedias entre el simple ruido y el sonido musical. Es, á modo de embriaguez, á que se entregan con más intemperancia que á la del vino. En gente de raza esencialmente grave y callada, los sonidos graves son propios, al parecer, para desarrollar una influencia estimulante y arrebatarlos fuera de sí. En esto son como salvajes. Las castañuelas no son otra cosa que un instrumento ideado para producir un son rítmico y grave; y todos los de esta clase recuerdan al español. Las carracas, también—como las que nuestros padres utilizaban en las guardias nocturnas—son un instrumento favorito de los españoles, si ha de juzgarse por la abundancia con que se venden por las calles de Madrid y de otros puntos. El auditorio español es quizá el único de Europa que puede seguir hablando durante un concierto; la música parece ser en ellos estímulo de actividad, teniendo en esto su principal razón para que les agrade. Esta impresionabilidad de los españoles por los sonidos rítmicos y secos, explica el que tales sonidos sean elemento esencial de la música de sus bailes.

He hablado del baile español principalmente, no como acostumbra á verse, practicado por aficionados, entre la gente del pueblo, sino por bailadores de profesión consumados, en no escaso número, que por rara fortuna pueden verse en algunas

ciudades grandes, sobre todo Sevilla, Málaga, Granada y Madrid. Cuento por buena suerte mía el haber visto bailarinas en Málaga, aunque eran casi todas sevillanas; Cádiz también produce algunas bailarinas, pero no tienen la fama que las bailarinas del Gades de hace dos mil años, ni se ven ahora bailes públicos en esta ciudad.

Si bien los bailadores de profesión, claramente no hacen otra cosa que mantener las antiguas tradiciones, no obstante, es cosa instintiva el baile en las españolas (1). En Madrid he visto una vez en la calle una muchacha que llevaba un hermanito suyo en brazos, sin dejar por eso de ejecutar los difíciles movimientos del baile. La gran feria anual de Sevilla es una verdadera orgía de bailes. Así que llega la tarde en semejantes días, se empieza á oír són de castañuelas y á ver los graciosos movimientos de la seguidilla, baile universal andaluz, que todos de chicos aprenden y no dejan de bailar hasta que se hacen viejos. «Suprimase el encanto de este baile andaluz en la feria—dice un escritor español,—y se le priva á la fiesta sevillana de ese algo esencial y típico que le da vida.» He oído contar de una muchachita que, de tanto bailar en esta fiesta, adquirió el baile de San Vito, y ya no dejó de bailar en su vida. Y no por puro festejo bailan los españoles; al dejar las ciudades y entrar en los campos, siempre he podido observar la consideración en que se tiene al baile entre la gente de toda España.

Nada acaso prueba mejor los instintos fundamentales del español para el baile, y la manera seria y profunda con que en él se expresa el temperamento de este pueblo, que la existencia de bailes religiosos en España. En 1321, el obispo de Lérida se lamentaba de que el baile tuviera lugar en las iglesias y en los cementerios. En el mismo santuario de la Virgen de Montserrat, consta que los peregrinos cantaban y bailaban de cuando

---

(1) Ana de Camargo—personaje que forma época en la historia del baile europeo, y á la que le atribuye la introducción de una moda de vestir y del *entrechat*—era española.

en cuando durante sus veladas. En tiempo de Santo Tomás de Villanueva, obispo de Valencia, fué costumbre bailar delante de la Sagrada Forma en las iglesias de Sevilla, Toledo, Jerez y Valencia, y este prelado alentaba tales bailes, á despecho de las prohibiciones del Papa que entonees vivía. Los bailes religiosos continuaron siendo cosa corriente, sobre todo en Cataluña y Rosellón (la más española de las provincias francesas), hasta el siglo xvii. Cuando la *Gitanilla* de Cervantes entró en Madrid el día de Santa Ana, fué á la iglesia de Santa María con su pandereta, para bailar ante la imagen de la santa y cantar un himno. Los villancicos de Navidad se cantan aún con aire de seguidillas. Pero reminiscencia real y única que queda del baile religioso (que sin duda debe su persistencia á una bula especial de Eugenio IV, que la autorizó en 1439), es la danza de los *seises*, en la catedral de Sevilla, donde en ciertas solemnidades los coristas, con vestidos idénticos á los que se llevaban hace trescientos años, ejecutan un baile con acompañamiento de castañuelas, en el espacio que media entre el altar mayor y el coro (1).

El baile es algo más que un simple entretenimiento en España. Es parte de ese solemne ritual que informa la vida entera del pueblo. Expresa su verdadero modo de ser. Por esto, cuando dejamos á España y evocamos nuestros recuerdos sobre este país, el baile que hemos visto allí nos parece á veces el recuerdo más persistente de todos y el de más duradero agrado.

HAVELOCK ELLIS

---

(1) Relación detallada de los *seises* (que en realidad son diez), es la que se da en *Los españoles pintados por sí mismos* (1851, págs. 287-291), libro que contiene muchos detalles curiosos que se refieren á las instituciones españolas. El baile tiene lugar en la octava de la Purísima, en el Corpus y en el Carnaval, y consiste en varios movimientos sencillos, en línea ondulada y á paso de vals.

# EL SUPPLICIO DEL SILENCIO

NOVELA POR

FEDERICO SPIELHAGEN

Traducción del alemán de

EDUARDO OVEJERO

---

## CAPÍTULO IX

Como quiera que el anciano doctor solía ir á aquella hora, y era recibido en el gabinete, Eleonora hizo que el conde pasase á la sala á que la consejera, según la antigua costumbre de Berlín, llamaban «sala de estrada», y para la cual estaban reservados los mejores muebles que ahora en verano, bajo sus fundas grises, llevaban una existencia especialmente contemplativa, en unión de la gran araña de cristal envuelta en su gasa. En esta habitación solitaria, el conde, que había aparecido de frac negro, adornado con la insignia de una orden y banda blanca, producía un efecto tan extraño como los débiles rayos de sol que conseguían penetrar á duras penas por entre los estores y cortinas, completamente cerrados. Estaba delante de una columna, sobre la cual había un busto del difunto consejero, tallado por algún artista amigo, y que desgraciadamente podía pasar, envuelto en su funda, por la propia imagen de la misteriosa diosa de Sais.

Por tal la tomó Eleonora al abrir la puerta, y sentir repentinamente una racha de su buen humor, de su buen humor, tan celebrado y ya casi olvidado en aquella casa.

El conde, al sentirla entrar, volvióse rápidamente. Su amable rostro no parecía tan decaído y demudado como ocho

días antes; pero sí estaba excitado y nervioso, y la mano enguantada con que estrechó la de Eleonora, temblaba un tanto, mientras sus ojos claros, que desvió al punto, la dirigieron una mirada de adoración tímida, pero ardiente.

La extraña sospecha que tuvo al leer su tarjeta, y que rechazó por estúpida, volvió á su mente, considerándola más probable cada vez.

—Esto comienza á ser interesante—pensó Eleonora, y después dijo en voz alta, indicando al conde un sillón enfundado enfrente de ella:—¡Cuánto gusto en verle, señor conde! ¿Supongo que vendrá usted á felicitarme y á felicitarse á sí propio de que el domingo pasado, en la calle de Federico, no cayera á los pies de sus caballos y después bajo las ruedas de su coche?

En los azules ojos del conde pintóse un profundo sentimiento de espanto:

—¡Usted bajo los pies de...! Pero, señorita, ¡eso hubiera sido espantoso! ¿Cómo pudo suceder?—exclamó.

—Gracias á un polizonte, estoy viva—contestó Eleonora riendo, y contó el episodio.

—¡Espantoso!—contestó el conde,—¡positivamente espantoso! Sin embargo, mi cochero es, por decirlo así, un cochero modelo.

—No tiene la menor culpa. Usted sabe la imprevisión con que vamos las señoras por la calle.

—Y ¡ni siquiera haberla visto yo á usted!

—Usted debía tener, por las trazas, cosas más importantes en que pensar.

—¿Más importantes? ¡Gran Dios! ¿yo... más importantes?

—En fin, hablemos de otra cosa. Mi tía me encarga que le diga que lamenta en el alma no haber podido recibirle. Su hija, mi prima, está enferma desde hace unos días. Con este motivo la casa está un tanto en desorden.

—Lo cual es para mí un gran sentimiento. Pero, ¿usted también, á lo que veo, iba á salir á la calle?

En efecto, Eleonora estaba en el traje de paseo en que quería presentarse á la dama de posición que anunciaba en la *Gaceta de la Cruz* (1).

—No tengo ninguna prisa—dijo.—Podemos hablar tan tranquilos como en nuestro vagón del ferrocarril. ¿Ha estado usted todo este tiempo en Berlín?

—¡Oh! no. Sólo desde hace ocho días.

—¿Y el resto del tiempo?

—En casa, es decir, en mis posesiones.

—¿Haciendo visitas á los vecinos?

—Ni siquiera una. No estaba de humor. Sólo estuve en casa de mamá los últimos días antes de venir aquí.

—¿Tiene usted la dicha de conservar á su madre?

—No sé lo que sería de mí sin mamá. Pero, ¿qué le digo á usted, que por lo visto carece de esa felicidad?

—Desgraciadamente. Mi padre y mi madre murieron hace ya cerca de cinco años. Además, excepto mi tía y mi prima, no tengo ningún pariente.

—Entonces, le sucede á usted casi lo mismo que á mí. Excepto mi hermana de Inglaterra y mi mamá, sólo tengo un hermanastro de mi padre, un solterón de Hannover, que disfruta de una salud como un roble, pero que tiene la manía de figurarse cada dos ó tres meses que se va á morir, y me llama indefectiblemente si me encuentra á mano. Cuando hace cuatro semanas tuve la dicha de encontrar á usted en el tren, venía de allí. Mi mamá vive en su posesión de viuda, una media légua de mis tierras. Desde la muerte de mi papá, hace diez años, se ha retraído del mundo, al cual nunca fué muy aficionada, especialmente desde que murió su mejor amiga, la madre del amigo de quien creo haber hablado á usted.

—¿No ha visto usted á su amigo en todo este tiempo?

---

(1) Periódico aristocrático de Berlín, que ostenta la cruz de hierro, ganada en la guerra contra Napoleón.—T.



—No. Ya digo á usted que he vivido completamente en la soledad.

—¡Perdone usted! Hablaba usted de su madre. Siga usted, le ruego. Me interesa mucho. ¿Está enferma su madre de usted?

—Tiene un padecimiento á la vista que siempre ha temido que la deje completamente ciega. Afortunadamente, es muy aficionada á la música. Vive y respira, por decirlo así, en la música, aun cuando también tiene una viva afición á la literatura. Sobre todo, por la de su país. Es noruega de familia, en su origen emparentada con la anterior dinastía. Y como siempre, está acompañada de una paisana suya que la sirve de lectora, que entró en casa cuando mi madre se casó y no la deja un momento, una buena y fiel mujer que me sustituye á su lado. Cuando estoy con mamá, como ahora, se lee y habla naturalmente en alemán. No se lee mucho. Mis conocimientos en la literatura alemana no son muy extensos. En la inglesa he avanzado más: entre Dickens y Thackeray, prefiero este último. Mamá cree que Dickens es como poeta más grande, pero ninguno llega á lord Byron ni á Shakespeare.

—Y yo daría la razón á su mamá de usted.

—Oh, tiene un gusto exquisito y es una inteligencia privilegiada. Usted la amaría si la conociese.

—No lo dudo.

—Nada más cierto; ustedes dos se comprenderían pronto. Además, mamá habla perfectamente el inglés. Claro, que no tan bien como usted, señorita. La he hablado mucho de usted. Se alegraría conocerla.

Quiere llevarme de señorita de compañía para su madre—dijo Eleonora para sí.

—Su señora madre es muy bondadosa—dijo en voz alta,—y usted también lo es, señor conde. Demasiado. Temo que su señora madre, cuando me conociera, tuviese que rebajar algo de sus elogios de usted.

—¿Cómo puede usted decir eso?—exclamó el conde con vehemencia.—¿Rebajar algo? Dios mío, ya quisiera yo sólo po-



der dar una idea de sus encantos y poder describirla como usted es en realidad.

—¿Espero que no se habrá usted expresado de este modo con su señora madre?

—Ciertamente que me he expresado de este modo y con toda convicción, si bien no puedo reproducir aquí las mismas palabras. Tampoco creo que es preciso.

La excitación nerviosa que notó Eleonora en el conde, y que había desaparecido en el curso de la conversación, se volvió á manifestar más acentuada. Sus mejillas estaban enrojecidas; sus claros ojos tomaron un tinte profundo; sus labios temblaban bajo los enhiestos bigotes, y su enguantada mano no dejaba de atormentar el claqué. No era la primera vez que Eleonora había notado este sospechoso síntoma en su *tête à tête* con un hombre.

—¡Dios quiera que no lo haga!—pensó con espanto.—¿Qué haría yo para que esto no sucediese?

Nada venía en su ayuda. En esto sonó el relojito de alabastro, enfundado, de la consola bajo el espejo, cubierto con una gasa, y entre los candelabros, también envueltos en sus respectivos velos de gasa. Daba la hora cambiada durante los últimos días; nadie se había cuidado de él, pero era indiferente. Eleonora parecía contar las campanadas.

El conde hizo un vivo movimiento.

—Usted quiere salir, y yo la detengo.

—Tengo que hacer un encargo en la ciudad—dijo Eleonora,—pero no tengo prisa.

—De todos modos, ya es hora para mí de marcharme—dijo el conde levantándose.

Eleonora se había levantado también.

—Le aseguro á usted—dijo—que no tengo prisa. Además, tiene usted que contestarme á una pregunta que me he estado haciendo desde que usted ha venido. ¿Cómo ha podido usted encontrarme en una ciudad tan grande?

El conde enrojeció hasta las sienes y sonrió desconcertado.

E. M.—Octubre 1908.

—Quería guardar secreto—respondió después de una corta pausa, indeciso.—Pero puesto que usted me lo pregunta, consideraría un pecado, un delito, no contestar, pudiendo hacerlo, á una pregunta de usted. Cuando nos despedimos en la estación, quise pedirle á usted el favor, en caso de que permaneciese usted mucho tiempo en Berlín, como yo creía, de que me permitiese venir á ofrecerle mis respetos, porque... porque... ¡Dios mio!.. señorita, ¿cómo decirlo?... Porque nunca en la vida había experimentado tanta dicha como hablando con usted. ¿Y no es verdad que se siente el deseo de volver á gozar una dicha tan grande? Iba á dirigirle á usted esta súplica cuando se presentaron las señoras; yo debía retirarme, so pena de pecar de importuno; además, pensé que mi ruego parecería estúpido é insolente. Pero al menos quería saber dónde vivía usted, para, al venir á Berlín, pasar por delante de su casa, y... no me regañe usted, señorita... con el pretexto de que se había usted dejado un objeto en el vágón, mandé á mi lacayo que siguiera, metido en otro coche, su coche de usted, que en aquel momento echaba á andar, y tomase su calle y su número. Ahora, ¿está usted enfadada conmigo?

Dijo todo esto en un tono tal de bondad y de sinceridad, que la inquietud de que ella estaba poseída pocos minutos antes, desapareció. ¡No! Aquel hombre candoroso no era capaz de abrigar planes siniestros. Podía ganarse un amigo, pues no podía ser para ella otra cosa que amigo.

—¡Nada de eso!—contestó riendo.—Pero, ¿por qué no vino usted al día siguiente, en vez de ir á pasar cuatro semanas en el campo?

—Yo... yo...—tartamudeó el conde;—yo había... era... creo que todavía no le he dirigido el saludo que mi madre le envía por medio de mí.

—¿Un saludo de su señora madre?—exclamó Eleonora.

—Sí, un saludo de corazón, de todo corazón. Y además, me encargó mi mamá que la dijese que...—juro á usted, señorita, que son palabras textuales de mi mamá—que la felici-

dad... mi felicidad, y con la mía la de mi mamá para el resto de sus días, dice ella... única y exclusivamente está en sus manos de usted. ¡Oh, Dios mío! Apiádese usted. Ya sé yo que no soy digno de ella.

Durante este relato había cambiado de color incesantemente, y hablaba cada vez más bajo, cada vez menos inteligiblemente. Las últimas palabras casi no se habían entendido. Cuando acabó púsose otra vez rojo, y los ojos azules, estupefactos, parecían querer saltársele de sus órbitas.

Había sucedido lo que Eleonora temiera. Pero sólo sentía una profundísima compasión hacia aquel buen hombre, y sólo pensaba lo que tenía que decirle sin darle un rudo golpe.

—Es usted digno de toda felicidad—contestó dulcemente;—pero sólo un amor como el que usted se merece, de todo corazón, podría hacerle á usted feliz. Yo daría mucho, mucho, por poder ofrecerle á usted esa felicidad; pero no puedo.

—Ya lo sabía—dijo el conde sordamente.—Adiós, señorita, y perdóneme usted.

Otra vez se puso mortalmente pálido; sus labios temblaban, sus ojos estaban como muertos.

—¡No! ¡no!—exclamó Eleonora cogiendo su temblorosa mano;—así no puede usted irse. Sin que yo le diga cuán profundamente agradezco á usted su noble amor; á su madre de usted, su inmerecida bondad. Dígala usted... ella me comprenderá y me perdonará; dígala usted que sería para mí un orgullo poderme llamar hija suya; pero no puede ser, porque mi corazón no es libre. ¿Quiere usted decírselo?

—Sí, sí, murmuró el conde. ¡Oh Dios mío, Dios mío!

Eleonora vió que apenas podía reprimir el llanto. Ella también sentía acudir las lágrimas á sus ojos.

—¡Mi pobre amigo, mi pobre amigo!—dijo tomando su mano convulsa entre las suyas.—Suena á ironía el ofrecer amistad al que pide amor. Y sin embargo, yo, pobre muchacha, no tengo más; y yo se lo ofrezco con toda mi alma. Acepte usted lo que puedo darle. Déjeme usted ser su amiga. ¿Quiere usted?

No pudo responder; pero cubrió de besos sus manos, que ella le abandonó gustosa.

Después salió del cuarto. Inmediatamente se oyó el ruido de su coche, que debía estar esperando, alejarse.

Eleonora estaba aún en el mismo sitio, inmóvil, mirando fijamente ante sí, con sombrío fruncimiento de cejas.

Otra vez la antigua maldición; no había nacido para ser feliz, y estaba condenada á hacer desgraciados á los demás. ¿Desgraciados? ¡Bah! ¡Desgraciados los hombres! Eso se llama debilidad. ¿Por qué mendigan nuestro amor? Borikin tenía razón. A un mendigo se le puede rechazar; á los fuertes, á aquellos que como los romanos roban á las sabinas, á esos no se les puede rechazar.

Hundió las manos en sus cabellos.

Entonces dijo en voz alta:—La señora condesa ya no existe. Ahora á representar otra vez el papel de institutriz.

## CAPITULO X

Hora y media después, volvía Eleonora de señorita de compañía de la generala de Arnfeld. Había leído el nombre en el escudo de la puerta, y oyó por casualidad el título en el curso de la conversación, sostenida primero con la generala y después con ella y su hija la más joven cuando ésta entró. La mayor no se dejó ver. Eleonora sacó la impresión de que en la familia desempeñaba un papel secundario. La impresión que sobre ella hizo la generala fué en un todo favorable. Frisaba en los cincuenta; mas por su elegante modo de vestir y por la gran vivacidad de su rostro y gestos, parecía diez años más joven. Algo pálida, los ojos hundidos y medio velados por los párpados; nariz romana, no muy bonita; boca fea, de labios delgados, pegados á los grandes dientes; en suma, su aspecto hubiera resultado más distinguido si no hubiese mostrado la pretensión de parecerlo á toda costa.

Otra era la impresión que Eleonora, en el poco tiempo que había tenido para examinarla, sacó de la hija Kitti: una cara bonita, pero insignificante, cuya boca pequeña, de labios rojos y abultados, el reverso de los de su madre, y su estatura apenas mediana, hermanaban con sus exuberantes formas, casi impropias de su edad. El notorio y poco hábil prurito de la joven de copiar los gestos y ademanes de su mamá, había hecho reír interiormente á Eleonora más de una vez. A pesar de esta gran diferencia de aspecto, y también quizá de inteligencia, parecían madre é hija adorarse mutuamente: mi buena, mi rica mamá, mi dulce hija, mi hija de mi alma, eran expresiones que cambiaban á cada momento. Tila y el corazón anticuado hacen lo mismo, pensó Eleonora, pero de otro modo.

Por lo demás, las dos damas habían mostrado hacia ella tal amabilidad, que á sus ojos rayaba en exceso, dado que era la primera vez que se veían. En especial, la generala, materialmente la abrumaba de expresiones lisonjeras, llegando á hablar de ella con verdadero entusiasmo, mientras la hija no quería quedarse atrás; así que Eleonora no hacía sino defenderse é insinuar que no debían fundarse tantas esperanzas, para evitarla la vergüenza de una decepción, así como ellas mismas un desengaño desagradable. No hicieron caso de sus advertencias; todo lo tuvo que sufrir, por penoso que fuese.

En su conversación con la generala había dado Eleonora los datos convenientes respecto á sus relaciones de familia. La generala pareció contentarse con poco en este punto; en cambio, no acababa de hablar Eleonora de su estancia en Inglaterra. Pareció complacerle mucho á la dama que de casa de un lord pasase directamente Eleonora á su casa. De sus propias relaciones sólo habló la generala de pasada; apenas pudo enterarse Eleonora de que era viuda desde hacía cinco años; de que vivía en verano en sus posesiones y en invierno en Berlín, siempre buscando lo que por fin, con gran regocijo de su corazón, había encontrado en Eleonora. Ahora, conseguido ya el objeto que la había llevado allí, ardía en deseos de abandonar

la ciudad, que amaba con delirio en invierno, pero que odiaba ardientemente en verano. Si Eleonora estaba dispuesta, podía venir aquel mismo día, para partir al día siguiente en el primer tren á buscar la libertad del campo. Eleonora no puso inconveniente. Tenía ella más prisa por marcharse que las impacientes damas, y ya estaba hecha á los viajes concertados en veinticuatro horas en Inglaterra. La pequeña villa en cuyas inmediaciones estaban situadas las fincas de la generala, no le era completamente desconocida. Tenía la vaga idea de un pueblecito de las inmediaciones de Berlín, pero no podía dar razón exacta de su posición geográfica. Tampoco hacía al caso.

Eleonora resolvió y puso en práctica su propósito de buscar una colocación, sin decir la menor palabra á Tila ni á su tía. Hubiera tenido que soportar largas arengas. ¿Y por qué habían de condolerse demasiado de su partida, ya que directa é indirectamente habían caído por su causa tantas desgracias sobre la «familia»? Así, pues, sintióse verdaderamente avergonzada al ver la dolorosa conmoción en que puso á la anciana señora la noticia de una partida que no podía diferir. ¿La habrían dicho algo en aquella semana ella ó Tila que no respondiese á los sentimientos de una madre ó una hermana? Los últimos días la habían hecho conocer que no se puede hacer pactos muy duraderos con pensionistas que peinan barbas; pero nunca hubiera creído su anticuado corazón que los lazos de familia se desataban con tanta facilidad. Y si Eleonora pensaba en este punto de distinto modo que ella, ¿por qué no se lo dijo cuando de sus ahorros la ofreció pagar la deuda del señor Witte? Para una madre, aunque siempre le sea penoso, no es una injuria aceptar un socorro de su hija; pero de una extraña...

Al llegar á este punto la buena señora no pudo seguir hablando, pues Eleonora la echó los brazos al cuello, asegurándola que era la mejor tía del mundo, y todo lo que había hablado era una tontería, dicho fuera con su permiso. Ella, por su parte, no creía correcto comer el pan de su tía pudiéndoselo

ganar, y así era lo justo. Dió palabra de volver con ellas en caso de que la nueva colocación fracasase.

Bajo esta condición, que Eleonora debía cumplir solemnemente, se hicieron las paces, las cuales bendijo la misma Tila desde su cama. Sólo cuando anunció que tenía que partir aquella misma tarde, estalló de nuevo la tempestad. Pero Eleonora se mantuvo firme; había dado su palabra, y debía cumplirla; no podía hablarse de la imposibilidad de hacer su equipaje en tan corto tiempo, pues sólo pensaba llevar lo preciso. Lo demás se lo enviarían.

—¿Y dónde vas, hija mía?—preguntó la consejera.

Eleonora tuvo que confesar, riendo, que no lo sabía, pero que no dejaría de ventilar este punto aquella misma noche.

—¡Niña, niña!—exclamó la consejera:—en mi vida hubiera creído capaz á una persona de mi familia de tal imprevisión. Ya no me maravillaría de que hubieras olvidado el nombre de la dama con quien vas.

Faltó poco para que la ironía de la buena señora diera en el blanco; Eleonora tuvo que recordar un momento antes de poder decir el nombre de la generala de Arnfeld.

La consejera arqueó las cejas y contrajo la boca.

—¿La conoces?—dijo Eleonora con sorpresa.

—No puedo decir que conozco á la señora generala—contestó la consejera,—á pesar de haber comido con ella el invierno pasado, en la Junta para el Bazar de Caridad que se celebró en el Ayuntamiento, y que presidió la princesa. Ya lo leerías en los periódicos.

—Efectivamente—dijo Eleonora, que no tenía la menor noticia de semejante Bazar.—Y bien. ¿Qué impresión te hizo? Ya comprenderás lo que me interesa.

—No sé si debo hablar, ya que te has comprometido con ella—dijo la consejera.

—¡Ya lo creo!—exclamó Eleonora,—tanto más, cuanto que estoy preparada á todo.

—Sí, sí—dijo la consejera;—así sois las jóvenes de hoy día.

En mi juventud no se tenía tanta confianza en sí mismo. Ahora, parece que viste eso mucho, si bien para los corazones anticuados no cuadra. No te la quiero quitar.

—¡Entonces se trata de algo malo!—dijo Eleonora, levantándose de ante un cofre en que estaba guardando cosas apresuradamente.

—¡Dios me libre de la maledicencia!—exclamó la consejera.—Además, no son más que impresiones mías, que para otra persona quizá carezcan de valor. Hay que advertir que, según mis experiencias, las señoras no se muestran por su lado más favorable en las asociaciones de caridad. Con excepción de unas cuantas almas pasadas de moda, que van allí á trabajar, y que realmente trabajan, las demás todas quieren mandar y darse importancia, como si no se pudiese uno pasar sin su ayuda ó su consejo. Esto es lo que hacía la generala. Y naturalmente, cuando llegó la princesa hizo ella los honores. Pues bien, querida mía, yo soy fiel á la casa real, y sé lo que debe hacer la viuda de un empleado prusiano; pero hay cosas que pasan de la raya. Yo puedo decirte que nuestro buen príncipe dió á entender evidentemente á la generala que no le gustaban palabras de miel, ni miradas tiernas, ni reverencias hasta el suelo. Todo el mundo se burlaba de ella y de su empeño (por no emplear otra palabra más dura) con que trataba de poner en evidencia á su hija, precisamente la misma que has visto tú. La pequeña no es mala, pero si Tila tratase de exhibirse en un local público delante de cientos de personas, yo no podría contenerme. Pero estas cosas, á lo que parece, les gustan á los hombres de hoy; al menos en el buffet, tuvo un éxito completo. Diez, veinte marcos por una copita de licor ó de Champaña, esto no era nada. Un cierto conde, Wendelin, llegó á dar por un cigarro que ella, vergüenza me da decirlo, había despuntado con los dientes, quinientos marcos.

—Sentiría—dijo Eleonora—que fuese el mismo que me ha visitado.

—Sí, por cierto—exclamó la consejera;—con la emoción



se me olvidaba todo. No hemos hablado de esto. ¿Qué te quería el conde? Porque el hacérseme anunciar era puramente *pro forma*.

—Venía, en mi concepto, á informarse—contestó Eleonora.—No tengo motivos para creer que su intención fuese otra. Dí, tía, ¿qué crees tú, debo llevar este vestido á que le arreglen?

—¡Sin duda!—dijo la consejera, sometiendo la prenda á un atento examen.—Casi está nuevo; pero con esas señoras encopetadas hay que saber darse tono.

La noche había caído cuando los dos baules que Eleonora debía llevar provisionalmente estuvieron dispuestos, y Augusta salió á buscar un coche al puesto inmediato. Eleonora pidió al cielo que volviese pronto. Acostumbrada desde hacía años á ser dueña de su voluntad, fué una prueba difícil para ella soportar las advertencias y consejos de su tía. Sin embargo, debió confesarse que las palabras de la buena señora no dejaron de hacerla mella. A pesar de todas sus debilidades, era la tía á su manera una mujer de experiencia, y que si bien lo pregonaba demasiado, tenía un corazón sin mancha. Prueba de ello eran las observaciones hechas en el Bazar de la Caridad, en armonía, como Eleonora misma se decía en su interior, con las que ella había hecho en el salón de la generala. En su opresor estado de ánimo se representaba el paso que había dado como una peligrosa precipitación, en la cual no tenía poca culpa, pensaba, la conmoción que la conducta del conde la había producido. Había rechazado una suerte que no hubieran dejado escapar otras mil mujeres, y sólo se decía, para consolarse, que su voluntad era suya y que no estaba como las demás á merced del acaso, aun cuando éste se presentase bajo la amable figura de un joven rubio y cándido. ¡O quizá no era el conde tan cándido como ella pensaba! ¿Y la historia del cigarro de los quinientos francos, cortado por los dientes de una muchacha de diez y siete años? Era como el vestido nuevo que, para quitarle una mancha, debe ir al tinte, y cuando vuelve ya no es nuevo.

Augusta anunció que el coche estaba allí. Mientras bajaban el equipaje, Eleonora dió las gracias una vez más á su tía por todas las bondades, y el cariño con que la habían tratado; despidióse de la gemebunda Tila, y después encontróse en la calle ante el coche. Al subir en él tuvo que cambiar aún un saludo con D. Fernando, que volvía á su casa, y que al ver aquellos preparativos de viaje, abrió una boca de á cuarta. Sólo falta que éste también se despida—pensó Eleonora, ocultándose en un rincón del coche, para sustraerse á las miradas del hombre del gorro de terciopelo, que fumando su pipa de la tarde estaba en la ventana, y la miraba fijamente con ojos estúpidos é insolentes.

El cansino jaco echó á andar; el coche sonó sobre el empedrado en el pesado crepúsculo de la tarde. Eleonora sentía mortal tristeza. ¡Gran Dios, qué cruelmente odioso era todo aquello! ¡Odioso como el carro fúnebre que pasó á su lado tambaleándose, colgado de negro y sin ningún cortejo! Valor, Eleonora. No te pongas sentimental. No sienta bien; y las señoras de Arnfeld no parecen hechas para soportar una señorita lacrimosa.

## CAPÍTULO XI

Eran las nueve en punto cuando el coche se paró ante la casa de la calle «Bajo los Tilos», hora indicada por la generala para el té, que esperaban tomar aquel día «en la amable y espiritual compañía de Eleonora». Por esto la extrañó que el criado á quien el portero entregaba el equipaje la dijese que la señora generala y la señorita Kitti habían salido por la tarde. Debía esperar en el salón; la señorita Clementina saldría en seguida.

Diciendo esto, abrió la puerta del salón, el mismo en que la habían recibido aquella tarde, y que ahora, á la luz de la lámpara, colocada sobre una mesa en el centro, parecía mucho

menos alegre á la luz del día. Lo mismo que el recibimiento, pensó Eleonora.

Mientras reconocía la habitación, cosa que no había hecho hasta entonces, pudo advertir que estaba amueblado con muebles de caoba del año cuarenta, y dos grandes retratos sobre el sofá; por único adorno se acordó involuntariamente en el magnífico Drawin-Room de Elenmore-Castle. Allí, en el centro de una de las grandes paredes, se alzaba casi hasta llegar al techo la chimenea de mármoles blancos y negros, en donde lucían tres hermosos candelabros antiguos. Hasta el segundo tercio de la pared se habían colocado unos ricos paneles de laca sobre madera de encina. Sobre ellos, trofeos de caza y de guerra, mezclados con los retratos de los abuelos de los Elenmore, muchos de mano de los primeros maestros y de incalculable valor. El piso estaba cubierto de rica alfombra, y en las mesas se veían libros, atlas y álbums, con detalles de museo. Divanes forrados de grueso damasco y *causeures* y sillones de todas formas en cómodo agrupamiento. Dos puertas con marcos de mármol en los extremos, y una muy grande que conducía al comedor, de cuyas paredes, enfrente de la chimenea, pendían Gobelinos de la época de Luis XIV que representaban una fortuna.

—Es singular—dijose Eleonora;—yo hubiera tomado todo aquel lujo como la cosa más natural; y de ninguna manera lo eché de menos en mi cuartito de Norderney. ¡Ah! ¡aquellas cuatro paredes blancas y el cuadro, siempre torcido, con su negro marco carcomido sobre la puerta, en que navegaba un buque á toda vela por las verdes ondas!

¡Con cuánta precisión veía su querido aposento! De pronto desapareció. Vióse luego en el picacho de las dunas; á sus pies la ancha playa hasta el mar que se extendía inmóvil, como una superficie de plomo en el horizonte, á media altura de Norte á Sur, la negra masa de nubes; sobre ella el sol velado sin resplandor, como el espectro de sí mismo. Y un hombre, que no había advertido, á sus pies, y ella miraba su rostro mo-

reno, cuyos ojos azules la miraban, y una voz profundamente amable exclamaba:—No puedo verla á usted sentada aquí tan tranquila, estando, como estamos, amenazados de un gran temporal, que estallará, por las trazas, dentro de breves instantes.

La amada evocación había desaparecido al oirse un ruido en la puerta que conducía al pasillo. Apareció una figura femenina, que avanzaba con suave paso como vacilante hacia ella, de la penumbra de la habitación á la luz mate de la lámpara; era una joven de estatura mediana, de palidez enfermiza, pelo oscuro y ojos también oscuros y tímidos.

—¿Tengo el honor de saludar á la señorita Ritter?

Su voz era dulce como su andar y tímida como sus ojos.

—Me llamo Clementina—continuó en el mismo tono dulce, cuando Eleonora contestó á su pregunta con una inclinación;—soy la hermana mayor de Kitti; una invitación que no esperábamos para ir á tomar té con una señora, y que no podía excusarse; pero tenga usted la bondad entretanto de tomar asiento y dejar esas cosas, ó si no la acompañaré á su cuarto.

—Como usted quiera, señorita—dijo Eleonora.

—Entonces, tenga usted la bondad de seguirme.

Se dirigió á una puerta, oculta por un tapiz, en que Eleonora ni se había fijado. Desde los primeros pasos notó Eleonora que si no cojeaba, por lo menos arrastraba un poco la pierna derecha, y que el hombro izquierdo era un poco más bajo que el otro. Lo cual estaba en armonía con las enfermizas facciones de su pálido rostro y la transparente blancura de su delgada mano, que al decir las últimas palabras alargó á Eleonora vivamente, como si hubiera querido reparar una falta.

La puerta del tapiz conducía á un espacioso comedor, sobre cuya mesa, con los utensilios para el té y dos cubiertos, ardía una lámpara de gas; del comedor salieron á un pasillo largo y estrecho, con muchas puertas. Clementina abrió la tercera ó cuarta, invitando á Eleonora á que pasase.

Un cuarto pequeño con dos ventanas, alumbrado por una lámpara ya encendida, amueblado con sencillez, pero confor-

tablemente, el cual daba á otro más pequeño, con una ventana. En cada uno de ellos había una cama; el de la habitación pequeña descubierto, y el de la grande cubierto con cortinas. Allí vió Eleonora, al lado del lavabo, sus baúles.

—Usted ocupará el que prefiera—dijo Clementina ayudando á Eleonora á quitarse el sombrero y el abrigo.—Las habitaciones de los huéspedes no están aviadas ahora en verano; yo le dije á una que trasladaría aquí mi alcoba. Yo, si á usted no le molesta, dormiré aquí en este cuarto inmediato.

—¿Y por qué no al revés, señorita?—dijo Eleonora riendo;— ¡yo allí y usted en este su cuarto, como debe ser!

—A una huéspedada querida se le ofrece lo mejor que se tiene.

Dijo estas palabras en tono tan entrañable, y su rostro, pálido y feo, se cubrió de un encantador tinte rojo... Eleonora cogió las manos de la tímida joven, y dijo:

—¡Es usted un ángel!

—¡Oh! ¿Cómo puede usted decir eso?

—Porque es la verdad. A mis ojos todas las personas buenas son ángeles. Es sobrehumanamente difícil ser bueno.

Clementina no contestó; pero sus grandes ojos oscuros lanzaron un intenso y amable rayo de agradecimiento. Eleonora se sintió hondamente conmovida.—La pobre joven—dijo para sí—no está acostumbrada á recibir pruebas de cariño.

Hubo que abrir un cofre y sacar de él las cajas de aseo de Eleonora. Después aparecieron las criadas en la puerta.

—¿Puedo pedirle á usted un favor?—preguntó Clementina, ya con la mano en el picaporte.

—La señorita dirá.

—Le ruego que no me diga usted «la señorita».

—¿Pues cómo?

—Si hay gente delante, señorita Clementina; si no, Clementina.

—Sí; usted me llama también Eleonora. ¿Quiere usted?

—Sí.

—Pues trato hecho.

—Se lo agradezco á usted. ¡Oh, cuánto se lo agradezco!

Clementina abrazó á su nueva amiga y la dió un beso, que ésta devolvió cordialmente.

Después abandonaron la habitación y pasaron al comedor, en donde entretanto un criado había encendido la lamparilla del té.

Clementina sirvió el té, después de decir al criado amigablemente:

—Ya no te necesitamos, Juan.

El criado salió.

No había desaparecido su timidez; pero ya sólo parecía un velo que el hábito había echado sobre su alma, y á través del cual resplandecía su amor, su sed de amor. También le pareció á Eleonora imposible que tras de su expresiva frente no se ocultase una perspicaz inteligencia, y que su boca, plegada por dolorosa y fina sonrisa, no supiera decir muchas cosas cuando encontrase valor para hablar.

Pero, decididamente, no era aquella la ocasión. Las pocas preguntas que Eleonora la dirigió para orientarse en su nueva situación obtuvieron breves y vagas respuestas. La confianza engendra la confianza, se dijo, y empezó á contarle retazos de su vida conforme acudían á su mente: su juventud, sus viajes al extranjero, su estancia en Inglaterra. En parte, su relato era el mismo que les había hecho aquella tarde á la generala y á la señorita Kitti; pero ahora en otra forma, en otro tono. Ahora no necesitaba escoger los asuntos ni medir las palabras. Al pasar de uno á otro episodio y enérgolarse en los lances de su narración, debió pensar en la helada bocina del barón de Münchhausen, que, puesta á deshelar en una estufa, lanzaba al aire, una tras otra, sus alegres melodías. Las suyas no eran siempre alegres. De vez en cuando resonaban notas graves ó melancólicas; pero estaba segura que todo era bien recibido por su oyente, y lo agradecía todo. Al compás de los incidentes del relato cubríanse de carmín sus mejillas, velábanse sus

grandes ojos oscuros ó brillaban con extraños fulgores; su pecho hundido palpitaba con más ó menos rapidez. Eleonora tuvo que dominarse varias veces para no saltar y besar los temblorosos labios de la joven. Especialmente le parecieron interesantes sus narraciones de Inglaterra, juntamente como aquella misma tarde á la generala y á Kitti. Hizo la consiguiente observación, y preguntó:

—¿De qué procede en usted esta preferencia?

—¡Me parece tan hermosa la literatura inglesa!—contestó Clementina, turbada y como despertando de un dulce sueño.— ¡Sería tan hermoso que usted y yo hablásemos inglés!

—¿Cómo lo sabe usted?—insistió Eleonora riendo.—Que yo recuerde, no he hablado una palabra de inglés con su mamá y su hermana.

—No lo saben—dijo Clementina en voz baja.

—¡Cómo!—exclamó Eleonora con asombro.—¿Pero lo leerán?

—Tampoco.

—¡Qué raro!—pensó Eleonora.—Las señoras no hablan ni leen inglés, y obran como si en pensamiento al menos vivieran en Inglaterra.

Miró á Clementina con expresión interrogadora, que ésta no pudo satisfacer; pues con los ojos bajos, y con más carmín que nunca en las mejillas, estaba visiblemente desconcertada.

—Estonces usted—preguntó para cortar la enojosa pausa—usted lo hablará.

—¿Yo?—contestó Clementina con una mirada viva y espantada;—¿yo hablarlo? ¡Ah, no! No lo sé hablar absolutamente; leo algo; lo leo desde los diez años.

—¿Cómo es eso? ¡Por favor, dígame usted!

—A los diez años era yo un diablillo. ¡No, no se ría usted! Lo era realmente; y un día quise coger cerezas para Kitti de la rama más alta de un árbol, y sufrí una grave caída. Estuve un año en la cama, y me levanté así como... como estoy ahora. Fué mala temporada para mí, ya puede usted figurárselo,

y me pareció tan larga... Había un pastor en la aldea vecina, alto, muy buen hombre (ya hace tiempo que murió), que venía á verme á menudo, y se sentaba horas enteras á mi cabecera; me contaba muchas cosas como las que usted me ha contado, y me instruía para que no fuese una completa ignorante. Estuvo en su juventud de preceptor en Inglaterra, y le gustaba mucho la literatura inglesa. Un día trajo *El Vicario de Wakefield*, y me tradujo algunos trozos, á propósito para mí, improvisando. No le era fácil; tardaba en encontrar las palabras, y yo sufría al ver al anciano atormentándose por mi causa. Entonces le pregunté si quería enseñarme inglés, para que yo pudiese leer por mí misma alguna vez cosas tan bellas. Así lo hizo. Puede usted figurarse lo que yo trabajaría para incomodarle lo menos posible. En cuatro semanas pude leer *El Vicario*.

—Es asombroso—dijo Eleonora.

—¿De veras? — exclamó Clementina con júbilo. — ¡Ah, usted es tan buena! Y luego, sólo se trataba de leer. Mi buen pastor había olvidado hacía mucho tiempo hablar el inglés, si acaso llegó á hablarle bien, que lo dudo. Como he dicho, murió algunos años después. En el mucho tiempo que tenía, pues estaba enferma muy á menudo semanas, meses enteros, casi siempre en la cama, leía todo lo que caía en mis manos, libros de todas clases, novelas, poesías, historia, hasta teología. Pero las novelas y los versos eran naturalmente lo que más me gustaba, sobre todo versos. Creo que no hay idioma en el mundo en que se puedan hacer más bellas poesías que el inglés.

—¿Y cuál es su poeta favorito?

—Antes era lord Byron y otros; ahora es Roberto Browning.

—No es fácil de traducir. ¿Usted conocerá probablemente sus pequeñas poesías coleccionadas en un tomo?

—¿Ha escrito más?

—¡Oh! Una larga serie de tomos; muchos de cosas maravillosas, pero también algunas estrambóticas.



—¡Con qué gusto los leería!

—Buen remedio. Yo tengo todo el Browning en una magnífica edición inglesa, y de otros muchos, antiguos y modernos, un gran cajón lleno. No se me olvidará mañana, antes de marcharnos, pedirsele á mi tía.

—¿Por qué se ríe usted?

—Porque no sé aún dónde vamos. Su mamá me ha dicho el nombre del pueblo cerca del cual están sus posesiones, pero lo he olvidado por completo.

Clementina nombró el pueblo, que era sólo un pequeño caserío. El nombre de nuestra finca es Seehausen; y está, como su nombre india, al borde de un lago.

—¿Y dónde, en el mapa de Alemania, pues Alemania será seguramente, hay que buscar pueblo, finca y lago?

Antes que Clementina pudiera responder, sonó la campana de la puerta.

—¡Mamá y Kitty!—exclamó Clementina.

El sentimiento de alegría que había iluminado su semblante, heroseándola, desapareció repentinamente; parecía haber envejecido diez años.

—¡Pobre muchacha!—pensó Eleonora en el punto en que la generala y Kitty aparecían en la estancia.

## CAPÍTULO XII

—¿Está usted aquí? ¡Gracias á Dios!—dijo la generala á Eleonora, corriendo hacia ella con los brazos abiertos y besándola en la frente.—Casi en toda la tarde no hemos hablado de otra cosa más que de usted. ¿Verdad, Kitty?

—¡Cierto, mamá!—dijo Kitty; toda la tarde.

—¡Cómo es posible, señora!—preguntó Eleonora.

—¡Ah! Eso ya lo sabe usted—exclamó la generala riendo.—Ahora podrá usted convencerse. Pero voy á descansar. Tú,

E. M.—*Octubre 1908.*

pobre hija mía, tendrás necesidad. Clementina avisará á nuestro excelentísimo señor de Schmalhans, maestro de cocina.

—Ya iba á hacerlo, mamá—dijo Clementina, abandonando la habitación.

La generala pronunció el nombre de su hija con la dureza con que un señor soberbio llamaría á su criado. No escapó este detalle á Eleonora. Madre é hija no habían cambiado con Clementina, al entrar, ni una palabra, ni una mirada, ni un saludo. Comprendió que había hecho amistad con la cenicienta de la familia. No por esto desmereció la pobre joven á sus ojos; en cambio, la amabilidad de las dos señoras, á que ya había dado poco valor aquella tarde, acabó de perderlo á sus ojos.

Clementina y el criado preparan á toda prisa una cena, compuesta de carne, té y vino. Después, desapareció en seguida: la generala y su hermana no parecieron notarlo, ó estar harto acostumbradas á ello para llamarles la atención. No hicieron dengues á la cena, especialmente la generala; y Eleonora pudo advertir bajo sus delgados labios dos filas de poderosos dientes. Parecían haber olvidado el tema con que empezaron la conversación. Sería probablemente una frase de las que aquí se usan, pensó Eleonora, y se estremeció un tanto cuando la generala, después de una corta charla sobre cosas indiferentes, dejó el cuchillo y el tenedor, y dijo de pronto, riendo:

—Hemos encontrado en casa de su excelencia á un conocido de usted, señorita. ¿A que no adivina usted quién?

—Me sería difícil, señora, á pesar de que no tengo aquí muchos conocidos—contestó Eleonora con aparente indiferencia, mientras su corazón latía inquieto.—¿Sería Ulrico?

—Una persona que se encontró usted en viaje. ¡Y ahora!

—Me pone usted en un apuro, señora. He conocido á tantas personas en mis viajes... Creo que debe usted decidirse á decirme su nombre.

—Pues bien: el conde Wendelin. ¿Recuerda usted ahora?

—¿Cómo no?

—Ya ves—dijo, volviéndose á su hija,—el conde es siempre la modestia, la modestia misma. Sabrá usted, querida mía, que asegura conocerla. Yo no tenía, cuando pronuncié su nombre delante de él, la menor sospecha de que se hubieran encontrado y viajado juntos, no sé cuánto tiempo hace, en el camino de Hannover, en el mismo vagón donde tuvo ocasión de presentarse á usted.

Eleonora respiró; el conde, por lo visto, no había hablado más que de su encuentro en el viaje; era natural.

—Me acuerdo perfectamente del señor conde—dijo.

—¡Ves!—dijo la generala, volviéndose de nuevo á su hija.—Así es, siempre la modestia, una modestia exagerada. Usted debe saber, señorita, que quería apostar cualquier cosa á que si citaba su nombre no tendría usted ni una idea de haber venido con él desde Hannover en el mismo departamento. Y que tuvo ocasión de conocer á usted.

—¿Vive el señor conde aquí?—preguntó Eleonora con toda la naturalidad que pudo.

—Sí y no—contestó la generala.—Es decir, viene aquí á menudo, y pasa algunas temporadas. Cuando no está de viaje, porque viaja mucho; vive en el campo, donde puede decirse que es vecino nuestro.

—¡Ah!—dijo Eleonora.

—Un poco distante está—prosiguió la generala; pero si viviera cerca, no nos visitaríamos más. Por lo menos hasta ahora, mas yo espero que en adelante...

Aquí Kitti tosió ligeramente; también la generala carraspeó un poco, y dijo:

—Temo que nos hayamos enfriado un poco hoy en ese coche abierto.

—Muy hábil, y sin embargo, no lo bastante hábil—pensó Eleonora;—y añadió en voz alta:

—¿El señor conde no es muy sociable? Me ha producido la impresión de que, más bien que buscar á la gente, espera á que le busquen.

—¡Oh! Es usted una fina observadora—exclamó la generala.—Más bien que buscar á la gente, deja que le busquen. ¡Qué bien dicho y qué exacto es! En efecto: nuestro querido conde es realmente un solitario. ¡Dios mío! Claro, educado por tal madre... Una excelentísima señora, que tanto Kitti como yo respetamos profundamente; pero una campesina, y medio ciega. No es extraño que sea un poco misantrópica, y esto perjudica un poco á Guido (el conde se llama así). ¿Creerá usted que lleva aquí ocho días, tanto tiempo como nosotras, sus mejores amigas, y no ha venido á vernos?

—Quizá no supiera que estaban ustedes aquí, señora.

—¡Oh! Yo le había...

—Aquí tosió Kitti de nuevo; la generala la miró rápidamente.

—Tengo que ponerte esta noche un parche Priesnitsch, hija mía. ¿Qué estaba diciendo...? ¿Qué crees tú? ¿Que el conde lo sabía?

—Nada de eso—contestó Kitti;—me ha jurado dos veces que no tenía la menor noticia.

—Y fué tan grande su alegría de encontrarnos allí en casa de nuestra antigua amiga, adonde había subido *en passant*, contra su costumbre, pues no se había dejado ver antes tampoco. Sabrá usted que su excelencia es una tía, abuela suya por su marido, muy rica, sin hijos, y el su *enfant gaté* y presunto heredero, por lo menos, de la mayor parte de sus bienes, aunque no le hacen ninguna falta. ¿Qué le han de hacer? Pero así sucede siempre en este mundo: el dinero llama dinero. Por mucho que dure, heredará también á su tío, aunque la gente que siempre se está muriendo vive muchos años. Dí, Kitti, ¿no dijo que se marchaba á verle?

—Sí, mamá; pero me ha prometido estar sólo algunos días—contestó la interpelada bajando los ojos, mientras en su pequeña y hermosa boca se dibujaba una sonrisa de vanidad.

—Naturalmente, sólo un par de días—exclamó la generala triunfante;—después le retendremos en el campo, para lo cual

contamos con usted, señorita. ¡No puede usted figurarse con qué calor ha hablado de usted! *Vraiment!* Nosotras, sus antiguas amigas, debiéramos sentir celos. Bueno, bueno, hija mía; esta señorita comprende que es una broma. No seas cruel con nuestro pobre conde. Sí, sí, querida mía, ¡no puede usted figurarse qué crueles son estas niñas!

—Pero, mamá, esta noche estás insoportable—dijo la niña rechazando un abrazo de la generala.—¡Qué pensará de mí la señorita Ritter!

—Probablemente, que te mimo demasiado—exclamó la generala.—Pero vamos á la cama. *¡Mon Dieu!* ¡Las doce y media! Y mañana á las nueve tenemos que estar en la estación! ¿Ha preparado usted sus cosas, querida mía?

—Poco tengo que preparar, señora.

—Mejor. Ya me la había figurado á usted así. Nada de pensar las cosas; siempre dispuesta, siempre lista; justamente como yo. ¡Oh! Nos vamos á entender perfectamente; vamos á ser muy amigas.

Al decir las últimas palabras, abrazó á Eleonora y la besó en la frente. Kitti se interpuso, y cogió las manos de Eleonora sonriendo coquetamente y bajando la frente, con intención de dejarse besar á su vez. Pero Eleonora no pudo violentarse, y se contentó con corresponder á su sonrisa con otra, y á su fuerte apretón de manos con una ligera presión de las suyas.

Un minuto después entra en el cuarto de Clementina, que había iluminado la camarera de la generala.

### CAPITULO XIII

Clementina salió á su encuentro aun completamente vestida. Eleonora no esperaba otra cosa, y el beso que rehusó á su hermana le imprimió apretadamente en sus labios. Después cogiéronse las manos y miráronse una á otra en silencio.—¿Verdad que ahora conoces tú mi situación?—decían los ojos

de Clementina; y los de Eleonora:—Si la conozco, y quiero, en cuanto yo pueda, reparar la injusticia que se comete contigo, ofreciéndote en mí una amiga.—Después sentáronse las dos amigas sobre el pequeño sofá, al lado de la ventana que daba al patio, en el cual se oía á intervalos el golpear de los cascos de los caballos, que en aquella sofocante noche de verano no podían estar tranquilos.

—Ya sé que confías en mí—dijo Eleonora.

La había hablado de tú involuntariamente, y sólo se dió cuenta de ello cuando Clementina, cogiendo sus manos y apretándolas contra su pecho, murmuró con ojos sonrientes:

—Sí, sí, de tú, como buenas amigas.

—¡Tonta! Ahora me vas á decir en qué relaciones está tu hermana con el conde Wendelin.

—¿Le conoces?

—Le he conocido viajando. Estuvo muy amable conmigo. Me alegraré de que sea feliz.

—Lo merece—contestó Clementina con vehemencia;—es un alma buena, un hombre honrado. Yo también le quiero mucho y nos comprendemos perfectamente. ¿En qué relaciones está con mi hermana? ¡Ah, querida! Este es un asunto extraño que me ha quitado muchas horas de sueño. Habrás oído tal vez que somos vecinos, como se dice entre nosotros, pues dos ó tres leguas no significan nada, al menos en verano; en invierno, con los malos caminos, es un viaje difícil y á veces imposible. Nos reunimos á menudo. Los nobles, sabes, se conocen todos. Forman como una gran familia; tienen tantos intereses comunes, y los burgueses hacendados no existen para ellos. Por esto conocemos al conde, sabe Dios cuánto tiempo hace. Cuando entró por primera vez en casa, era Kitti una niña: tendría unos siete años, poco más ó menos... puede que fuera más pequeña; él tendría entonces diez y ocho ó diez y nueve; muy joven también, casi un niño, y tímido como una doncella. Kitti era su novia; es decir, él no dijo nunca esto: la expresión es de mamá. Se le metió en la cabeza que cuando

creciese Guido se había de casar con Kitty. Esto no tiene nada de particular entre nosotros; los padres casan á los hijos desde la cuna. Y Guido, que es muy bondadoso, dejó correr la cosa mientras no pasó de una broma, hasta que vió que mamá y Kitty lo tomaban en serio. Entonces se franqueó conmigo el pobre. Mire usted, Clementina, me dijo: he recibido de su familia de usted pruebas de amistad, á que correspondería de mala manera si alimentase á sabiendas las esperanzas de su mamá de usted; de las de Kitty no hablo; por halagüeñas que sean para mí, no puedo realizarlas. Yo no me casaría con una joven á quien no amase, y yo no puedo amar á Kitty. Es muy bonita, pero no es mi ideal, en absoluto. La nuera que yo he de dar á mi mamá, y aquí me hizo una descripción de ella, y... ¡no te rías de mí! pero hizo tu descripción de arriba abajo; tanto, que cuando te ví esta tarde y empezaste á hablar con tanta bondad y talento, me estremecí y dije: ¡Dios mío! Si Guido la ve y ella no le rechaza, se casa con ella.

—¡Loca!—dijo Eleonora, acariciando el pelo de la excitada joven;—ya has oído que me ha visto y me ha hablado dos horas largas *vis à vis* y *tête à tête* hace ya más de un mes, y yo sigo sin ser la señora condesa Wendelin. Pero ¿quieres contarme qué pasó después con el conde y tu hermana?

—No lo comprendo; verdaderamente no lo comprendo—murmuró Clementina. — Dos horas largas... ¡Ah, sí! ¿qué pasó luego...? Hablaría con más gusto de lo otro; pero lo que tú quieras... tampoco tengo mucho más que contarte ya; nada de particular. Venía desde entonces breves momentos; después, durante muchos meses, estuvo viajando, yo creo que con el exclusivo objeto de no tener que recorrer las dos leguas que nos separan, pues me ha dicho á menudo que se aburría horriblemente en todas partes, menos en Inglat...

—Pero, niña, ¿qué tienes?—dijo Eleonora, al ver que Clementina se interrumpía, para reir primero ahogadamente y taparse después la cara para que no la viera reir; tuvo que repetir su pregunta varias veces antes de que Clementina,

que lloraba de risa, se secara los ojos y pudiera responder.

—Voy, voy. ¡Oh, Dios mío, qué estúpida he sido! Estaba yo devanándome los sesos por averiguar por qué mamá y Kitti querían aprender el inglés. ¡Y es tan claro! Tiene mucha gracia. Has de saber que el conde delira por Inglaterra, en donde tiene á su única hermana casada, y suele visitarla. Esta primavera la visitó de nuevo. Mamá siempre tiene el secreto temor de que se case con una inglesa, yo no sé por qué esta vez más que nunca; ahora, lo que no comprendo es por qué no se le ha ocurrido antes. ¿No comprendes tú tampoco? Vamos, veo que eres casi tan tonta como yo. ¿No ves que Guido no se casará con ninguna inglesa si Kitti rompe á hablar en inglés? ¿Y por qué las jóvenes que vinieron á casa (no hemos tenido fuera de la primera institutriz más que una) habían de ser perfectas inglesas? Por eso vinimos á todo escape á Berlín, tanto más sabiendo yo, no sé por dónde, que Guido, á quien desde hacía meses no habíamos visto, debía estar aquí para la misma fecha. Y mira tú, el pícaro ha tenido la descortesía de ocultarse de nosotras durante ocho días, á pesar de que mamá lo primero que hizo fué escribirle que estábamos aquí. Mamá estaba fuera de sí, y la temporada ha sido mala para la misma Kitti hasta hoy al medio día, una hora antes de que tú llegases, en que escribió S. E. Wendelin que Guido se había hecho anunciar aquella tarde en su casa, y diciendo que si mamá y Kitti tenían gusto en ir allá... ¡Ya lo creo! Figúrate tú. La anciana señora protege el matrimonio á todo trance. Figúrate la alegría de mamá. Bueno, pues creo que tú también tienes tu papel: cinco señoritas que se presentaron antes que tú fueron desahuciadas. Ahora dime: ¿verdad, querida mía, que no estás enfadada porque te haya engañado diciendo que la invitación llegó después que tú viniste? Yo no podía decirte: perdone usted, señorita, si yo, ante todo, y en interés de mi mamá y hermana, la doy una bromita.

¿Dónde estaba la tímida joven que recibiera á Eleonora, sin atreverse á levantar los ojos ni la voz? Alrededor de su fina



boca, de donde con tanta fluidez manaban las palabras, dibujábanse maliciosos pliegues, y sus ojos oscuros brillaban con picardía y atrevimiento.

Eleonora la miraba, sumida en sus reflexiones. Según esto, debía ayudar á que el conde tuviese mujer, ¡y qué mujer! Una coqueta insignificante. Hasta entonces la había desdeñado. Pero, ¿qué es lo que no conseguirá la obstinación de las mujeres de un hombre bondadoso? Otra vez brillaba su fatal estrella de repartir á su alrededor la desgracia, de que tan elocuentes pruebas había dado en casa de su tía.

De repente atravesó como un relámpago un terrible pensamiento por su alma. La posesión del conde estaba próxima á la de la generala; ¿y no decía el conde que Ulrico era vecino suyo? Era indudable, pues, que Ulrico vivía por allí, y ella, que había querido poner entre los dos un mundo de por medio, caminaría mañana hacia él, á su vecindad, temida, amada.

Sintió un estremecimiento de dicha y de espanto á la vez. ¿Qué debía hacer? ¿Huir? Pero, ¿cómo? ¿Dónde encontrar un motivo? ¡Si se lo contase todo á Clementina! ¿Si ella la ayudase! Pero, ¿qué podía hacer ella, que no significaba nada en la familia? Por otra parte, debía divulgar su secreto, su secreto, que era también el de él, y que tenía en depósito sagrado? Sin embargo, algo debía hacer, y era ante todo cerciorarse de su situación. Nunca habían pronunciado sus labios aún su nombre, á no ser que el dolor y la fiebre, en el silencio de la noche, le pusieron en ellos; ahora, en cambio, debía nombrarle.

—Pues el pobre conde está en un apuro—comenzó á decir, extrañándose ella misma del tono tranquilo en que consiguió hablar; y á juzgar por el buen humor con que volvían tu mamá y Kitti, la entrevista ha sido muy favorable, y el cándido conde debe haber caído en la red. ¿No hay algún amigo que le pueda ayudar á salir del paso? Creo recordar que me habló de uno con gran entusiasmo, como de un hombre excelente y de mucho valer, á quien ama sobre todas las cosas. No puedo dar con el nombre.

—¿El barón Randow?—preguntó Clementina.

—Es posible que se llame así—repuso Eleonora, en apariencia indiferente, pero sintiendo golpearle el corazón.

—Yo también lo he pensado—exclamó Clementina;—sólo mi cuñado puede hacerlo.

Eleonora la miró con ojos desmesuradamente abiertos y fijos. Había oído bien.

—¿Tu cuñado?—dijo con voz opaca.—¿Cómo es posible? ¿Tienes otra hermana?

—Una hermanastra de mucha más edad que nosotras, del primer matrimonio de mamá. Pero, por Dios, ¿no te ha dicho nada mamá?

—Ni una palabra—murmuró Eleonora.

—¡Es fuerte cosa! Yo creí que te lo habría dicho todo detalladamente, y por eso no he empezado yo por ahí. ¡Pero hábrase visto mamá! ¡Pobre Herta! En realidad, no tiene un papel muy importante en sus pensamientos, tan poco importante casi como el mío, que ya es decir.

—¿Y esa hermana tuya es...?

—La mujer de Ulrico, así se llama mi cuñado de nombre, desde hace diez años; y si en este tiempo nos hemos visitado dos veces seguidas, ha sido mucho, á pesar de que entre Seehausen y Wüstenei, su finca principal, sólo hay algunas fincas, entre ellas, la de Guido. Pero estás cansada; ya te seguiré contando otro día.

—¡No, no!—exclamó Eleonora.—Me interesa mucho. ¡Sigue, sigue, te lo suplico!

—Si tú quieres; pero es una historia muy larga, si te la he de contar desde el principio. Bueno, pues mamá estuvo casada por primera vez con un rico hacendado que se llamaba Niemann. ¿Comprendes? Niemann á secas. Mamá tuvo que hacerse no poca violencia para casarse con él, pues (entre nosotras, como hija de la marquesa del Lirio) tenía grandes títulos de nobleza. Pero los Lirios, en el transcurso del tiempo, ¿sabes? de una infinidad de tiempo, dejaron de ser ricos, y el

padre de mamá era tan pobre, que se alegró de poder vender su última finca al sencillo hacendado Niemann antes de morir, después de lo cual mamá pasó á ser la señora de Niemann. Creo que no fué un matrimonio muy feliz, pero no lo sé de fijo, pues mamá no habla nunca de aquella época, y yo creo que por eso ha tratado siempre á Herta con tanta injusticia. Herta era la única hija. El matrimonio duró poco, unos cuatro años creo. Pero el señor Niemann debía de querer mucho á mamá, ó quizá fuese porque así estaba concertado, el caso es que nombró á mamá heredera universal. Después se casó mamá al poco tiempo con mi papá, que entonces era coronel. Y luego, ocho años después (ya papá había muerto siendo general), se casó Herta con Ulrico, y ¡Dios me perdone!, pero yo creo que se alegró de salir de casa. Realmente tuvo mucha suerte porque... ¡ah! Eleonora, si tú conocieras á Ulrico...

—Sigue, niña, sigue—dijo Eleonora.

—Ya he acabado, pues no tengo más que decirte sino que mamá no puede sufrir á Ulrico, por no decir que le odia, yo no sé por qué. ¿Cómo es posible odiar á un hombre del que no se ha recibido nunca más que pruebas de bondad, como mamá de Ulrico? Querida mía, á ti puedo decírtelo. Al morir papá, mamá quedó en mala situación. Papá, á lo que parece, no conocía el valor del dinero; también pudiera ser que tuviera deudas atrasadas; en una palabra, estaba mamá en gran apuro, del cual nadie la sacó más que Ulrico con sus consejos y... con su dinero. Esto puede que no le gustase á Herta, porque su madre no era acreedora á ello; por lo menos, sus relaciones no han mejorado. No por esto vayas á pensar mal de Herta. Ulrico tiene que trabajar mucho, y si ella es económica, que quizá sea necesario, lo es por él, pues un hombre tan noble y tan bueno no se encuentra dos veces.

—Ya el conde me hizo su elogio; ahora, tú—dijo Eleonora con labios convulsos que trataban de reír.

—¡Si yo pudiera hacerlo tal como él merece!—murmuró Clementina.

Miraba ante sí, con las manos unidas en la falda, fijamente. De pronto se estremeció todo su cuerpo, y arrojóse con apasionada viveza en los brazos de Eleonora, y rompió en llanto convulsivo.

—No hacía falta más; aquello lo explicó todo mejor que hubieran podido hacerlo las palabras.

Eleonora abrazó á la llorosa Clementina, sin otro sentimiento que la piedad más profunda. ¡Si la infeliz hubiera podido saber lo que pasaba en aquel pecho en que apoyaba su cabeza! Pero, gracias á Dios, no lo sabía ni lo sabría nunca.

Por fin, consiguió calmarla con sus caricias; Clementina se levantó, y con labios pálidos y temblorosos, y los ojos bañados en llanto, prorrumpió:

—Ya no querrás saber nada más de mí.

—¿Por qué?—contestó Eleonora;—porque tú á Ulrico... porque tú á tu cuñado...?

—¡Oh, por favor!—exclamó Clementina cogiendo sus manos con angustia;—¡no lo pronuncies! ¡No, no, no! He dicho todo esto sin saber cómo. ¡Oh, Dios mío! ¡Yo no sé, no sé cómo ha caído esto sobre mí! Y mejor sí lo sé: por tu amada compañía, por tus queridas palabras, por tus besos fraternales, que han penetrado hasta mi corazón como rayo del sol, inundándole de luz y de alegría. ¡Oh! no puedo describírtelo... Y aunque lo supiera hacer, ¿qué? ¡Por Dios, no lo digas nunca, nunca! ¡No, por Dios! Antes de encontrarte á ti nadie ha sido para mí tan bueno, únicamente mi viejo, mi querido pastor y después él. ¡Ah! ¡Tan bueno como un ángel! Cuando á menudo me encontraba en la desesperación, él me consolaba, me daba valor para vivir y me hacía olvidar mis sufrimientos y mi deformidad. Y luego me recordaba al paralítico de la Biblia, sobre el cual puso el Señor la mano, y le dijo: «Levántate y anda.» Y verdad que á un hombre que se llega á una criatura desvalida se le debe decir: «¡Ulrico, Ulrico! ¡Ya no puedo más, ayúdame!» ¡Oh, cuántas noches de insomnio lo he dicho yo, sentada en el lecho con las manos cruzadas. Y en la oscuridad

veía sus bellos y compasivos ojos, y en el silencio oía su dulce voz; y mi corazón agitado recobraba la calma; y al despertar por la mañana pensaba que habían bajado los ángeles en torno de mi cama, y el claro día resonaba en mí como el eco de una deliciosa música.

Sus últimas palabras resonaron, efectivamente, dulces como una música deliciosa; y en su rostro, con sus ojos brillantes y fijos, parecía reflejarse angélico resplandor que ella sola viera.

Eleonora se estremeció. Parecía como si la hubieran robado el alma, y la viese allí al lado suyo, y en ella misma sólo quedase muerte, tinieblas y vacío.

Febril escalofrío recorrió todo su cuerpo; tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para levantarse del sofá.

—¡Vamos!—dijo.—Metámonos en la cama.

Clementina siguió su ejemplo, y la miró con angustia al rostro.

—¡Oh, Dios mío, qué pálida estás! Y tus manos están heladas.

—No es nada—dijo Eleonora, separándola dulcemente;—nos hemos excitado un poco con la conversación. Unas cuantas horas de descanso y estaré bien, y creo que á ti te sucederá lo mismo.

—¡Oh! Yo dormiré admirablemente, si...

—¿Si qué?

—Si me das un beso.

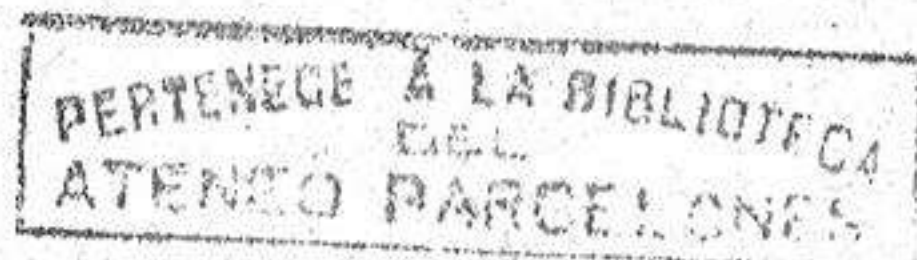
Abrazó á Eleonora, corrió á su cuarto y cerró la puerta.

Eleonora quedóse un momento inmóvil, después dió unos pasos muy quedo hasta la puerta del corredor, que abrió sin ruido. Negras tinieblas; ni el menor ruido en la casa dormida...

—Es imposible—dijose;—no encontraría salida.

Cerró la puerta y miró por la ventana. La casa era un piso segundo.

Pero el odioso pensamiento desapareció tan pronto como había venido. No había salida.



—Tengo que aceptarlo—murmuró;—es el destino.

Recordó una frase usual de Borikin: «El destino somos nosotros mismos.»

—¡No!—dijo.—Eso no es verdad; es una de sus paradojas. No somos nuestro destino; sólo podemos luchar contra él. Esa desgraciada lo hace. Tú puedes hacer lo que hace ella. Mañana empieza la batalla. Es signo de un valiente guerrero poder dormir la noche antes.

Se metió en la cama y permaneció allí con los ojos abiertos, las manos cruzadas sobre el pecho, repitiéndose que era cobarde, pues no podía reprimir los latidos dolorosos de sus sienes ni tranquilizar su alterado corazón.

Por fin se durmió.

## LIBRO TERCERO

### CAPÍTULO PRIMERO

Ulricó había abandonado Norderney en un estado de alma que lindaba en la locura. En vano se repetía que su decisión de librarse del hechizo de la encantadora, y volver al lado de su mujer, de sus hijos y de sus negocios, databa de veinticuatro horas antes. Pero entonces no sabía que su amor era correspondido. Ahora, sí. La había tenido en sus brazos, sus pechos habían palpitado juntos, sus labios se habían unido en contacto abrasador. ¿Qué significaba aquello sino «por fin estoy ligado por un lazo externo?» ¡Y sin embargo! Si ella hubiera adoptado y ejecutado su resolución de separarse de él en un momento de excitación, lo habría comprendido. Pero no era así; su carta lo demostraba. ¡No se había arrancado á él, no; se había separado! ¡Había desatado los nudos uno á uno, con hábil y delicada mano, y después, con resignada y graciosa sonrisa, había volado!

¿Dónde? El más ligero presentimiento se lo decía. Con fe-

bril ansiedad buscaba en sus recuerdos algo que en ésta ó aquella ocasión le hubiera manifestado ella sobre sus relaciones personales. Era bien poco: que estaba bastante sola en el mundo; no tenía ya padres, ni había tenido nunca hermanos ni hermanas. Vivían aún algunos parientes suyos; pero, ¿dónde? Le parecía haberla oído nombrar Berlín, pero podía haber sido cualquiera otra ciudad. El nombre de sus parientes no lo había dicho, ó al menos él no lo recordaba. ¡Sólo había vivido en ella celestial aparición descendida hasta él! Si tenía un rastro terrenal, ¿qué derecho tenía él á conocerle? Maldecía su imprevisión infantil incomprensible, que le condenaba al lamentable papel de un niño que en un cuento de hadas se pierde en el bosque.

¡Y en su carta, ni la más mínima indicación que le hubiera podido poner sobre la pista! Lo cual quería decir: no quiero dejar huella; no quiero que me sigas; quiero librarme de ti para siempre. Así premiaba su idolátrica adoración.

Su corazón ardía en cólera salvaje. Hubiera rasgado su carta, que tenía en el bolsillo del pecho, arrojando los pedazos á las ondas que se estrellaban contra la proa del vapor. La hubiera ahogado, la hubiera apuñalado, á ella, á la hermosa hechicera que, jugando con su corazón, que le había robado, había huído luego.

¿Ó exigía agradecimiento por haber evitado que sucediera lo que hubiera sucedido de haberse quedado? ¿Pero no había de suceder á pesar de todo? ¿Cómo podía él volver á los brazos de su confiada Herta? ¿Abrazarla con su corazón lleno del amor á la otra? ¿Ó revelar su situación, precipitándola desde el cielo de la confianza al infierno de la desesperación? Tan imposible lo uno como lo otro, y no había otra salida, otra tercera solución al pavoroso dilema.

Puede que la hubiera; allí en el fondo del agua azulada. ¡Qué cosa más natural! Se habría apoyado sobre la borda, y habría perdido el equilibrio. El vapor andaba ahora á toda máquina. Antes de que parase y acudiesen al sitio en que él se

hubiera zambullido, lo menos transcurrirían diez ó quince minutos; y no volver vivo á la superficie, quedaba de su cuenta.

Su sombría mirada vagaba por la cubierta; como hacía buen tiempo, hormigueaban por ella los pasajeros. Un caballero, con el cual había trabado ligero conocimiento en *Norderney*, renovado á bordo, se acercó á él: había leído en el *Bremen Zeitung* algo de una terrible granizada en el Oriente de Pomerania, pocos días antes. ¡Si el señor barón supiera algo más concreto! Le interesaba mucho, pues tenía un hermano comerciante en granos, y que tenía allí su principal mercado.

Ulrico respondió que en las últimas cartas de su casa no se hablaba del suceso; indudablemente las cartas eran de fecha anterior. El caballero, contento con haber encontrado nuevo tema de conversación, siguió hablando de comercio, de granos, aduanas, de la concurrencia rusa y americana, y de todo lo concerniente á este asunto, en el cual era competente, por poseer un molino en Francfort, á las orillas del Oder, y por conocer las opiniones de grandes terratenientes de la Pomerania. Ulrico no podía, sin grave descortesía, dejarle con la palabra en la boca; y como el Sr. Sohbrecht le propusiese beber con él al llegar á Bremer, cuyo puerto se iba viendo cada vez más distinto, una botella de Champagne, para celebrar la feliz terminación de la temporada de baños, y brindar por el buen resultado del tratamiento, accedió. Siempre era mejor que estar mirando estúpidamente al agua, sin tener el valor de arrojarse á ella.

Ya en el puerto de Bremer, respiró Ulrico al verse libre del locuaz molinero. Durante el viaje pensó escribir á Herta una carta contándole la verdad, cuya conclusión lógica era que no podían seguir viviendo juntos. Aquella misma noche debía escribirla. Al llegar á Bremen era muy tarde. Cuando cerró tras de sí la puerta de su cuarto en el hotel, le acometió el dolor de su soledad tan terriblemente, que se arrojó á la alfombra y lloró como un niño. Después se levantó, avergonzado de su debilidad, indigna de un hombre, y sentóse á la mesa para escri-



bir la carta. Creía tenerla redactada ya, y ahora no podía coordinar tres palabras. En su cabeza sólo había desierto y vacío. Bebió un par de vasos de vino. No por eso se sintió más apto. Además, sentía pesadez de plomo en sus miembros. No era maravilla: la noche pasada apenas había dormido una hora, y luego el largo viaje de aquel día... En fin, mañana escribiría.

La noche no consiguió aliviarle. Dormía un rato, y le despertaban locas pesadillas. Iba á buscarla, y ella huía, y tenía que luchar con mil obstáculos que salían á su paso. Tan pronto era laberínticas calles en noche oscura, por donde él vagaba incierto, como un sombrío bosque cuyas lianas aprisionaban sus miembros, ó un viejo castillo derruido con interminables galerías y escaleras de caracol medio hundidas.

Fiñalmente, hallóse en un apartado jardín, bañado por una luz que no se sabía de dónde emanaba, y cuyo ambiente estaba saturado del aroma de la reseda. Pero cuando iba á aprisionar su flexible y esbelto cuerpo, mostró éste con un gesto de espanto una figura femenina que estaba colocada en la luz mortalmente pálida que miraba con ojos fijos y vidriosos, mientras de sus labios se escapaba un grito agudo y estridente. Y Ulrico se despertaba, bañado en sudor de angustia, con el corazón palpitante, convenciéndose de que él mismo había lanzado el grito.

A la mañana sintióse corporal y espiritualmente una sombra de sí mismo. Su propósito del día anterior de escribir á Herta contándole lo sucedido, parecíale ahora una bárbara cobardía, como la puñalada que un asesino da en la oscuridad. Sí, debía decirlo; ella tenía el derecho de oírlo de sus labios.

Pero tampoco tenía valor para continuar el viaje de regreso. No podía presentarse en aquel estado. Primero debía recobrar el dominio de sí mismo, poner en orden su continente, sus gestos, sus palabras. Mas á pesar de todo, la escena sería terrible.

Así, pues, era necesario buscar un pretexto para diferir la vuelta, á pesar de haber salido de Norderney; confesaría que

los baños no le habían sentado bien, al menos por el pronto, y esperaba un efecto ulterior que no podría operarse en su casa, donde el trabajo le esperaba. Además, la ocasión de conocer Bremen, donde se encontraba, Hamburgo, Kiel y quizá Copenhague, le tentaba. Así, pues, viajaría aún ocho, quizá catorce días, suponiendo, claro, que las noticias de su casa fueran buenas. Escribiría con regularidad, y ella debía escribirle al *poste restante*, pues no conocía los respectivos hoteles, ni sabía lo que se iba á detener en cada punto.

Sintió como si se aliviase de un gran peso cuando hubo echado esta carta en el buzón del hotel. En la incertidumbre en que dejaba á Herta sobre su partida, no vió nada indigno, sino sencillamente un derecho de legítima defensa. No ignoraba que tan pronto como supiera que estaba en un determinado lugar algún tiempo, volaría á su lado para cuidarle. Y el pensamiento de verla presentarse de pronto con su expresión enamorada y angustiada, que pronto se trocaría en el rostro mortalmente pálido que había visto aquella noche, le llenaba de espanto.

Tomó un coche, y ordenó al cochero que le llevase á ver las curiosidades de la ciudad. El inteligente automedonte cumplió sus órdenes tan hábil como escrupulosamente. Otro hubiera podido asegurar, después de un paseo de cuatro ó cinco horas, que conocía á Bremen. ¿Pero de qué le servía á él todo aquello sin ella? Durante largas semanas no había visto más que por sus ojos; no había tenido pensamiento que no viniese de ella, que no le comunicase á ella para conocer su opinión. Y aquel supremo goce de fundir sus dos almas, que en aquella fusión parecían vivir cien vidas, había desaparecido para siempre. ¡No podía creerlo, no podía pensarlo! Como el sitio vacío á su lado en el coche, que parecía en vano esperarla, así le parecía el mundo: vacío en toda su magnificencia, y más vacío cuanto más grande. Los pájaros no cantaban; las flores no exhalaban aroma; el sol no alumbraba; los poetas, las obras de arte no le admiraban sin recrudecer el dolor de su ausencia, sin

hacerle sentir que todos los goces de la vida, todas las dichas de la tierra, sin ella se trocaban en despecho y amargura.

Y después volvía á sentir rabia de que ella, que le amaba, no hubiera tenido el valor de su amor y le hubiera sumido conscientemente en aquel miserable estado. Su amor no era, pues, el amor fuerte que no retrocede ni ante el crimen. Y aunque ella se había salvado prudentemente, él debía cometer el crimen, y le cometía en realidad vegetando en la mentira de cada día, de cada hora. ¡Que no pudiera él arrojarle estas palabras al rostro! ¿Por qué no había volado tras ella? Hubiera tratado de llegar á Emden y buscarle allí sus huellas, hasta hallarla.

¡Ahora ya le llevaba gran ventaja; ahora podía haber salido de Hannover al Este ó al Oeste! Probablemente al Oeste, para en París ó Londres para estar siempre libre de él.

Ulrico volvió á su hotel después del medio día. La noche de aquel día la pasó en Hamburgo. Como había dicho que iría á Kiel antes, no tenía que temer una sorpresa. Permaneció allí ocho días, observando mecánicamente desde su ventana del hotel de Europa el ir y venir de los vapores por el Alster y viendo en el puerto el tumulto de los vapores. El primer acceso de dolor había cedido. El sedativo aplanamiento de su alma le parecía ahora una mediana felicidad. Por frecuentemente que acudiese á él la idea de poner fin á aquella vida miserable, y por seductor que le pareciese, retrocedía, no ante un pensamiento religioso, sino ante la reflexión de que contradiría todo su pasado. ¿No había vivido siempre para los demás? ¡Y quería morir ahora de un modo egoísta! ¿Á quién hubiera aprovechado su muerte? No á ella, en verdad, que demostraba con su fuga que podía muy bien vivir sin él. Tampoco á la otra, que no podía vivir sin él. Y bien lo demostraba, al decirle: «Sé buena y razonable, como lo has sido siempre. Yo trabajaré más que nunca por ti y los niños; nunca oirás una mala palabra de mis labios. Pero no me pidas lo que sólo podría concederte engañándote, desempeñando una farsa conti-

nua; lo que ni tú ni yo podríamos hacer, pues somos demasiado buenos. Será sólo la sombra de una vida que consagraremos á nuestros hijos.»

Agarrábase á este pensamiento como la última tabla de salvación, pero sin confiar bastante en sus fuerzas. Hasta era buena y razonable, sólo hasta un determinado punto, el punto á que habían llegado: era intransigente y no admitía componendas tratándose de su amor, ni en broma siquiera. Al menos, lo había sido hasta entonces. Acudió á su memoria un incidente de ocho años antes, el segundo de su matrimonio.

Un señor del Este de Prusia había comprado tierras en la vecindad, instalándose en ellas. Era un hombre ya viejo, viudo, con una hija única, bella, alta, algo dominadora y lunática, pero de grandes dotes, la cual sabía ser muy amable con los hombres que la eran simpáticos. Entre las dos familias entablóse pronto trato, favorecido por la proximidad de sus posesiones. Herta, que no tenía muchas amigas, sintióse atraída por la hermosa muchacha, tanto más, cuanto que encontró ocasión de aconsejar al padre sobre la administración de su hacienda. Y como Ulrico, en casa del padre de Lida, desempeñó el mismo papel en otra forma, se veían con mucha frecuencia, y por último, diariamente. Así transcurrieron dos meses, sin que turbase aquella cordial armonía ni la más ligera nube. De repente, comenzó Herta á mostrarse celosa; mostróse más fría con su amiga. Ulrico no dió importancia á tal incidente, ni aun cuando Lida se fijó en ello, y le interrogó sobre cuál pudiera ser la causa. ¡Qué sabía él! Quizá el cuidado de Baby, que entraba en la dentición, ó cosa por el estilo; seguramente nada de importancia que á Lida debiera preocuparle. Pero una noche que fué el solo ó visitarlos, y volvió bastante tarde á su casa, encontró á Herta pálida y con los ojos de haber llorado, en una terrible agitación muda, que por último se manifestó en palabras. Ella lo veía hace mucho tiempo, y sufría en silencio; pero sus fuerzas se acababan. Era evidente que amaba á Lida, la cual por cierto había des-

plegado todas las artes de la coquetería para cogerle en sus redes. Bastaba sólo oír el cambio de entonación de su voz para no hablar ya de sus miradas, que se cruzaban con un desenfado que demostraba cuánto habían avanzado. De haberse él sentido completamente inocente, hubiera con su calma desarmando la excitación de Herta; pero debía confesarse en silencio que su inocencia no era tan evidente. El ingenio y la hermosura de Lida habían hecho una impresión sobre él, cuya fuerza sólo se le revelaba quizá en aquel momento. Como era natural, no capituló, sino que defendió el derecho de todo hombre á rendir homenaje al talento y la belleza dondequiera que se revelasen; y un matrimonio en que se le pretendía arrebatarse tal derecho, constituía un yugo que no estaba dispuesto á soportar ni ahora ni nunca. Poco á poco se enredaron las palabras, hasta llegar á exclamar colérico:—Sólo queda una solución: que nos separemos.—Esta frase cruel tuvo un efecto terrible. Hasta corrió por la habitación con las manos alzadas, gritando en tono desgarrador:—¡Ulrico quiere abandonarme, Ulrico quiere abandonarme!—Hasta que por fin se desmayó.

Un trágico acontecimiento puso rápido fin á este drama conyugal, que amenazaba convertirse en tragedia. Aquella misma noche cayó enfermo el padre de Lida, y en pocos días murió. Frente á tan gran desgracia, los sentimientos personales debían ser acallados, y el llamamiento hecho á Herta no fué en vano. Casi se excedió en su asistencia, discreta y esforzada, con la desconsolada huérfana. Poco después partió Lida con sus parientes á su país, dejando por el momento á Ulrico el encargo de arreglar sus asuntos. Esta circunstancia motivó entre ellos un cambio de correspondencia, el cual prosiguió después, cuando los negocios estuvieron arreglados, y sólo cesó dos años más tarde, cuando Lida contrajo matrimonio con un distinguido oficial, por cierto con gran satisfacción de Herta, á pesar de que siempre aparentó no tener noticia de tal correspondencia.

Tampoco pareció darse cuenta de sus relaciones con Clementina en el curso del año siguiente. Sus relaciones con Ulrico no parecieron otra cosa que una simpatía de parentesco hacia una niña con quien la Naturaleza se había mostrado cruel, y de quien su familia hacía poco caso; simpatía á que ella correspondía con su gratitud. La profunda sentimentalidad y el agudo ingenio que anidaba en aquella crisálida que dejaba su envoltura, no fueron apreciados por nadie de la familia más que por él, que siguió y fomentó este desarrollo con creciente interés. Para su familia, la muchacha de diez y nueve años seguía siendo la niña de nueve; ilusión que en gran parte procedía del miedo y encogimiento de Clementina. Y él mismo se hubiera guardado mucho de descubrir esta circunstancia á nadie. ¿Por qué descubrirle á Herta el tesoro oculto en que él alimentaba tan á menudo su indigencia espiritual, el oculto oasis en cuyas frescas aguas bebía temporalmente su alma? Hubiera despertado sus medio adormecidos celos.

Por lo demás, no había habido motivo para ninguna catástrofe como la ocurrida al principio de su matrimonio. Y paulatinamente habían llegado á un equilibrio de vida que á ella le satisfacía, y creía que á él también, pues se habituó á no manifestar ningún deseo que dejase entrever otras regiones que las estrechas y diarias de su existencia cotidiana.

A aquel hogar, que todos los que le observaban consideraban como modelo, y feliz como pocas veces depara el destino á las personas, debía él ahora llevar el torrente de lava que había de convertir la campiña admirada de todos en un desierto.

Cuando llegó á Kiel le esperaban allí cuatro cartas, escritas en aquellos últimos días y en el poco cuidado estilo habitual en Herta. Pero ¿qué fiel inquietud revelaban aquellas sinceras palabras? Debía permanecer allí, si con ello creía restaurar su salud. Esta era la cuestión principal, ante la cual todas las demás debían retroceder. Ella sabía cuánto deseaba volver á casa, y de sus deseos de tenerle junto á ella no había que hablar; pero entre ella y Pasedag habían trabajado de firme, y

seguirían haciéndolo hasta acabar la cosecha que sobrepujaba todas las esperanzas. Sólo le pedía una cosa: que le dijera la verdad sobre su estado, y si realmente estaba enfermo ó creía sólo estarlo, y si creía que su presencia á su lado podía serle útil, telegrafíase al punto, pues lo dejaría todo y correría á su lado.

¿Qué arranques apasionados ni qué desbordantes ternuras hablarían más elocuentemente que aquellas en apariencia concisas y vulgares palabras? Ulrico lo comprendía perfectamente; pero ¿qué sucedería si ahora aceptaba otra vez el yugo, para continuar una vida en que las cosechas y demás asuntos diarios, y su bienestar y el de los niños, desempeñaban el principal papel?

¡No! Prefería vivir en el desierto entre aves de rapiña, mejor que paralizar su espíritu en aquella honesta atmósfera de rígidas virtudes.

Y contestó que no le iba peor que otras veces, y que no había motivo para asustarse. Herta debía permanecer allí, tanto más, cuanto que él mismo no sabía por la noche si al día siguiente se pondría en camino de su casa.

La noche de aquel mismo día partió para Copenhague.

En su estado de alma se había operado entretanto, sin darse él mismo cuenta, una transformación. Ciertamente que no podía pensar en los días de Norderney, sin que le abrumase la melancolía; pero había momentos en que tomaba vivo interés por las cosas y personas que le rodeaban. Su antigua ilusión por viajar por el extranjero, que él creía muerta, renacía; el Thorwaldsenmuseum le parecía un pórtico de Italia ó Grecia. ¡Ah! ¡recorrer aquellos valles, aquellas montañas, aquellas ciudades en compañía de sus clásicos á los que había permanecido fiel! ¡Atravesar aquellos mares, en cuyas islas y costas se representó la *Iliada* y la *Odisea*, de las cuales sabía cantos enteros de memoria! Y su comentario, casi terminado, de la poética de Aristóteles, que debía haber sido su discurso del doctorado. ¡Cómo volvía todo esto á su memoria, cual si en un recinto ce-

rrado se abriese una ventana y se viese de repente una multitud de cosas bellas, durante mucho tiempo tenidas en la oscuridad, en el polvo y en la polilla! ¿Y qué es lo que había operado este prodigio sino el amor de una mujer digna de él? ¡No, no podía volver á sumergirse en el pantano espiritual, del cual la había sacado ella con fuerte mano! ¿Y no volvería á ver aquella á quien era deudora del recuerdo de tan felices días? Quizá ella no era otra cosa que su genio, que se le aparecía para que él se recobrase á sí mismo.

Así debía ser. Él quería primero viajar solo, naturalmente. Herta debía conformarse á la fuerza. Era posible que su pasión por Eleonora fuese ilusoria. Durante sus viajes lo averiguaría. También había de ponerse en claro si sus ambiciosas aspiraciones, cual la que ahora sentía, eran también ilusión, y entonces volvería á su realidad vulgar, como hasta entonces había hecho. O quizá, y esto lo hubiera jurado su pasión, no había de decrecer transportándole siempre á regiones más altas, más puras, más luminosas, y entonces las suyas verían cómo se arreglaban sin él. Ya habían tenido durante su ausencia tiempo para acostumbrarse á vivir solos. Aún podían vivir mucho tiempo sin necesitar de él. Al contrario, sólo después podía ayudarlos, mientras que ahora era sólo un tronco carcomido, pronto á derribarse.

Claro era que nada de esto podía hacerse sin unos días malos, de cruel despedida. Estaba descontento.

Era posible que en este cálculo hubiese mácula, y no fuera sino un pacto entre su nueva pasión y los antiguos hábitos de su existencia. Algunas veces lo creyó así. Pero estaba contento de haber salido de su indecisión y llegado á un resultado positivo. Que la lógica de los hechos se imponga y ponga fin al martirologio de las cavilaciones de una ú otra manera.

Escribió á Herta que estaría aún corto tiempo en Marienlyst, para volver por Stralound ó Stettin. El día y la hora de su llegada lo dejaba á las circunstancias del viaje, con lo que dicho estaba quería evitar todo recibimiento solemne.



## LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO

---

El abogadismo—se dice—es una de nuestras mayores calamidades. Don Nicolás Estévanez, en un ingenioso artículo, sostenía que aquí no puede haber liberales porque todos somos abogados. El insigne Galdós, siempre que en sus novelas quiere ofrecernos el espectáculo de un hombre en lucha con las viejas ideas y supersticiones, escoge un ingeniero. Unamuno profesa á la jurisprudencia un odio cordial. Y Alfredo Calderón, el maestro inolvidable, dedicó á la gente de toga un artículo titulado *La gran plaga*, del cual es el siguiente párrafo:

«Los abogados que nos rigen, los que en la tremenda competencia vital llegan á prevalecer, merced á la afortunada amalgama del reclamo de la política con los éxitos del foro, llevan á la vida pública el genio sofístico de que está impregnado su espíritu. De hombres en tal escuela formados se engendra la gran calamidad de la plana mayor de nuestros partidos políticos, compuesta casi en su totalidad de sacerdotes de Themis. Esos artífices del sofisma defienden en el Parlamento el pro y el contra como en el foro. Adoptan las causas políticas como las causas civiles. Convierten la Administración en un caos ó la ejercen con el sentido rutinario y estadizo inspirado en estudios arcaicos. Dirigen lo que no entienden; gobiernan cosas de las cuales no tienen noticia. Como nada saben, en todo se meten; para todo sirven, y no hay nada que les embarace. Careciendo por su educación de todo sentido de la realidad, cometen mayores desaciertos de los que cometería

en su lugar el hombre menos ilustrado, formado en la sabia disciplina del arroyo. Y cuando llegan á la cúspide, nos ofrecen el espectáculo desolador de esos estadistas egregios, pletóricos á veces de educación libresca, cuya suprema dirección lleva á los pueblos al desastre.»

La aversión á la jurisprudencia se manifiesta en todo tiempo entre los literatos. Petrarca la consideraba como una desgracia: «primero, porque su pura escuela formalista se opone á la corriente ideal de los pensadores; en segundo lugar, porque las normas rígidas de las leyes están reñidas no raras veces con el sentimiento del derecho; y últimamente, porque los jurisperitos usan un lenguaje anticlásico y bárbaro, que ofende los oídos acostumbrados al de los autores clásicos». Este sentido de Petrarca era el de la mayor parte de los humanistas. Ulrico de Hutten acusó á los juristas de empobrecer y devastar la Alemania en unión de los comerciantes y médicos. Y Zasio llegó á decir que merecían castigo los que traducían al alemán la ciencia del derecho romano y la hacían servir para toda clase de juguetes, como si no tuviesen bastante con su necedad propia y quisieran volver necios á los demás.

Sin embargo, abogado, y abogado en ejercicio, con bufete abierto en Stuttgart, era Juan Reuchlin, una de las más grandes figuras del Renacimiento en Alemania. Y según Gebhart, el historiador insigne, lo que prepara en Italia la vía al racionalismo es precisamente el estudio del derecho romano. «Mientras—dice—en París se disputa acerca de Aristóteles, cuyo texto original falta, en Bolonia y en Roma se comenta los monumentos auténticos del derecho escrito. El Papa y el emperador, las relaciones y límites del mundo espiritual y del poder temporal, la monarquía universal y la libertad de las ciudades, tal es el superior objeto sobre que se concentra el esfuerzo científico de Italia. Protegida por los emperadores y sus vicarios, practicada por Inocencio III, estimulada por los Papas legistas de Avignon, cultivada por hombres como Santo Tomás de Cantorbery, la ciencia del derecho romano solicita

la atención de los filósofos, atrayéndolos á su campo y manteniéndolos con su método en la vía racional.»

El estudio científico del derecho romano contribuiría aun hoy no poco á la formación de espíritus prácticos y progresivos. Prácticos, porque era en Roma la jurisprudencia, ejercida, sin ánimo de lucro, por aquellos varones insignes de que nos habla Yhering, magisterio altísimo de experiencia y de razón. Progresivos, porque la evolución admirable del derecho romano, comparable en cierto modo á la del derecho inglés, es el más solemne mentís dado al pretendido afán estadizo y rutinario de los legistas por la historia de uno de los pueblos más grandes de la tierra.

Más, mucho más que la jurisprudencia, son las ciencias nuevas, la biología y la antropología, las que suministran armas á los hombres de reacción, «Si se quiere atribuir al darwinismo—dice Haeckel—una tendencia política, dicha tendencia no podrá ser sino aristocrática, nunca democrática, y menos aún socialista. La teoría de la selección enseña que en la vida de la humanidad, así como en la de las plantas y animales, en todo y siempre, hay una pequeña minoría privilegiada que logra vivir y desarrollarse; la mayoría, por el contrario, sucumbe prematuramente.» Y no sólo es Haeckel quien atribuye al darwinismo un sentido aristocrático. Según Schmitt, la teoría de la descendencia demuestra que las doctrinas socialistas son inaplicables. Ziegler opone la tesis del darwinismo á las de la democracia social.

No ya el socialismo, es todo el movimiento democrático lo que se combate en nombre de la ciencia nueva. Que los hombres nacen libres é iguales en derechos es, según Huxley, una proposición ridícula desde el punto de vista científico. En opinión de Vacher de Lapouge, «la antropología refuta victoriosamente los errores del siglo XVIII, el más anticientífico de todos los siglos, y demuestra que la democracia es el peor régimen para efectuar una buena selección.» Según Otto Amón, el orden social descansa sobre la desigualdad. Paul Bourget, refi-

riendo las enseñanzas de la antropología y la biología al problema concreto de las formas de gobierno, afirma que la solución monárquica es la única científica; que fuera de la aristocracia no hay salvación para las naciones; que el ideal democrático es un conjunto de errores, y que la república es en la jerarquía de los gobiernos lo que el orden de los protozoarios en la serie animal.

Fué un abogado en ejercicio, Enrique Ferri, honra de la ciencia, del Parlamento y del foro italianos, uno de los primeros en negar la pretendida oposición entre el darwinismo y las tendencias democráticas, igualitarias, de la masa, llegando hasta presentar á Marx como un continuador de Darwin y de Spencer en su *Socialismo y ciencia positiva*.

Que hay legistas retóricos, pedantes, de cultura rancia y libresca; practicones rutinarios, despreciables leguleyos, ¿quién lo pone en duda? Mas, ¿qué culpa tienen la jurisprudencia y la abogacía? Un abogado eminente era Valdeck-Rousseau, el estadista insigne, honor de Francia. Un abogado, lo que propiamente se llama un jurisconsulto, es nuestro admirable, portentoso Costa. Abogados notables, como Salmerón, como Pi y Margall, como Azcárate, son la mayor parte de los hombres que representan aquí las ideas modernas. Y si hay en España una Escuela europea, revolucionaria en el alto sentido de la palabra, abierta á todas las corrientes del pensamiento y de la vida, esa Escuela es la de Derecho de la Universidad de Oviedo, donde llegaron á explicar juntos Aramburu, Buylla, Posada, Sela, Altamira, Melquiades Alvarez y el gran *Clarín*, que cuando se ponía á dar consultas lo hacía como pudiera hacerlo Ihering.

\*  
\* \*

¿No es una verdadera ironía de la historia que el fundador de esta Universidad, baluarte en estos últimos tiempos del liberalismo científico español, haya sido nada menos que el Sr. D. Fernando de Valdés y Salas, arzobispo de Sevilla, In-

quisidor general? Lo que este hombre, que hasta en lo físico se parecía á su rey Felipe II, representó en la historia de España, cosa es que nadie ignora. *Rara avis in terra* era un protestante en el siglo xvii, dice Menéndez y Pelayo estudiando los heterodoxos españoles. Debióse ello al celo, al ardor inquisitorial de D. Fernando Valdés. Después de los autos de fe de Valladolid de 21 de Mayo y 8 de Octubre de 1559, y de los de Sevilla de 24 de Septiembre de igual año y 22 de Diciembre de 1560, no era fácil que se aventurase nadie á correr la suerte de D. Carlos de Seso, del Dr. Constantino y de tantos otros como perecieron en la hoguera implacable. Con la Inquisición ¡chitón!

No para execrar la figura del arzobispo Valdés he señalado su carácter de inquisidor y ponderado su entusiasmo profesional. No fueron más humanos los reformadores protestantes, ni han dejado en la historia sus persecuciones y sus odios huella menos sangrienta que la católica Inquisición. Lutero, que para Carlyle fué un héroe, según Heine el primer hombre de la Alemania moderna, sintió también furoros inquisitoriales y predicó más de una vez la cólera y la matanza: «Pegue quien pueda—decía á propósito de la rebelión de los campesinos contra los príncipes y señores.—Al perro rabioso se le mata. Ha pasado el tiempo de la misericordia. Hemos entrado en el de la cólera y de la cuchilla.» Y si hay en la historia de las persecuciones religiosas figuras abominables, execrables, ninguna más que la del feroz Calvino, el verdugo de nuestro gran Servet.

Sólo me proponía apuntar el contraste entre la significación, la representación del fundador de la Universidad de Oviedo, D. Fernando de Valdés y Salas, y la que actualmente ostenta la ilustre escuela en que se halla grabado su escudo. Ni que decir tiene que es muy plausible que hubiese destinado parte de sus cuantiosas rentas á la fundación y sostenimiento de un centro de cultura superior, sometido como todo á las vicisitudes y mudanzas del tiempo.

Hasta los últimos años de la pasada centuria la historia de la Universidad de Oviedo, cuya ceremonia de apertura se verificó el día 21 de Setiembre de 1608, fué la historia triste de nuestra decadencia nacional. Durante todo el siglo xvii, sus cuatro facultades de *Arte*, *Teología*, *Cánones* y *Leyes* vivieron en la más lamentable indigencia espiritual. La facultad de Teología era un laberinto de sistemas, un hervidero de disputas teológicas entre dominicos, franciscanos, benedictinos y jesuítas. Los primeros eran partidarios de Santo Tomás; los segundos sostenían la doctrina de Escoto; seguían los jesuítas á Suárez, y los benedictinos armonizaban en un sistema eclesiástico las diferentes doctrinas de Santo Tomás, San Anselmo y San Agustín. Los alumnos formaban en los bandos de sus respectivos profesores, y las más estériles controversias, origen á veces de enconados odios, llenaban la vida de las aulas. La facultad de Cánones era también un semillero de vanas contiendas. «Entró en ella—dice el erudito Sr. Canella—el método pernicioso de la Teología, alambicando el pensamiento, oscureciendo las ideas y explicándolo todo en vista de ulteriores fines. Comparando y comentando Cánones y llevando la argumentación silogística á su explicación y refutación, se llegó á los mayores absurdos.» No era más satisfactorio el estado de la facultad de *Leyes*, que participó, como era inevitable, de los extravíos de las otras. En cuanto á la de Artes, véase lo que dice el citado Sr. Canella—hoy rector de la Universidad—respecto á sus estudios: «Considerados como preparatorios para las Facultades mayores, estuvieron poco adelantados y en escasa consideración, porque se aspiraba á ser teólogo, jurista, etc., pero difícilmente filósofo y matemático. Por otra parte, algunos de ellos, que hoy forman parte de la segunda enseñanza, eran de gran cuidado en época recelosa; nadie entraba de lleno en materia expuesta á tristes peripecias, y pocos tenían valor para arrostrar consecuencias graves.» Añádase á todo esto una vida económica difícil, á veces verdaderamente angustiosa, porque los albaceas de D. Fernando Valdés,

que durante muchos años se opusieron á la erección de la Universidad, así como la familia del arzobispo, que quería para sí las pingües rentas, mermaron no poco el capital de la fundación, y se tendrá idea de lo que fué en su primer siglo de existencia la escuela de la capital de Asturias.

No fueron mucho mejor las cosas durante la primera mitad del siglo XVIII, aunque el rey Felipe V, cuyo partido siguiera la Universidad al estallar la guerra de sucesión al trono, vacante por fallecimiento de Carlos II, le otorgó algunos favores. Sólo á medida que la centuria avanza se advierten marcados progresos. El gran Feijóo, como un siglo después el genial *Clarín*, lanza al surco estéril de la nación la semilla fecunda de sus ideas revolucionarias. La obra de cultura, de levantamiento de la patria, iniciada por los insignes ministros de Carlos III, repercutió, como no podía menos, en la Universidad ovetense. El asturiano Campomanes la protegió con decidido empeño desde los puestos más altos de la nación, á que llegó por sus grandes merecimientos. La recién fundada Sociedad Económica de Amigos del País, á la cual tanto debe la cultura de Asturias, puso á disposición de la Universidad sus medios. El insigne Jovellanos prodigó sus consejos sabios y otorgó los favores de su influencia cuando pudo. Aunque incompleta, se creó, por iniciativa del obispo González Pisor, una facultad de Medicina. Y al calor de la actividad universitaria se fundaron academias que interesaron á la opinión pública en los problemas de la ciencia y de la enseñanza.

Durante todo el siglo XIX siguió la Universidad las vicisitudes de la accidentada política española, levantándose á cada esfuerzo de la nación por levantarse y redimirse, cayendo cada vez que la reacción triunfaba. En los primeros años perdió la facultad de Medicina. Vino luego la serie de reformas generales iniciadas por D. Pedro José Pidal en 1845 y que no han cesado hasta el momento presente. A tenor de ellas cambió el cuadro de enseñanzas de la Universidad. En 1845 conservó los estudios de Filosofía, Jurisprudencia (leyes y cánones) y Teo-

logía. Perdió estos últimos en 1852 y los recuperó en 1857, cuando cambió los de Filosofía por los llamados de Filosofía y Letras y de Ciencias, que desaparecieron en seguida. En 1867 quedó la Universidad reducida á una mera escuela de Derecho civil, que unió al canónico en 1868. Y en 1895 se creó, aunque incompleta, una facultad de Ciencias.

No tiene, pues, la Universidad de Oviedo una ejecutoria gloriosa como las grandes Universidades europeas ni como las españolas de Salamanca y de Alcalá, famosas en la historia de la cultura patria y en la historia universal de la civilización. Fundada en una época de decadencia, cuando ya la nación era una ruina, fué hasta nuestro tiempo reflejo fiel del estado general del país. Mas no por eso dejó de prestar positivos servicios á la cultura de Asturias, donde antes de la fundación del arzobispo Valdés no existía ningún centro de enseñanza superior. A ella acudían á graduarse de licenciados y doctores infinidad de asturianos que, á falta de la Universidad provincial, no habrían podido desarrollar las nativas aptitudes. En ella repercutieron siempre, con intensidad mayor ó menor, los acontecimientos importantes de la vida nacional, siendo por ella entusiásticamente secundado todo empeño generoso de regeneración del país. Y á ella pertenecieron, en ella enseñaron ó de ella salieron asturianos que han dejado en la historia de España nombre preclaro: Campomanes, Jovellanos, Martínez Marina, el *divino* Argüelles, Flórez Estrada...

\*  
\* \*

Es en los últimos años del siglo XIX cuando la Universidad de Oviedo, reducida á una simple escuela de Derecho, adquiere relieve verdaderamente extraordinario. De un salto se pone á la cabeza de la cultura de la nación. En sus aulas se hace por primera vez, después de la decadencia oprobiosa, labor científica alta, desinteresada y fecunda. Abrese á las corrientes de la civilización europea y orienta á la juventud por los nuevos



derroteros de la vida. Sale de su recinto, busca el corazón del pueblo y se empeña generosamente en hacer patria. Es la Universidad moderna, la Universidad liberal, la Universidad innovadora, revolucionaria, cultivadora de la ciencia y del derecho nuevos; la Universidad que, si no merece el nombre de Atenas española que le ha dado más de un cursi escritor americano, si no es tampoco la Covadonga de nuestra reconquista espiritual, como ha dicho más de un cursi escritor español, representa cuando menos el único esfuerzo serio hecho aquí por un centro de enseñanza para levantar á la nación, redimiéndola de una secular incultura, causa y origen de una miseria secular.

La transformación va unida á un nombre inmortal: el del genial *Clarín*. Se sabe en España mal lo que era como escritor este hombre extraordinario; no se sabe una palabra de lo que era como pensador y como pedagogo. Sólo los que hemos tenido la fortuna inmensa de asistir á su cátedra pudimos apreciar cuáles eran sus dotes de maestro. Un maestro era ante todo y sobre todo, fundamentalmente; un maestro tan grande por su ciencia como por su ternura, tan grande por su mente altísima de pensador como por su ingenuo y bondadoso corazón de niño. No era un maestro, era el Maestro; era Maestro todo él; era toda su persona en la función augusta de encender la luz del ideal en el alma del adolescente, de despertar en su corazón los primeros sentimientos hondos, de marcar las sagradas frentes juveniles con los surcos primeros del pensamiento. Era maestro todo él: con su cerebro agudo, fértil, de una sagacidad admirable; con su corazón pródigo; con su palabra nerviosa; con sus profundos ojos azules; con sus manos finas, aristocráticas, que cuando cogían un libro parecía que tocaban una flor. No era un maestro; era el Maestro. Lo enseñaba todo y no enseñaba nada. Debía explicar Filosofía del Derecho y explicaba Geografía, Religión y Gramática. En vez de hablar del concepto del Derecho, hablaba de Cristo. Hacía él lo que no hacían los padres en casa, los maestros en

E. M.—*Octubre 1908.*

la escuela y los profesores en el Instituto. Lo era todo: filósofo, maestro de instrucción primaria y encargado de los alumnos. De ahí el influjo enorme ejercido por aquella cátedra involvidable en todos los que tuvieron la suerte de pasar por ella. Lo que en ella se ofrecía á las juveniles ansias era la esencia de la civilización. Una función sagrada se verificaba en ella todos los días, una función mística, de desfloramiento espiritual; los que en ella entraban niños salían de ella hombres, iniciado el corazón en los grandes dolores y en las supremas tristezas.

Nada menos que eso era la cátedra de *Clarín*. No habrá habido otro Maestro más maestro. De ahí, repito, el influjo enorme por él ejercido con sus alumnos todos. Los hay ya hombres que se ganan la vida desempeñando las funciones más prosaicas, en las tareas más embrutecedoras, en pueblos remotos por donde aún tardará muchos años en pasar el tren. Si el azar os lleva á uno de ellos y tropezáis en el casino con uno de esos antiguos estudiantes, y salís con él á dar un paseo después que termine la partida de tresillo ó de mus y charláis de varias cosas, dejando á la conversación rienda suelta, no tardaréis en reconocer al discípulo de *Clarín*. Tal es la huella que dejó impresa en las almas el gran pedagogo, á quien yo he visto llorar en clase cuando murió Sanz y Forés, aquel obispo sencillo y bueno, de imborrable memoria en Asturias.

Fuera de la Universidad, la intervención de *Clarín* en las diferentes manifestaciones de la vida de la región evoca los más hermosos apostolados. Explicaba conferencias en las sociedades sabias y de recreo; predicaba á los obreros el evangelio del amor y de la paz y hablaba en los «meetings» políticos. Recuerdo una conferencia suya en el Círculo Mercantil de Gijón. Era en la época de fiebre de negocios de la industriosa villa, poco antes de la gran huelga. No se hablaba en Gijón más que de valores, de fábricas, de dinero contante y sonante. El agio y la especulación hicieron de las suyas, preparando días de ruina y decadencia. Y *Clarín*, llamado por industriales,

por hombres de negocios, tal vez para que entonase un himno al progreso material de los pueblos, tuvo la sinceridad y el valor de señalar el peligro, y concluyó pronunciando esta frase: «Menos Beocia y más Atenas.» Es aquello de Ruskin diciendo á los industriales ingleses: «El país entero es un jardincillo no más que suficiente para que nuestros hijos corran por el césped, si los dejáis correr por él. Y este jardincillo lo estáis convirtiendo en un alto horno y lo llenaréis de montones de ceniza, si es posible. Si no vosotros, vuestros hijos sufrirán por ello, pues hay hadas de los altos hornos, como las hay de los bosques, y mientras sus primeros dones semejan agudas saetas de valientes, los últimos semejan brasas de enebro.» Y es también lo de Spencer cuando, en un banquete que le ofrecieron sus admiradores de Nueva York, dijo que el sentido americano de la vida era tolerable como tarea preliminar de una cultura, como carácter provisional de una civilización, pero que urgía ya rectificarlo, puesto que tendía á convertir el trabajo utilitario en fin y supremo objeto de la existencia, cuando no era más que un medio para el armonioso desenvolvimiento del sér humano.» Como Ruskin y como Spencer, era el insigne Maestro una gran autoridad social. Por él comenzó la Universidad á intervenir en las contiendas entre el capital y el trabajo. Cuando la gran huelga de Gijón de 1900, obreros y patronos pusieron en sus manos la solución del conflicto, que revistió caracteres de gravedad extraordinaria, y si bien no pudo el Maestro ilustre, por intransigencia de unos y de otros, llevar á las partes á favorable acuerdo, no por eso deja de tener el hecho una significación altísima.

Con el inolvidable *Clarín* trabajaba en la Universidad un grupo de hombres beneméritos: Posada, el eminente maestro de Derecho público, profesor de Derecho político; Buylla, economista y sociólogo; Aramburu, profesor de Derecho penal, uno de los hombres más cultos y una de las palabras más hermosas de España; Sela, Melquiades Alvarez, y últimamente Altamira, el ilustre historiador de la civilización española. A

la actividad infatigable de este núcleo se debieron las diferentes obras en que la Universidad puso, fuera de las aulas, su empeño regenerador. En 1895, por iniciativa de Posada, Sela y Buylla, se creó, según el modelo de los seminarios alemanes, la *Escuela práctica de estudios jurídicos y sociales*, á fin de iniciar á los alumnos distinguidos en los trabajos de investigación científica que en las cátedras no era posible realizar. Puedo asegurar, por haber pertenecido á sus diferentes secciones, que en dicha escuela se hacía muy interesante labor; y me consta que sirvió muy eficazmente para poner en íntimo contacto á profesores y alumnos, borrando antiguas ridículas distancias, y haciendo de unos y otros fraternales compañeros de trabajo. En 1898, por iniciativa de Altamira, se fundó la *Extensión universitaria*, que llevó, y sigue llevando, la voz de la cultura á los pueblos más apartados de la provincia y á diferentes poblaciones del Norte de España. Inauguráronse más tarde clases populares para obreros, que tal vez lleguen á constituir en lo futuro una Universidad popular. Y puede decirse que han arraigado las *Colonias escolares de vacaciones*, noble institución que data en Oviedo de 1895.

No cabe hablar en un trabajo de la índole del presente de todas estas varias instituciones, de cuyos progresos dan idea los *Anales* que la Universidad publica. Ellas constituyen, con la labor puramente universitaria, uno de los esfuerzos más serios hechos aquí para levantar á la nación, redimiéndola de la incultura y de la miseria. Por ellas llegó la Universidad al corazón del pueblo, produciendo en Asturias un ambiente que se echa de menos en no pocas regiones de España.

\*  
\* \*

Tal es la representación actual de la Universidad que va á celebrar el tercer centenario de su fundación. Es, repito, la Universidad liberal, la Universidad moderna, abierta á todas las corrientes del pensamiento y de la vida. Débele la juven-

---

tud asturiana el haberla guiado por los nuevos derroteros de la civilización. Débele España gratitud por su empeño noble de elevar el nivel de la cultura nacional.

No significan las próximas fiestas conmemoración de glorias que no existieron ni podían existir. Pero sí pueden tener una significación muy simpática: la del cariño que Asturias siente por su primer centro de enseñanza, que algo llegó á ser, no ya en España, sino en el mundo, cuando tantas representaciones extranjeras se disponen á acudir á las solemnidades del Centenario.

ALVARO DE ALBORNOZ

Oviedo, Septiembre de 1908.

## CRÓNICA LITERARIA

---

La novela del toreo: *Sangre y arena*, por Vicente Blasco Ibáñez.  
Madrid, 1908.

Para acabar de pasar revista á la reciente producción novelística española, quiero decir, á la media docena de obras que sobrenadan en ella, sólo tendría que añadir á los libros de que he hablado en Crónicas anteriores una obra de un gran novelista y cuatro ó cinco libros de novelistas menores.

Blasco Ibáñez es el gran novelista á quien me refiero. Su libro, *Sangre y arena*. Blasco Ibáñez es hoy uno de los novelistas que tienen más lectores en España. El público de la novela se forma á fuerza de insistir, á menos que de buenas á primeras se acierte á escribir una obra excepcional, caso rarísimo. Blasco Ibáñez tiene ya una extensa colección de novelas. Las que ha escrito siendo ya famoso, hallándose en plena posesión del renombre literario, han hecho leer las primeras, que no salieron de un limitado círculo local al tiempo de la aparición. Sin embargo, hay entre ellas libros excelentes, como *Arroz y tartana* y *Flor de Mayo*. A mi juicio, las cualidades literarias de Blasco Ibáñez han variado poco, pero su horizonte se ha ensanchado. Empezó siendo un novelista regional, un Pereda valenciano, sin el clásico estilo del autor de *Peñas arriba*, pero con más colorido y mayor fuerza dramática, y al mismo tiempo menos local dentro de lo local. Después ha paseado su inspiración por muchas ciudades españolas y muy varios asuntos. Nos ha hecho, ó ha intentado hacer, la novela de Bilbao, la de

Toledo, la de Jerez, la de los suburbios de Madrid. En la mayor parte de estas obras, la pintura de medios, de costumbres, de estados ó fenómenos sociales se sobrepone á la de los individuos, de sus conflictos pasionales y de su espontaneidad psíquica. De ahí deduzco dos cosas: primero, que el carácter de escritor local de Blasco Ibáñez ha subsistido después de haber dejado de ser un novelador puramente de costumbres y tipos valencianos, aunque haya variado de escenarios y de residencia á medida que peregrinaban por diferentes poblaciones de España los argumentos de sus novelas; segundo, que Blasco Ibáñez es en arte un novelador socialista, de multitudes, de conjuntos sociales, de medios.

Blasco Ibáñez ha sido uno de los escritores españoles más influídos por Zola, por el Zola de los *Rougon Macquart* en sus primeras novelas; por el Zola decadente, aunque perfeccionado en la técnica, de las *Trois Villes*, y de los *Evangelios*, en obras más recientes, como *La Catedral*. ¿Es efecto del naturalismo ese predominio del medio en las novelas de Blasco Ibáñez? ¿Es un residuo espiritual de su carrera de agitador popular que le hace ver como lo más interesante de los asuntos el aspecto colectivo, lo que determina la condición y género de vida de las masas, ó bien de una clase ó un grupo de hombres? ¿Depende de ser Blasco Ibáñez, más que un psicólogo, un pintor de lo sensible? Todo ello puede contribuir: antecedentes literarios, ideas políticas, aptitudes artísticas predominantes. El hecho es que, así como en los *Rougon Macquart* (al menos en su pensamiento original) el principio de la herencia es lo que domina, en las novelas de Blasco Ibáñez es la influencia del medio. Los conflictos, las pasiones, los caracteres, los incidentes de la fábula se dan en una estrecha relación con el medio, determinados ó dominados por éste.

En *Sangre y arena* también prepondera el medio, el escenario, el ambiente de las costumbres. Pero aquí no se trata principalmente de un medio regional ó ciudadano, de un medio local. Hay, en verdad, descripciones de costumbres loca-

les (las cofradías en Sevilla, la vida del cortijo andaluz, el episodio del bandolerismo, la existencia solitaria y montaraz del pastor de reses bravas). El medio es principalmente un medio social, de costumbres, de clase, es el mundo de la torería.

*Sangre y arena* es la novela de los toros. Este asunto, tan pintoresco y tan castizo, no tenía hasta ahora adecuada representación en nuestra novela moderna. Se habían escrito por algunos novelistas de segundo orden, como Arturo Reyes y Héctor Abreu, novelas del toreo; pero ni estas obras eran, á decir verdad, de un mérito extraordinario, ni tan completas en la descripción de la vida del torero, desde sus principios, oscuros y picarescos, hasta la época triunfal de la conquista de la fama, como el libro de Blasco Ibáñez. El hecho es que el torero, su psicología, su profesión, su popularidad ocupan en la novela contemporánea un lugar secundario. Figuran en ella generalmente como uno de tantos elementos descriptivos. Sin embargo, este aspecto de las costumbres no es tan insignificante. La afición á los toros y la idolatría por los toreros ha contribuído á propagar y conservar el flamenquismo. Ha sido uno de los factores que han contribuído á formar el tipo del señorito chulo, ya en visible decadencia, sustituído casi por los hombres de los *deportes* europeos. Acaso el asunto no tentó más á los novelistas, porque no veían en él más que una materia descriptiva, de brillante exterioridad propensa al colorismo. Pero es indudable que el toreo interesa mucho más á gran porción de gente que otros aspectos de las costumbres nacionales que han dado asunto á las novelas, y no sólo interesa á muchos, sino que ofrece sobrada materia á la novela de costumbres, puesto que hay en ese mundo especial de la torería, tipos propios y característicos, hábitos especiales, hasta un lenguaje ó jerga peculiar, y sobre todo una influencia social y estética, que puede considerarse en conjunto malsana, pero que es un hecho positivo é innegable. El mundo de los teatros, la vida de entre bastidores, ó bien en otra esfera, el mundo de los negocios, y las especulaciones bursátiles que



inspiró á Zola *L'Argent*, no son en realidad asuntos más novelescos que la torería. Si Zola hubiera sido español, alguno de sus Rougon de seguro fuera torero. No faltaría esta novela en la galería de sus obras.

\*  
\* \*

Blasco Ibáñez ha tenido el acierto de ver este asunto y de desarrollarle artísticamente, sin que para ello haya necesitado acordarse de que ya se había escrito alguna que otra novela acerca del torero. Los toros no son ciertamente un asunto oculto, cuyo rastro hay que perseguir entre los precedentes literarios. *Sangre y arena* está pensada y escrita como á mi parecer debe concebirse y escribirse la novela de la torería, como una novela de costumbres, como una novela principalmente descriptiva. Su asunto es eso: un aspecto ó una zona especial de las costumbres. Ni los caracteres ni la fábula ofrecen nada de extraordinario. De donde dimana el interés de la novela es de la pintura de un género de vida, de una esfera social, de una clase particular de gentes. Blasco Ibáñez, dadas sus facultades, tenía que sacar mucho partido de tal asunto, y efectivamente, lo ha sacado. Y no sólo en aquellas escenas pintorescas, como las descripciones de las corridas de toros, la procesión de los pasos en Sevilla, etc., que tanto se prestan á que las avalore la brillantez y el colorido extraordinario del estilo de Blasco, sino también en la cabal pintura y apreciación de los personajes. A juzgar por lo que ha dicho un técnico en la materia (el revistero de toros de un periódico de Madrid: *El Mundo*), Blasco Ibáñez se ha inspirado en la realidad: ha oído historias y anécdotas de toreros y aficionados, se ha enterado de particularidades del oficio. No le habrá sido difícil documentarse cumplidamente. Que haya incurrido en algún error tauromáquico (y yo no sé si habrá incurrido, porque no soy aficionado á la fiesta de toros, ni entiendo de ella), es cosa sin importancia. Una novela de toros no necesita ni debe ser un

tratado de toreo. La documentación no tiene otro fin que el de dar verosimilitud á las descripciones.

Si tal título no fuese empachoso é impropio de una novela, Blasco Ibáñez hubiera podido titular la suya *Grandezas y miserias de la torería*, siguiendo el ejemplo de Alfredo de Vigny en su libro sobre la profesión militar (*Servitude et grandeur militaires*). En efecto; Blasco nos presenta la vida completa de su héroe, desde los principios trabajosos y humildes, principios de hampa, de hambre, de desprecios, de capeas en los pueblos, hasta el triunfo con todos sus halagos de admiración popular, de paga espléndida, de riqueza, de favores femeninos. Para que el cuadro sea completo, nos presenta también la decadencia del matador: la época en que, habiendo conseguido ya dinero y renombre, ama la vida y no siente los impulsos temerarios de los días de lucha en que se piensa que más cornadas da el hambre, según la frase de un clásico del toreo. El triunfo y el bienestar suelen hacer conservadores á los hombres, y de esta regla no se eximen ni los mismos toreros, á cuya profesión parece ir unido un deber de guapeza y valentía. Por último, el novelista nos hace asistir á la muerte del espada en plena plaza, muerte de gladiador, que eso es el torero, un gladiador ó beluario moderno.

Aunque *Sangre y arena* abarca, como he dicho, toda la vida del matador, el novelista no ha adoptado la forma serial y cronológica de las antiguas novelas biográficas ó autobiográficas, tipo común entre las picarescas. Esta forma, que se adaptaba bien á la novela narrativa, está hoy casi abandonada, porque no encaja en el tipo más común de la novela moderna, que es de estructura dramática, abundante en diálogos y en que el narrador procura eclipsarse detrás de los personajes. Blasco Ibáñez, para presentarnos la vida de Juan Gallardo, el héroe de su novela, ha ideado un argumento ó asunto central, los amores del torero con Doña Sol, una gran señora caprichosa y extravagante, que tiene una pasajera debilidad por el espada. Este, con la fatuidad propia de los hombres halagados por la

fortuna, y especialmente de los que sobresalen en los ejercicios físicos, que produceu como una exaltación de la personalidad y fomentan la confianza en sí mismo, cree que aquellos amores van á ser eternos ó constantes; pero á Doña Sol, como era natural, se le pasa pronto el capricho. Para ella ha sido aquella aventura cuestión de ambiente, una tentación de lo pintoresco, una emboscada del color local, una borrachera del sol ardiente de Sevilla y del entusiasmo contagioso de la plaza. Mas para Gallardo aquello es el amor, el amor único que pasa por la vida como un fantasma de la felicidad. Cuando Doña Sol se aleja, el torero queda desalentado, es otro hombre; parece que la duquesa rubia, la maga de amor que le abrió un día los brazos, se ha llevado su energía, su atrevimiento y su fortuna. Una cogida grave en la plaza de Sevilla le amedrenta y le quita facultades. La plebe, irritada con él porque le ve alternar de continuo con señoritos y ricachos, y cree que desprecia á los pobres, que formaron sus primeros públicos entusiastas, su partido taurino, le insulta y le denosta en las corridas. Cuando el torero quiere recobrar su comprometida fama y lucirse ante Doña Sol en la plaza de Madrid, encuentra la muerte en la arena. La acción es sencilla, como se ve. Es el esqueleto ó armazón de las descripciones. Con otra acción distinta podría haber escrito Blasco Ibáñez una novela que se diferenciase muy poco de *Sangre y arena*, que fuese otra versión de *Sangre y arena* idéntica en todo lo esencial. El argumento es secundario en esta obra. Es lo que enlaza y da trabazón á sus diferentes partes. Los numerosos episodios de la novela hacen que esta acción pareza frondosa y llene cumplidamente las 400 páginas del libro.

Lo mejor de *Sangre y arena* no es esa acción que no tiene originalidad, ni necesita tenerla, puesto que el papel que desempeña es el de andamiaje del edificio descriptivo, ó sea del estudio de costumbres y de la brillante pintura de las escenas del toreo. El caso de una granseñora frívola y liviana, que siente un capricho pasajero por un hombre de condición inferior y luego

se aparta de él, se repite hasta lo infinito en las obras de imaginación. Hay que reconocer, no obstante, que Blasco Ibáñez, una de cuyas cualidades como novelista es la discreción, el sentido de la medida, ha sabido dar las proporciones que suele tener al capricho de una gran dama por un torero. Este lance capital del argumento está concebido con penetración psicológica. Es la solución más probable, dada la naturaleza de los personajes.

En *Sangre y arena* lo más notable son las descripciones, que tienen un color y una vida extraordinarios. Blasco Ibáñez, siendo como es un maravilloso pintor de lo sensible, tenía un magnífico asunto en una fiesta como la de toros, que es una orgía de color y de movimiento, un espléndido espectáculo de barbarie artística y bella. Las descripciones de las corridas, de las capillas de las plazas, de la calle de Alcalá en día de toros, son páginas en que la prosa toma relieve pictórico, parece convertirse en color y dibujo y cuajarse en imágenes visuales. Los personajes, desde el protagonista hasta las figuras secundarias, como el bárbaro picador *Potaje*, el bandolero *Plumitas* (que parece inspirado en el *Vivillo*), el apoderado don José, los aficionados idólatras de Gallardo, su cuñado el tala-bartero y otros muchos, tienen una verdad y una vida insuperables. Entre esas personas novelescas de segunda fila sobresale el banderillero *El Nacional*, un tipo muy gracioso de libre-pensador, sin discernimiento ni letras, al mismo tiempo hombre honrado y bueno á carta cabal, cuyo aspecto satírico es una muestra de la independencia é imparcialidad de Blasco Ibáñez cuando está verdaderamente poseído de la inspiración artística, cuando es novelista y nada más que novelista. Blasco, que es un escritor natural, poco amigo de alambicamientos, que ve claro en las cosas y describe con claridad lo observado, ha sabido pintar de un modo magistral estos varios tipos y estas almas poco complicadas. Las figuras femeninas me parecen inferiores; son algo más opacas, incluso la misma Doña Sol. Con todo, los tipos de la madre y la esposa del torero están

vistos y retratados con sagacidad. Pero en *Sangre y arena* la mujer ocupa un lugar subalterno.

Tiene la novela de Blasco Ibáñez, como es frecuente en las obras de este escritor, sus correspondientes filosofías intercaladas en el texto: la filosofía del doctor Ruiz sobre el toreo, considerado como un espectáculo que ha venido á sustituir ventajosamente á los autos de fe, dando suficiente pasto á la ferocidad del pueblo; la filosofía del bandido *Plumitas*, que se lamenta de haber nacido tarde, de no haber visto la luz en tiempos en que un aventurero valiente podía labrarse un brillante porvenir en las recién descubiertas Indias (como si entonces no hubiese habido también y en abundancia malhechores que se contentaban con robar por los caminos), me parecen medianas paradojas, escritas en buen estilo, pero nada originales ni convincentes. Blasco Ibáñez, filosofando ó cultivando la paradoja, me convence mucho menos que novelando. Es más artista que pensador.

Contra *Sangre y arena* se ha formulado una acusación de plagio. Como he tratado con alguna extensión de dicho punto en otro lugar, me creo dispensado de volver sobre él en esta Crónica. El alegato del Sr. Héctor Abreu, que pretendía que la novela del Sr. Blasco Ibáñez estaba inspirada en las suyas, *El espada y Niño bonito*, ó que por lo menos presentaba grandes coincidencias con ellas, no ha tenido fortuna. Las pruebas que le acompañaban eran tales, que por sí solas bastaban para sentenciar el pleito en contra del demandante, sin necesidad de oír defensa alguna. Y este incidente ha servido para demostrar que hay mucha gente que no tiene exacta idea de lo que es el plagio en literatura, aunque haya mucha también que acoge con maligno regocijo cualquier imputación de esta clase.

Sin llegar á la altura de *Cañas y barro*, *Sangre y arena* me parece una de las mejores novelas de Blasco Ibáñez. Por su asunto y por su feliz ejecución es libro que seguramente pasará la frontera.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—ECONOMÍA POLÍTICA: Las fuentes de la riqueza, según Ruskin.—COSTUMBRÉS: Las recitaciones poéticas.—CRÍTICA: Rubén Darío y Vargas Vila.—LITERATURA: Zola, por su correspondencia.—PSIQUIATRÍA: Los tipos endofásicos.—IMPRESIONES Y NOTAS: Whistleriana.—La obsesión de la mirada.

## ECONOMÍA POLÍTICA

LAS FUENTES DE LA RIQUEZA, SEGÚN RUSKIN.—El libro *Unto this last*, de Ruskin, ha sido el primero de este autor que ha leído E. Papini, gracias á una traducción italiana de su amigo Juan Amendola, pues sin esa circunstancia no se le hubiera ocurrido leer nada del genial escritor inglés, por el que sentía profundísima antipatía, estimando su producción, sin otros datos que algunos párrafos sueltos citados aquí y allá, como propia de un hombre presumido, siempre montado en su trípode sibilino en posición de cicerone esteta con voz de bajo profundo. La lectura de *Unto this last* le ha hecho cambiar radicalmente de opinión, mostrándose en *Il Rinnovamento* públicamente arrepentido de su ignorancia, y declarando que la lectura de Ruskin hace bien al alma, y llega en ciertos momentos á conmover, á pesar de la trivialidad de la materia.

Porque no se trata, en efecto, de un libro de estética ni de historia del arte, sino de economía política; pero no como la entienden los economistas y sale destilada de los laboratorios universitarios, sino como la puede comprender un hombre de corazón. Ruskin critica el concepto corriente de la economía, revolviéndose principalmente contra Start Mill y Ricardo, y

también, aunque Papini no lo cite, contra Darwin y su famosa teoría de la lucha por la existencia, clave de toda la historia individual y social. Lo que ante todo echa en cara Ruskin á los economistas, es el no tener en cuenta los *afectos* del hombre ó sólo atender á los afectos egoístas y anticristianos, sin pensar en el alma ni en las razones morales y sentimentales de los actos humanos. En una casa no hay más que un mendrugo de pan, y la madre y los hijos se mueren de hambre; si lo come la madre, los hijos perecen, y si lo comen los hijos, la madre tendrá que ir hambrienta á su trabajo; según las teorías materialistas, la lucha se entablará entre los hijos y la madre, y ésta, como más fuerte, vencerá y se comerá el mendrugo; pero, lejos de ser así, los afectos intervienen, y el conflicto se resuelve sin lucha ó mediante una lucha de abnegación en que todos quieren sacrificarse por los demás. ¿No hay mil ejemplos de que así, y no de otro modo, es como pasan las cosas? ¿Por qué ese empeño en mantener como axioma indiscutible el *homo homini lupus* con todas sus consecuencias? En el hombre hay instintos bajos, pasiones malsanas, tendencias brutales, egoístas; pero hay también ideas nobles, sentimientos elevados, afectos generosos y altruistas, que no pueden ni deben desconocerse, y que deben siempre ser tenidos en cuenta en todo análisis de los actos humanos, si no se quiere correr el riesgo de falsear los hechos.

Ruskin, con su espíritu sutil, ha hecho un verdadero descubrimiento: el de que la riqueza depende de la pobreza. La fuerza de la guinea que tenía en el bolsillo, depende totalmente de la falta de otra guinea en el bolsillo del vecino; si él no la necesitase, vuestra guinea no serviría para nada, y el arte de hacerse rico consiste sencillamente en mantener en la pobreza á vuestro vecino. «Suponed que nadie necesita nada, y que por lo mismo no es posible encontrar ningún criado; el rico tendrá que amasar y cocer su pan, coser sus vestidos y labrar sus tierras; su oro tendrá para él la misma utilidad que cualquiera otra piedra amarilla que se encuentre en sus tierras;

sus provisiones tendrán que pudrirse porque no puede consumirlas él solo; y como no será capaz de mantener en buen estado su palacio ni cultivar sus campos, acabará por contentarse con su parte de cabaña y de huerto de hombre pobre», aunque pueda llamar suyos los campos abandonados, los palacios ruinosos y los sacos de oro apilados en el régimen anterior.

La moderna economía, y la antigua también, sólo enseñan el arte de hacerse rico, y en eso estriba su indignidad. «El medio que se empleaba para enriquecerse en la Edad Media era el de envenenar á los ricos; el medio que se emplea hoy es adulterar los alimentos de los que poseen poco.» Pero la riqueza mercantil no es la verdadera riqueza; la verdadera riqueza son los hombres mismos. «No hay más riqueza que la vida, con todos sus poderes de amor, de goce y de admiración; el país más rico es el que contiene mayor número de seres humanos, nobles y felices; el hombre más rico es el que, habiendo perfeccionado en el más alto grado las funciones de su vida, ejercita la más amplia influencia socorredora, personalmente, ó mediante sus bienes, en la vida de los demás.»

«La verdadera ciencia de la economía política—sigue diciendo Ruskin—es la que enseña á las naciones á desear las cosas que conducen á la vida y á trabajar por ella, enseñando á despreciar y á destruir las que conducen á la destrucción. Si en el estado de infancia se suponía que cosas indiferentes como los pedazos de piedra turquí ó roja tenían valor y consumían gran cantidad de trabajo, que debe emplearse en alargar y ennoblecer la vida; y si se pensaba que cosas preciosas y beneficiosas, como el aire, la luz y la limpieza, carecen de valor; ó bien, se imaginaba que las condiciones de su existencia, con las cuales únicamente es de veras posible poseer ó usar cualquier cosa, la confianza, el amor puedan enajenarse sin peligro; si los mercados ofrecen la ocasión, por oro, hierro ó excrecencias de conchas, la grande y única ciencia de la economía política les enseña en todos estos casos qué cosa es vanidad y qué cosa



es sustancia.» «La riqueza en dinero no es la verdadera riqueza; no os cuidéis de ningún modo de ganar mucho dinero, sino de sacar el mayor partido del que tenéis, recordando siempre el grande, palpable é inevitable hecho de que lo que una persona tiene no puede tenerlo otra; y que todo átomo de cualquier género que sea, usado ó consumido, es otro tanto de vida humana gastada.»

No quiere Ruskin suprimir por eso la riqueza, sino ennoblecirla; ni acabar con los mercaderes, sino idealizarlos. Si la riqueza significa poder, no por eso el oro es la única forma de potencia, y en el poder moral, por lo mismo que es inexcrutable é inmedible, «se halla implícito un valor monetario tan real como el representado por la moneda más palpable: una mano de hombre puede estar llena de oro invisible». Aun desde el punto de vista de lo útil, tiene su valor el desinterés; y cuando se comprenda lo que es verdaderamente el comercio y se pueda practicarlo, no ya movidos por el egoísmo, sino por el amor á los hombres, se verá que «en el verdadero comercio, como en el verdadero predicar ó en el verdadero combatir, es necesario admitir la idea de una pérdida voluntaria accidental, pues el mercado puede tener, como el púlpito, sus mártires, y el comercio sus heroísmos, como la guerra.» Ruskin quiere que el comerciante sea más moral, más cristiano, más noble; tiene el deber de proveer á sus conciudadanos como el soldado el de defenderlos, y antes que consentir en adulteraciones y sobreprecios injustos, debe soportar las calamidades resultantes de la escasez ó del trabajo, pensando en que los pobres no sólo tienen derecho al pan y á la carne, sino á la educación y al saber. Encarándose luego con los pobres, les dice: «¡La carne! Acaso pueda sostenerse vuestro derecho á reclamarla; pero hay otros derechos que deben sostenerse antes; reclamad las migajas de la mesa, si queréis, pero reclamadlas como hijos, no como perros; proclamad vuestro derecho á ser alimentados, pero proclamad con más fuerza vuestro derecho á ser santos, puros y perfectos.»

Ruskin combate el igualitarismo: «Las riquezas son una forma de fuerza, y el hombre fuerte no hace mal á los demás manteniendo su propia fuerza, sino usándola de modo ofensivo; el socialista, al ver á un hombre fuerte que oprime á un débil, exclama: ¡Romped los brazos del hombre fuerte!; pero yo digo: enseñadle á usarlos con mejor fin.»

Como Ruskin no era hombre de ciencia, los remedios que propone para el actual estado de cosas tienen escaso valor práctico. Ruskin, como Tolstoi, son cristianos sinceros que entienden que siendo el Evangelio la doctrina que profesamos, debemos acomodar á esa doctrina nuestra conducta, y dejar la farsa y la hipocresía en que hoy se asientan nuestros actos, en plena pugna con lo que llamamos nuestras creencias morales y religiosas.

## COSTUMBRES

**LAS RECITACIONES POÉTICAS.**—Los poetas han gustado siempre de leer ó declamar sus versos. Desde Orfeo, que, según la leyenda, no temía tener por oyentes á las fieras y á los árboles, hasta el que cualquiera de nosotros tiene por amigo, los poetas, como dice Santiago Bompard en *La Grande Revue*, han sido singularmente sociables. No les gusta quedarse solos con sus poesías; no les importa que les escuchen; les basta con que les oigan.

En Roma los poetas ricos—á veces se encuentran—ofrecían grandes comidas; otros, menos afortunados, declamaban en los baños; otros, en fin, más impudentes ó más imprudentes, surgían de pronto en el foro, tras un poste, dominando á la multitud, y recitaban sus poemas. Hubo que poner orden en estos recitados, y se reglamentaron convenientemente, quizá con el propósito de disminuir el número de poetas; pero los poetas se multiplicaron.

Asinio Polion fué el primero que tuvo la idea de las *Lecturas públicas*. Era hombre noble y rico, del tiempo de Augus-

to, y como no había podido hacer carrera en la política, se dedicó á la literatura. Sus lecturas fueron al principio, como toda novedad, muy gustadas por el público. Se las organizó con cuidado, sin dejar nada al azar, en salas especiales, propias ó de alquiler, con banquetas y sillas de marfil; se enviaban invitaciones, se lanzaban pregones por las calles; los esclavos recorrían las casas de los aficionados para que no faltasen, y hasta llegó á haber contratistas encargados de suministrarlo todo: salón, bancos y público. El día fijado para la lectura, todo estaba en orden; la orquesta en su puesto, y el maestro de ceremonias corriendo de un lado para otro. En el momento crítico sale el poeta, vestido con una toga blanca, y se sienta en un elevado sillón, á modo de púlpito, que domina la sala. Bebe unos sorbos, para suavizarse la garganta, de la bebida de moda; tose, arregla los pliegues de su toga, y habla para explicar el asunto de sus versos y las circunstancias que le han movido á componerlos; se recoge luego un momento y se lanza á la recitación.

El público se compone de ociosos y holgazanes, con algunos poetas rivales, que se reconocen por sus barbas mal peinadas y sus trajes menos brillantes. Los libertos del poeta le rodean y dan la señal de los aplausos. Hay su banda de alabarderos asalariados, que tienen que entusiasmarse por tres dineros, y exclaman á cada estrofa: «¡Hermoso! ¡Perfecto! ¡Divino!» Derraman lágrimas de alegría, brincan y se emocionan, como las plañideras alquiladas para los entierros. El lector se conmueve ante los aplausos, y sigue su lectura, encantado de tanta atención y entusiasmo.

Los más importantes personajes no resisten al deseo de disfrutar de aquellos goces: Nerón convoca al pueblo entero para que le oiga. Claudio lo deja todo por ir á sorprender agradablemente á Noniano en medio de la lectura de sus obras. Domiciano es uno de los oyentes más asiduos de Stacio. Aquella boga no podía, sin embargo, prolongarse, y el público acaba por cansarse de oír los lamentos de Orestes. No se

presta atención al lector, ni apenas se encuentra auditorio, y Ruson, para tener público, tiene que apelar al recurso de invitar á sus numerosos deudores.

Estas lecturas públicas son las que ahora se intentan restablecer con la creación del Salón de los Poetas en el Gran Palacio de París. Es verdad que se ha suprimido la toga y hasta los gargarismos, y que la voz del poeta resuena acompañada por los cuernos de los tranvías y los ruidos de los automóviles que pasan por la calle. Pero la novedad se ha impuesto, y el público novelero no ha faltado, aplaudiendo cada grupo á su poeta conocido. Antes hubo las conferencias de salón y las comedias de sociedad; recuérdense las tertulias de las Preciosas y los salones del siglo XVIII, cuyas declamaciones fueron sustituidas por las de las Universidades populares y las Casas del Pueblo. El resultado ha sido siempre poco brillante; los obreros son poco sensibles á la poesía, elegíaca ó social; entienden mejor *La Internacional* ó *Quand l'amour meurt*, y no hay que lamentarlo.

El flamante *Salón de los Poetas* no se dirige ni á los obreros ni á las grandes damas, sino al público corriente, á la burguesía. ¿No será nocivo á los poetas ese público? Bompard cree que sí, y yo también. El público irá—mientras dure la moda;—pero no á instruirse ni á deleitarse, sino como va al teatro, á distraerse, á pasar el rato, á matar el tiempo. Habrá que seducirle, no por la inteligencia, sino por los sentidos. Habrá que acudir á las ingenuas del Conservatorio ó á los actores célebres para asegurarse la concurrencia, ó habrá que adoptar vestimentas adecuadas y hasta preparar decoraciones *ad hoc* que llamen la atención y atraigan curiosos. Y el poeta dejará de ser libre, y tendrá que disfrazar sus ideas y sus sueños para acomodarlos á los gustos del público. Lo original no es jamás comprendido por un público ordinario. Habrá que huir de las ideas profundas, porque aburren y huelen á pedantismo. No se podrá hacer alarde de sentimientos ardientes ni apasionados, y habrá que hacer poesía *modern style*, estilo Capus; se

buscará lo soso, lo vulgar, lo lindo; el artificio sustituirá al arte, y la poesía será un oficio. Así nos lo enseña la historia de la poesía romana, y no hay motivos para esperar que no se repita en la poesía contemporánea. Deseemos, sin embargo, equivocarnos, y celebremos la creación del Salón de los Poetas.

### CRÍTICA

RUBÉN DARÍO Y VARGAS VILA.—Uno de los números más interesantes de la *Unión Ibero-Americana* ha sido el destinado á reseñar la fiesta celebrada en honor de España en los elegantes salones de la Unión. Entre las muchas composiciones que fueron leídas en la memorable sesión, escogemos las de Rubén Darío y Vargas Vila, porque... *a tout seigneur tout honneur*; pues como dijo el peruano Sassone al leer la de Vargas Vila, «Rubén Darío y Vargas Vila son los dos extremos en el arte español del continente americano; uno es la gracia y otro es la fuerza, y ambos, como buenos hijos de regiones tropicales, tienen del sol toda la luz el poeta orfebre y miniaturista, todo el fuego el prosador intenso y denodado; diríase de nuestro arte una espada, de la cual es Rubén Darío el pomo, con inscrustaciones de rica pedrería, y Vargas Vila la brillante hoja de acero.»

Vamos á ver ese pomo y esa hoja, esa gracia y esa fuerza, esa luz y ese fuego. Y conste bien que si hacemos especial blanco de nuestra crítica á Rubén Darío, es precisamente porque estimamos lo mucho que vale, y nos duele que, pudiendo servir de modelo de bien decir á los poetas de aquende y allende el Atlántico, se empeñe en sembrar el campo de la poesía española de malas yerbas de seductor aspecto.

La poesía de Rubén Darío se titula *Salutación del optimista*, y su sentido no puede ser más consolador y simpático. Hela aquí íntegra:

## SALUTACIÓN DE OPTIMISTA

¡Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,  
Espíritus fraternos, luminosas almas, salve!  
Porque llega el momento en que habrán de cantar nuevos himnos  
Lenguas de gloria. Un vasto rumor llena los ámbitos; mágicas  
Ondas de vida van renaciendo de pronto.  
Retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte;  
Se anuncia un reino nuevo, feliz sibila sueña  
Y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron  
Encontramos de súbito, talismánica, pura, riente,  
Cual pudiera decirla en su verso Virgilio divino,  
La divina reina de luz, la celeste Esperanza!  
Pálidas indolencias, desconfianzas fatales que á tumba  
Ó á perpetuo presidio, condenásteis al noble entusiasmo,  
Ya veréis el salir del sol en un triunfo de liras,  
Mientras dos continentes, abonados de huesos gloriosos,  
Del Hércules antiguo la gran sombra soberbia evocando,  
Digan al orbe: la alta virtud resucita  
Que á la hispana progenie hizo dueña de siglos.  
Abominad la boca que predice desgracias eternas,  
Abominad los ojos que ven sólo zodíacos funestos,  
Abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres,  
Ó que la tea empuñan ó la daga suicida.  
Siéntense sordos ímpetus en las entrañas del mundo,  
La inminencia de algo fatal hoy conmueve la Tierra.  
Fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas,  
Y algo se inicia como vasto social cataclismo  
Sobre la faz del orbe. ¿Quién dirá que las savias dormidas  
No despierten entonces en el tronco del roble gigante  
Bajo el cual se exprimió la ubre de la loba romana?  
¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue músculos  
Y que al alma española juzgase áptera y ciega y tullida?  
No es Babilonia ni Nínive enterrada en olvido y en polvo,  
Ni entre momias y piedras reina que habita el sepulcro.  
La nación generosa, coronada de orgullo inmarchito  
Que hacia el lado del alba fija las miradas ansiosas,  
Ni la que tras los mares en que yace sepulta la Atlántida,  
Tiene su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes.  
Únanse, brillen, secúndense, tantos vigores dispersos;  
Formen todos un solo haz de energía ecuménica.

Sangre de Hispania fecunda, sólidas, inclitas razas,  
Muestren los dones pretéritos que fueron antaño su triufo.

Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ardiente  
Que regará lenguas de fuego en esa epifanía.

Juntas las testas ancianas ceñidas de líricos lauros  
Y las cabezas jóvenes que la alta Minerva decora.

Así los manes heroicos de los primitivos abuelos,  
De los egregios padres que abrieron el surco pristino,  
Sientan los soplos agrarios de primaverales retornos  
Y el rumor de espigas que inició la labor triptolémica.

Un continente y otro renovando las viejas prosapias,  
En espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,

Ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos himnos.  
La latina estirpe verá la gran alba futura

En un trueno de música gloriosa, millones de labios  
Saludarán la espléndida luz que vendrá del Oriente,

Oriente augusto en donde todo lo cambia y renueva  
La eternidad de Dios, la actividad infinita.

Y así sea esperanza la visión permanente en nosotros,  
Íclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!

Convengamos desde luego, aparte de alguna nimiedad, en que esta composición tiene de la poesía la sonoridad y el ritmo; pero convengamos en seguida en que no habrá necesidad, para obtener el mismo efecto, de partir esa composición en trozos iguales para servirnosla como versos, cuando es pura prosa, prosa lírica, prosa poética, pero prosa al fin. Léanse aquellos discursos de Castelar sobre *La civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo*, ó aquellos otros, llenos de fuego y de arranques líricos, pronunciados en las Cortes Constituyentes, y se encontrará en aquella prosa inimitable, pero prosa siempre, toda la sonoridad, toda la poesía que pueda encontrarse en la composición de Rubén Darío, con la enorme diferencia, en contra de éste, de que en los párrafos grandilocuentes de Castelar podrá haber algún ripio, alguna repetición innecesaria, algún error de concepto, siempre disculpable en una improvisación; pero se ve la fluidez, la espontaneidad con que aquella poesía brota del manantial de la inspiración, mientras que en

los versos de Rubén Darío se ve el trabajo de rebusca, el trabajo de taracea, el trabajo de carpintería; y si el efecto producido por Castelar es el de calentar los corazones, dejándolos como subyugados por su avasalladora elocuencia, el producido por Rubén Darío es el de dejarnos agobiados bajo el peso de tanta palabrería, de tanta ampulosidad, de tanta rimbombancia; se leen los párrafos de Castelar, y el alma se ensancha, y los oídos gozan, y al concluir cada uno, se siente el deseo de seguir oyendo aquella música deliciosa; se lee la composición de Rubén Darío, y á medida que se avanza en la lectura, se siente la fatiga de un martilleo monótono, y el cansancio nos invade, y al terminar respiramos como si nos sintiéramos libres de una angustia.

Zorrilla, nuestro gran Zorrilla, tiene tiradas enteras de versos huecos; pero son versos limpidísimos, música pura, que halaga cuando menos el oído sin dejarnos vagar para fijarnos en las palabras, en la letra; Góngora, nuestro ilustre Góngora, tiene también estrofas enteras de rebuscados retruécanos y de ingeniosos simbolismos que nos dejan despistados y confundidos; pero sus versos son impecables como forma, y una vez descifrados los enigmas de su contenido, se aprecia el valor del concepto y se saborea la gracia de la alusión ó del epíteto. Rubén Darío tiene lo malo de Zorrilla y de Góngora, sin la compensación de lo bueno; se golpea en sus versos, y suenan muchos á hueco como los de Zorrilla; se escuchan sus estrofas, y se tropieza en ellas con enigmáticos simbolismos y con un conceptismo *modern style* no menos lamentable que el de Góngora; pero á cambio de esto, ni versos limpios, ni música deliciosa de rimas ni de metros; ni fondo, ni forma. ¿No es esto lamentable en un hombre como Rubén Darío, que tiene el dominio de su lengua, y que sabe pensar alto y sentir hondo?

Porque analicemos bien esta composición:

¡Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,  
espíritus fraternos, luminosas almas, salve!



Yo leo esto, y no puedo menos de recordar el comentario que ponía aquel buen sacerdote D. Ramón Nieto, catedrático que fué de Literatura en la Universidad de Salamanca, á las poesías de los secuaces de Góngora ó á las definiciones de ciertos krausistas: *Horrida per campos bombimbombarda sonabant*. ¿Qué es eso de «ínelitas razas ubérrimas?» Música nada más: no hay razas *ínelitas*, ni el calificativo de *ubérrimas* cuadra á las razas hispano-americanas, pues lo mismo podría aplicarse á las anglo-sajonas ó á las chinas, y mejor todavía á las etiópicas, pues todas ellas son tan fecundas ó más que la española; pase lo de «sangre de Hispania fecunda»; pero, ¿no suena á cosa rebúscada eso de «espíritus fraternos?» En cuanto á lo de «luminosas almas», también es pura música; pues queriéndose referir á las almas de los hispano-americanos, no hay razón ninguna para aplicarles el epíteto de *luminosas*, que no dice nada, porque ni es típico de la raza, ni define ni concreta nada; «luminosas almas» es un término vago, que ni quita ni pone nada, y que aparece en el verso como puro ripio para llenar la medida. Como se ve, esta salve inicial de la poesía no puede ser más hueca ni rebuscada. Y como estos dos versos, encontraríamos muchos otros, y peores todavía. Ni la gracia, ni mucho menos la luz de que hablaba Sassone, aparecen por ninguna parte en esta composición. El pomo de la espada del arte está efectivamente cuajado de incrustaciones; pero no de rica pedrería, sino de diamantes Benicia, de oropeles teatrales.

Otra cosa es la hoja de acero de Vargas Vila, y aquí sí que el contraste es completo: á Rubén Darío le da por recortar su alambicada prosa en pedacitos isómetros que parecen versos; y á Vargas Vila se le antoja poner sus rimas en renglones seguidos á manera de prosaica composición. He aquí la muestra, titulada *Suavitas*:

## SUA VITAS

## EXTRAÑA SINFONÍA NIMBADA DE ORO...

Para Isabel Venegas.

*Y eres como un lys en el crepúsculo.*

«Hondas cosas interiores del Jardín de los Silencios, dice al alma tu belleza coronada del Misterio; tu belleza, que recuerda el perfil grave y perfecto de las Palas-Athenea; tu belleza, circundada de un divino Sortilegio. ¡Albo lys en un Crepúsculo, ante el cual se inclinan ledos, los rosales pensativos de este extraño Florilegio!

»¿No has mirado allá, en tu Patria, á la hora del Poniente, cuando el Sol tiñe la Tierra de un bermejo resplandor, las águilas detenerse, tras un vuelo grave y lento, en las cimas inmutables, y quedar allí, rígidas, inmóviles, extáticas, cual si fuesen esculpidas en el dorso de un blasón? ¡Magníficas, hieráticas, cual si fuesen las cariátides del fúnebre monumento de algún viejo Pharaón!... Esas águilas son solas. Solas son bajo los cielos. Solas son bajo las rocas. Solas son ante los vientos. ¡Admirables cenobiarcas de los ritos del Dios-Sol! Soledad es vida fuerte. Soledad es vida enorme. Nadie sabe la grandiosa y severa intensidad de la Vida en el Silencio, sino aquellos que aman mucho el prestigio de las almas y el Misterio omnividente de las vidas interiores que se expanden como ríos en la calma austera y grave de inviolada Soledad... Y yo soy un solitario, que en las ásperas penumbras de una noche de combates, vive huraño como un buitre, sin tender sus negras alas sino en horas de tormenta, cuando airado vibra el trueno, bajo cielos escarlatas, en la negra incertidumbre de un Ocaso convulsivo... Yo soy ave carnífera. Yo soy ave de borrascas, cuyas garras tienen sangre; cuyo cuello, si se enarca, es en un gesto de muerte; cuyo grito, si se escapa, es un grito de tumultos en un campo de batallas... ¡Mucho lodo del combate

forma el peso de mis alas!... ¿Cómo quieres que detenga este vuelo de borrascas, en las cándidas páginas, todas tersas, todas blancas, de tu álbum, donde vienen los poetas, deslumbrados, con sus liras de oro sacro, á decirte suavemente Ofertorios de sus almas? ¿Cómo quieres que yo pose ahí mi garra ensangrentada, y recoja sobre el libro la tormenta de mis alas? ¿Y, no ves cómo hacen sombra, cual si fuesen las dos zarpas de un león?... Armonías ilimitadas que te cantan. Digan ellas lo que vale tu belleza, tu belleza circasiana, la tiniebla de tus ojos y el incendio de tu alma, homenaje á esa belleza es mi nombre en estas páginas... Ese nombre de odios rudos, de implacable y ciega Ordalia, yo lo pongo en este libro, y ese nombre es una garra que te ofrece suavemente una rosa perfumada.»

A poco que se fije la atención, se ve que toda esta aparente prosa no es más que una colección de versos, tan pronto rimados en romance, como en redondillas, en versos alejandrinos ó en silvas variadas de toda clase de medidas, pero siempre regidos por las leyes del ritmo y de la rima:

Hondas cosas interiores  
del Jardín de los Silencios,  
dice al alma tu belleza  
coronada del Misterio.  
Tu belleza, que recuerda  
el perfil grave y perfecto  
de las Pallas-Athenea;  
tu belleza, circundada  
de un divino Sortilegio.  
¡Albo lys en un Crepúsculo  
ante el cual se inclinan ledos,  
los rosales pensativos  
de este extraño Florilegio! etc.

Hay también en Vargas Vila no poco de conceptismo; y aparte de ese gusto por las mayúsculas que da al Jardín, á los Silencios, al Misterio, al Sortilegio, al Crepúsculo, al Florilegio y á tantos otros nombres comunes cierto color de seres

personificados, sin razón ninguna que lo justifique, pareciendo esta manía obedecer á una influencia de estudios ó de lecturas alemanas, es lo cierto que en los versos disfrazados de Vargas Vila se nota verdadera inspiración, algo realmente poético como emanación de un alma intensamente impresionable y sugestionable. ¡Lástima que de cuando en cuando se deslice entre el hermoso castellano de esta poesía, sólo estropeado en la palabra *páginas*, que hay que leer *paginas* (1), el inevitable galicismo, unas veces puramente gráfico, como en *Athenea*, *Pharaon*, *lys*, y otras atentatorio al léxico, como en *expanden!* Afortunadamente, son muy pocos esos pequeños deslices, y hay que disculparlos por la influencia de las muchas lecturas francesas y de las muchísimas traducciones fusilables que forman en la América española el alimento intelectual de las gentes cultas.

Sí: en Vargas Vila hay la fuerza y el fuego de que hablaba Sassone en su comparación. Podrá gustarnos ó no el género (eso es cosa puramente personal, con la que nada tiene que ver la crítica); pero en Vargas Vila hay numen, hay nervio, hay forma. Hay también una técnica, mezcla de libertad y de reglamentación, que es la que sin duda le ha hecho abandonar la forma recortada del verso para adoptar la de prosa seguida, pues si la mayor parte de los versos caben dentro de las medidas conocidas, hay algunos (que podríamos llamar de *calderón*, tomando este término de la música) que no cabrían ni en una línea de un tomo en folio, cosa que no deja de constituir un serio conflicto, no siempre fácil de orillar, pues á veces no

(1)

¿Cómo quieres que detenga  
este vuelo de borrascas  
en las candidas páginas,  
todas tersas, todas blancas, etc.

Compárese este párrafo con este otro:

Homenaje á esa belleza  
es mi nombre en estas páginas.

puede partirse cómodamente ese verso en dos ó tres respetando las cesuras, siendo el modo más práctico de cortar este nudo gordiano el adoptado por Vargas Vila: poner los versos seguidos como si fueran prosa, y que el lector corte por donde quiera.

## LITERATURA

ZOLA, POR SU CORRESPONDENCIA.—Hojeando especialmente el segundo tomo de la correspondencia de Zola, trata Juan Lionnet en la *Revue Hebdomadaire* de reconstituir el retrato moral de Emilio Zola con datos suministrados por el patriarca del llamado naturalismo.

Desde las primeras cartas se tropieza con el hombre práctico, perseverante y laborioso, resuelto á conquistar el éxito. «Voy á ocuparme mucho de teatro; ahora cuento con todos los editores, pero no tengo ni una sola escena á mi servicio; me va á ser preciso dar el asalto por ese lado, que es *el de la ganancia y el del ruido*; cuento además con escribir, más ó menos regularmente, en cuatro ó cinco periódicos; *acuñaré moneda en lo posible*; tengo fe en mí y marchó gallardamente.» Las ventajas obtenidas con el escándalo que produjo *La confesión de Claudio* las aprecia en lo que valen: «Soy conocido, me temen y me injurian; hoy estoy clasificado entre los escritores cuyas obras se leen con espanto: esa es la habilidad.»

Las ambiciones de Zola (teniendo que sostener su casa, pues se casó muy joven, y además á su madre) eran al principio muy modestas, conformándose con ganar 500 francos mensuales y con encontrar una colocación en *La Tribune*, aunque fuese de gacetillero, con tal que aquel trabajo fijo, unido al producto de sus artículos, le diera lo necesario para vivir. Cuando dejaba hablar á su corazón, se ve que tenía buenos sentimientos, y que adoraba á Flaubert; la muerte de éste le arrancaba gritos de angustia como éstos: «Un telegrama de Maupassant me anuncia la muerte de Flaubert... ¡Oh, amigo mío! Más valdría

que nos fuéramos todos; se acabaría más pronto; decididamente, no hay más que tristeza, y nada vale la pena de vivir.»

Zola tenía además buen fondo natural: á una joven que se le quejaba de que su padre le prohibía leer los Rougon-Macquart, la contestaba: «Hay que escuchar á vuestro padre; para prohibiros la lectura de mis libros debe tener sus razones, que yo no quiero examinar; todo jefe de familia tiene el deber estricto de dirigir, tal como lo entienda, la educación y la instrucción de sus hijos; dejadme añadir que mis libros son muy amargos para una persona de vuestra edad.»

Se ha dicho de Zola que era un descastado, pero no es cierto; al volver en pleno verano á su caluroso Mediodía, escribía encantado que aquel era un país soberbio, y que se le saltaban las lágrimas al volverlo á ver, á pesar de su aridez y de sus rocas, saboreando sus frutos y gozando con el olor de aquellos campos que le recordaban antiguas alegrías. Lo que le repugnaba era la gente: «Estoy rodeado de una población horrorosa, cuyo galimatías tengo la desgracia de comprender, pero cuyo contacto evito cuidadosamente.»

La política le repugnaba; sólo le preocupaba la literatura. Fué en seguida jefe de escuela, no por superioridad intelectual, sino por temperamento, por su confianza en sí mismo, por su tenacidad y su seriedad. Pronto fué consagrado emperador—mejor dicho, pontífice—del naturalismo, y como Napoleón, se consagró á sí mismo. Más tarde, á pesar de todo su fervor, estaba un poco harto de su naturalismo, y escribía á Julio Lemaître: «Sí, empiezo á estar cansado de mi serie; pero es preciso que la concluya, sin cambiar demasiado mis procedimientos; después ya veré, si no soy demasiado viejo y si no temo demasiado que me acusen de volver la casaca.»

La correspondencia de Zola, interesante como documento, no tiene ningún valor literario. Compárense sus cartas con las de Flaubert, ricas en imágenes, vivas, correctísimas, y se verá la diferencia. Las de Zola son sosas, vulgares y hasta incorrectas á trechos. Ni ingenio, ni fantasía, ni delicadeza; apenas

acierta con una imagen, y le parece que es una finura el decir: «Puesto que he querido una oposición, preciso me es aceptar este *matiz muslo de ninfa*.» La pobreza de ideas de Zola se ve patente en su correspondencia.

Llegado á este punto de su análisis, Lionnet se pregunta: «¿Qué valía, pues, el pensamiento de Zola? ¿Qué nueva dirección ha impreso á la literatura?» La novela realista, por él llamada naturalista, había sido ya hecha por Balzac, por Flaubert, por los Goncourt. El método tan cacareado de documentación había sido empleado también por Flaubert con mayor precisión y competencia, pues Zola declara que, «en general, una quincena le basta» para tomar sus notas, añadiendo que prefiere una impresión corta y viva. Si se comparan sus trabajos preparatorios con los de Flaubert para *Madame Bovary* ó *Salammbô*, ó siquiera con los de Goncourt, para *Manette Salomon*, y hasta con los cuadernos de Daudet, se queda uno espantado de la inferioridad de Zola.

¿Cuál, pues, ha sido su mérito, cuál su aporte intelectual? No hablemos de su *novela experimental*, porque nada se encuentra contra él más duro. Su invención consiste en haber ensanchado la novela realista hasta darle la apariencia de una epopeya. Es verdad; pero hay algo más, que ni Lionnet ni ningún otro crítico ha visto, y que yo vengo señalando desde 1886, cuando en *La Ilustración Artística*, de Barcelona, dediqué un estudio crítico á *La Tierra*. Lo típico de Zola, su característica literaria, está en la creación del *feísmo*. Es completamente falso hablar de realismo ni de naturalismo con relación á Zola; Zola es realista, pero de una fase de la realidad, la realidad fea; es naturalista, pero de una fase de la naturaleza, la naturaleza fea. Y eso no es realismo ni naturalismo, sino feísmo. Flaubert y Daudet y los Goncourt, y Balzac y Paul de Kock y López Silva pueden llamarse realistas y naturalistas, porque buscan sus asuntos en la realidad y en la naturaleza, sin falsear la una ni la otra, sin amputarlas, sin ponerse cristales ahumados para verlas de un solo color; pero Zola no,

porque Zola se pone esos cristales, y todo lo ve gris, y lúgubre y tétrico, y reduce toda la realidad á lo repugnante y toda la naturaleza á lo feo, como esos pintores que se llaman también naturalistas y realistas, porque sólo pintan escenas de hospital ó de presidio, miserias morales y materiales, como si no hubiera tanta realidad en un baile de corte como en una danza de gitanos, en un perro de caza magnífico como en un perro sarnoso, en un semblante en que rebosa la alegría, la salud y el goce del vivir como en una cara escuálida, famélica y llena de costurones.

Ese, ese es el campo propio de Zola: el feísmo, la realidad fea, el tipo feo del Jesucristo de *La Tierra*, el escenario feo del *Ventre de París*, las ideas feas de los Saccard, los hechos feos de la Monquette. Ese es el aporte traído á la literatura por Zola: el feísmo, que puede tener y tiene sus partidarios, como los tienen las tinieblas, y los tiene Ahriman, y los tiene el propio Satanás; pero que hay que llamar por su nombre, para no engañar á nadie, y para que nadie pueda engañarse: FEÍSMO, y no naturalismo ni realismo.

Este feísmo se desarrolla, en efecto, épicamente, merced á un lujo descriptivo al alcance de todo el que quiera utilizarlo, pues nada más fácil que llenar páginas y páginas con descripciones detalladas y ampulosas de todo cuanto aparece á nuestra vista, á medida que se va desenvolviendo la acción, más ó menos anémica, casi nunca vigorosa, del drama ó de la novela así imaginada, servida á pequeños sorbos para que se note menos la pobreza de su concepción. Si al feísmo, como fondo, quiere agregarse como típico de Zola esa forma de exposición soporífera y enervante en que se sirve diluída la acción, como otra característica del género, puede sin inconveniente aceptarse también, y así tendremos reconstituída la personalidad literaria del autor de los Rougon-Macquard, y podemos afirmar que sus títulos preeminentes son los de creador y pontífice del feísmo y de las descripciones minuciosas.

\*  
\* \*



## PSIQUIATRÍA

LOS TIPOS ENDOFÁSICOS.—La endofasia no es otra cosa, en conformidad con el sentido etimológico de la palabra, que el fenómeno del habla interior; todo el que habla para dentro, para sí mismo, sufre una endofasia. Los tipos de endofasias son numerosos, y el estudio de los mismos es sumamente interesante y de gran aplicación para la pedagogía; pues según sea el tipo del alumno endofásico, así debe emplearse uno ú otro método de enseñanza. Julio del C. Moreno, de la República Argentina, dedica un artículo á este asunto en los *Archivos de Psiquiatría*, de Buenos Aires, recogiendo cuanto hasta el presente se ha dicho en la materia y agregando á las conclusiones ya formuladas sus observaciones personales.

Egger, en 1881, fué quien llamó la atención del mundo científico en una monografía basada en la observación de sí mismo, afirmando que todas las personas oyen sus pensamientos y sus palabras; Stricker, Saint-Paul, Ballet, Titchner, Binet y Henri han estudiado después, en trabajos especiales ó en obras de conjunto, estos fenómenos, así como Lemaître y Senet. El primero que dió con la palabra *endofasia* fué Ballet, siendo interesante no confundir los tipos de endofasia con los tipos de memoria, pues aquéllos se refieren al hecho de la audición presente y éstos á la reproducción de la audición ó de la visión pasada.

Los tipos endofásicos característicos son tres; pero como rara vez se presentan puros, porque las sensaciones se mezclan, y sólo puede hablarse en general del predominio de unas sobre otras, sin que ese predominio implique exclusión, puede decirse que los tipos son cinco: tres puros y dos mixtos, el último agregado por Moreno.

1.º Tipo *verbo-motor*, que se aplica á los que articulan sus pensamientos, ya en alta voz, ya murmurando.

2.º Tipo *verbo-auditivo*, aplicado á los que oyen sus pensa-

E. M.—Octubre 1908.

mientos, ya en su propia voz, ya por medio de una voz conocida, ya mediante una voz completamente extraña.

3.º *Tipo visual*, que se aplica al que lee sus palabras y pensamientos, ya interiormente, ya fuera de sí mismo, como si se proyectaran al exterior en tamaño mayor ó menor del ordinario, ya viendo el pensamiento imaginado como si se tratara de un cuadro ó un paisaje.

4.º *Tipo audi-visivo*, aplicado á los que perciben sus pensamientos, á la vez ó alternativamente, por la audición ó por la visión.

5.º *Tipo viso-motor*, en el que predominan por igual las imágenes visivas y las motrices.

Sobre el origen y causas de estos fenómenos, el profesor Sennet los explica diciendo que la corriente inicial recorrerá todos los neurones recorridos por corrientes anteriores iguales para llegar á los centros sintetizadores ó ideativos, excitando y despertando la actividad en su trayecto á los centros de orden inferior impresionados antes por la serie amplia de sensaciones y percepciones, y cuyo conjunto constituye la idea. No es muy clara la explicación, y no puede satisfacerlos. Tichner por su parte dice que las ideas del espíritu primitivo son, por decirlo así, copias fotográficas vivientes, semejantes á las percepciones que aparecen ante él; así, la idea de un paisaje sería en parte una idea-pintura (la vista de corrientes, montañas y árboles), en parte una idea-sonido (el agua susurrante y el murmullo de las ramas) y en parte una idea táctil ó motora (la suavidad ó frescura de la yerba, la rapidez del viento); esta es la primera etapa del desenvolvimiento de las ideas; la corteza cerebral tiene una tendencia, en la mayoría de los casos, á trabajar más fácilmente en una parte que en otra, estando los espíritus constituídos de modo que se va más de prisa á lo largo de ciertos canales que á lo largo de otros; ya por la herencia, ya por la constitución particular de cada individuo, por el ejercicio y por los procedimientos empleados en la enseñanza.

En esta explicación ya se ve algo más claro, aunque no

comprendemos la necesidad de hablar del espíritu primitivo. Sabido es que toda idea concreta es el resultado de multitud de percepciones de todas sus cualidades, y claro es que, una vez almacenada esa idea en el cerebro, podrá despertarse tocando cualquiera de los resortes que con ella comunican; la cuestión está en que para tal individuo el resorte auditivo no funciona ó funciona mal (por las causas de herencia, educación, ejercicio, antes indicadas), y para tal otro sucede lo mismo con el visual ó con el táctil, y de ahí los diferentes tipos endofásicos, que no hacen más que reproducir en el habla interior los fenómenos que se observan en ellos exteriormente. El endofásico auditivo reproducirá con más facilidad una explicación oída que una leída, y al visual le sucederá lo contrario.

De las diferentes estadísticas y hechos recogidos por Senet, Moreno y otros, deduce Moreno, con las reservas consiguientes á materia tan compleja, las conclusiones generales siguientes:

1.<sup>a</sup> El tipo visual predomina á la edad de trece años (eso será en la Argentina; de mis experimentos personales resulta que el tipo visual es bastante raro, predominando el auditivo).

2.<sup>a</sup> Los sujetos de este tipo leen con la vista, se acuerdan del lugar de la página, y se representan, interior ó exteriormente, las particularidades del objeto.

3.<sup>a</sup> Para comprender mejor, recurren á los esquemas y gráficos.

4.<sup>a</sup> Las ideas abstractas necesitan concretarlas.

5.<sup>a</sup> En sus composiciones prevalecen las ideas relativas á la forma, el colorido, los detalles.

6.<sup>a</sup> Crean imágenes más fácilmente que los auditivos.

7.<sup>a</sup> Son el tipo de los dibujantes, pintores y escultores.

8.<sup>a</sup> Son, por lo general, inteligentes (más inteligentes que los auditivos, diría yo, siendo éstos mucho más torpes, sin duda por la mayor rapidez de la visión).

9.<sup>a</sup> El verbo-auditivo necesita leer fuerte; para aprender fácilmente repite en alta voz, oyéndose á sí mismo.

10. Aprende mejor por medio de la explicación.

11. Son generalmente más razonadores (¿razonadores ó discutidores?).

12. Es un tipo adaptativo.

13. El verbo-motor evoluciona hasta convertirse en visual.

Otra serie de conclusiones, no menos interesantes y de aplicación inmediata, son las de orden pedagógico:

1.<sup>a</sup> La variedad de tipos endofásicos impone la variedad de métodos didácticos, adaptados al tipo de cada alumno.

2.<sup>a</sup> Para los visuales deben emplearse con preferencia mapas, láminas, estampas, esquemas, gráficos, ejemplares vivos ó disecados; la enseñanza objetiva, con todos los elementos de estudio perceptibles por la vista.

3.<sup>a</sup> Para los auditivos, la exposición, la descripción, la repetición de las cosas dichas, la recitación.

4.<sup>a</sup> Para los verbo-motores, el diálogo, la conversación.

5.<sup>a</sup> Los audi-visuales pueden aprender bien por cualquier procedimiento; pero para conservar el equilibrio de ambos sentidos se deben alternar prudentemente unos métodos con otros.

6.<sup>a</sup> El empleo exclusivo de un solo procedimiento (que es lo más corriente en la inmensa mayoría de nuestros establecimientos de enseñanza, por ignorancia de estas materias) perjudica á buen número de alumnos y explica los repetidos é injustos fracasos de no pocos que, sin ser idiotas ni imbeciloides, resultan inútiles en apariencia por no sacarse de ellos ningún partido.

## IMPRESIONES Y NOTAS

WHISTLERIANA.—El pintor americano Whistler ha sido muy discutido, dice en la *Atlantic Monthly* Sidney Starrque. Juan Millais, presidente de la Real Academia y especialista en asuntos humorísticos y sentimentales, decía: «Ese Whistler es muy listo; no se ha tomado ni siquiera el trabajo de aprender

la gramática de su arte, y comete las más groseras faltas de dibujo; no vacila un instante en dibujar una mujer sin tener en cuenta las proporciones, con piernas inverosímiles y con brazos que salen de no se sabe dónde; pero ¡bah! cierta afectación de superioridad en el título produce siempre su efecto en ciertos espíritus, y así se adquieren fácilmente discípulos y admiradores.» El ilustre crítico Ruskin iba tan lejos en su desprecio á Whistler, que éste llegó á perseguirle por difamación; Burne-Jones, citado por Ruskin como testigo de descargo, declaró que Whistler robaba materialmente el dinero á su clientela, llevándoles caro por un trabajo que había despachado en unas cuantas horas. A lo que Whistler replicaba: «Es verdad que sólo he tardado unas horas en pintar algunos de mis cuadros; pero he necesitado treinta años de trabajo para llegar á pintar un cuadro en unas horas.» En cambio, Seynour Haden afirmaba que si tuviera que deshacerse de sus dos colecciones de aguas fuertes, la de Rembrandt ó la de Whistler, vendería sus Rembrandt por conservar sus Whistler.

Cuando en 1883 expuso Whistler en la Galería Grosvenor su famoso retrato de miss Alexander, la opinión de críticos y aficionados fué unánime: aquello era una cosa absurda, horrible; el *Artist* decía que era «una especie de grabado grande, de color, un niño asqueroso envuelto en telarañas»; el *Magazine of Art* sostenía que era una pintura «increíblemente vulgar». Nueve años más tarde ese mismo cuadro, expuesto en París, arrancaba gritos de delirante entusiasmo: «es seguramente el retrato más gracioso que existe», decía Jorge Moore; «las más famosas galerías del mundo entero no pueden mostrar nada más encantador, más seductor, ni más delicado», añadía Christian Brinton.

Whistler no se acobardaba por la crítica; era un polemista temible, y no sólo sabía defenderse, sino que atacaba y provocaba á sus adversarios, llegando á publicar un libro cuyo título es todo un programa: *El bello arte de hacerse enemigos*. Para Whistler era una gloria ser violentamente atacado por

críticos cuyo mal gusto proclamaba; una de sus conferencias de estética había sido juzgada por Spielmann «espiritual, pero muy peligrosa». «Si mi conferencia no hubiera parecido peligrosa á Spielmann, replicaba Whistler, no habría valido la pena de darla.» Ante el retrato de Carlyle, de Whistler, exclamaba con indignación Jorge Schaff, administrador de la Galería nacional de retratos: «¡De modo que la pintura ha llegado á eso!» «No, replicaba Whistler; ¡la pintura no ha llegado á eso todavía!»

\* \* \*

LA OBSESIÓN DE LA MIRADA.—El Dr. Ruiz y Matas, del manicomio de San Baudilio, dice en los *Archivos de Psiquiatría* que la fobia de la mirada es, en su esencia, el último y lógico eslabón de una cadena nosofrénica de la timidez. El tímido rehuye todo trato social y evita todas las ocasiones de ser mirado; la mirada ajena le asusta; desconfía de todos, y cree ser blanco de las constantes censuras de quienes le miran.

Abundan mucho estos casos de timidez, que hacen sufrir mucho á quienes la padecen, llegando á constituir, cuando los trastornos se acentúan, la fobia de la mirada, cuyo sentido clínico en nada difiere de los miedos obsesionantes. El Dr. Hartenberg es quien mejor ha trazado en los *Archivos de Neurología* el cuadro sindrómico de esta fobia.

La característica es el cuidado del enfermo en evitar á todo trance las miradas ajenas y en la aflicción que siente cuando no puede conseguirlo; entonces se angustia, latiendo rápida y penosamente su corazón; sus tegumentos se cubren de sudor glacial; tiemblan y se le enfrían las extremidades, se abate su espíritu, se turban sus ideas y se vela su conciencia. El rostro refleja fielmente esta dolorosa situación, y por eso se lo cubren ó apelan á un tic convulsivo para ocultarse, ó cierran los ojos para no ver, pues si su mirada se cruza con otra algo fija, la angustia que sufren es horrible. Hartenberg cita el caso de uno que creía ver constantemente ante sí, aunque cerrara los

párpados, un ojo que le miraba con fijeza, semejante al ojo de la conciencia de la leyenda de Caín.

Estos enfermos creen que el exponer su cara, espejo de sus sensaciones, á la vista de los demás, constituye una especie de violación de su conciencia, una profanación de su *yo*; es esto, un verdadero pudor del rostro, relacionado con la timidez y con la desconfianza. No debe, sin embargo, confundirse la fobia de la mirada con la del rubor: los erentófobos se esconden y sufren porque se ruborizan, pues si el rubor no coloreara su rostro, no tendrían ninguna preocupación; los fóbicos de la mirada nunca se ruborizan, y si alguna vez lo hacen, no se fijan en ello; lo que les mortifica es verse expuestos á las miradas de los demás.

FERNANDO ARAUJO

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

*La vita e il pensiero di Roberto Ardigó*, per Giovanni Marchesini.  
Milano, Ulrico Hoepli, 1907.—388 páginas, 5,50 liras.

El profesor paduano de historia de la filosofía, Roberto Ardigó, no es muy conocido fuera de Italia, ni siquiera entre el mayor número de los filósofos y hombres de ciencia. No ha llegado á ser popular, como otros, entre el que llamaríamos pueblo científico. Pero en su país tiene una autoridad y un renombre por encima de los de todos sus conterráneos, aun de los más apreciados *al otro lado* de los Alpes. Los italianos, aun los que lo combaten y rechazan su doctrina filosófica, hablan de Ardigó con reverencia, y á menudo con una especie de orgullosa satisfacción nacional.

Ardigó, desde hace ya unos cuarenta años, viene dando forma y desarrollo á un completo sistema filosófico, hondo, personal y original, hasta donde la originalidad cabe. Lo está publicando en una serie de *Obras filosóficas*, que constituyen algo así como un evangelio para buen número de pensadores italianos, y que los demás, regularmente, estudian, aprovechan y tienen en no poca estima. Son muchos los escritores que abiertamente se profesan discípulos de Ardigó, y muchos más los que lo son sin decirlo, y hasta quizá, á veces, sin saberlo, ó haciéndose la ilusión de lo contrario, pues este fenómeno se repite con frecuencia. No siempre, ó acaso sea más acertado decir que pocas veces, es uno lo que él mismo pretende ser, ni siquiera lo que cree pensar.



Uno de los discípulos declarados y más devotos de Ardigó, el profesor Juan Marchesini, que ya en otras ocasiones ha escrito artículos y libros en loor ó en defensa del maestro, publica ahora uno, muy cuidado, en el que traza los rasgos más salientes de la vida de aquél, sobre todo los episodios referentes á su sonada conversión, y en donde ofrece un ordenado, condensado y fiel resumen del sistema filosófico de Ardigó en todas sus partes.

Es un trabajo utilísimo, lo mismo para los que conozcan las *Opere filosofiche*, de Roberto Ardigó, que para los que no las hayan leído, pues unos y otros pueden, con la obra de Marchesini, ya enterarse brevemente de todo el sistema filosófico aludido, ya dominarlo enteramente con un golpe de vista, percibiendo entre sus distintas partes un enlace que es más difícil sorprender cuando las doctrinas y las ideas se hallan desperdigadas en tomos diversos y en estudios sueltos y heterogéneos.

El trabajo de Marchesini tiene tres libros: primero, *La vida de R. Ardigó*; segundo, *La doctrina de R. Ardigó*; es el más largo de todos; tercero, *Consideraciones críticas*. Contiene, además, varios útiles índices: uno, bibliográfico, con notas declarativas del contenido de cada tomo, de las *Opere filosofiche*; otro, alfabético, de las materias que se tratan en los diferentes tomos, y otro de los autores cuyas doctrinas discute más Ardigó.

---

*I problemi costituzionali della sociologia*, pel Dott. Fausto Squillace.

Palermo, 1907. Un vol. de 878 págs., 15 liras.

El Dr. Squillace dirige en Palermo, desde hace algunos años, una *Biblioteca internacional de sociología teórica*, y la principal obra hasta el presente de esta Biblioteca es una que el propio Squillace viene publicando con el título general *Cri-*

*tica della sociologia*, y la cual, según el prospecto anuncia, habrá de comprender cinco volúmenes.

Hasta hoy son dos los publicados: el primero, sobre *Las doctrinas sociológicas*, en el que, según dije en su día, se traza un cuadro completo de éstas, clasificándolas, resumiéndolas y dando sus notas más salientes y características; y el segundo, más voluminoso todavía que el anterior, que también lo era bastante, y en donde se tratan los problemas que podríamos decir propedéuticos, preparatorios ó de introducción al estudio de la sociología propiamente tal, los que el autor designa con la denominación de constitucionales.

Este segundo volumen comprende, en efecto, tres partes, y sólo con indicar los problemas que las mismas tratan, se comprende que son de aquéllos que suelen figurar en las introducciones. La primera parte estudia las múltiples definiciones que de la sociología han sido dadas, las clasificaciones principales de las ciencias y el puesto que en ellas ocupa la sociología, las clasificaciones que de ésta á su vez se han hecho, las maneras diferentes cómo los autores han concebido el objeto de ésta, etc. La segunda está consagrada á considerar la división de la sociología y la relación de ésta con otras ciencias preparatorias ó auxiliares de ella (antropología, etnografía, geografía, estadística, historia, filosofía de la historia, psicología colectiva y social, economía política, filosofía del derecho, moral, pedagogía, política). Y en la tercera se tratan las cuestiones concernientes al método.

El Dr. Squillace se distingue, entre otras cosas, y más acaso que por otra alguna, por su conocimiento y dominio de la extensa y abundantísima literatura correspondiente. A lo menos ese es el carácter predominante de los dos volúmenes hasta ahora publicados de la dicha obra, aunque la propia índole, más expositiva que nada, de los mismos parece requerirlo así. El que quiera darse cuenta del estado de los asuntos indicados en el pensamiento contemporáneo, igual en el uno que en el otro hemisferio, encontrará muy facilitada su tarea acudiendo

---

al libro que nos ocupa, que cuando esté terminado ha de constituir, juzgando por las muestras, una verdadera y muy importante contribución para formar definitivamente la sociología, esa ciencia tan nueva y que, sin embargo de su novedad y de las dudas y desconfianzas que frente á ella abrigan algunos, tiene la virtud de atraer hacia sí la mayoría de las miradas cultas.

P. DORADO

# ÍNDICE

---

|   | <u>Págs.</u> |
|---|--------------|
| <i>Estudios artísticos: El regionalismo literario en España</i> , por Angel Guerra..... | 5            |
| <i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....  | 25           |
| <i>Diego Velázquez y su siglo</i> (conclusión), por Carlos Justi.....                   | 35           |
| <i>Los «del montón» el Dos de Mayo de 1808</i> , por Rodrigo Amador de los Ríos.....    | 56           |
| <i>Bailes españoles</i> , por Havelock Ellis.....                                       | 95           |
| <i>El suplicio del silencio</i> (novela), por Federico Spielhagen.....                  | 109          |
| <i>La Universidad de Oviedo</i> , por Alvaro de Albornoz.....                           | 153          |
| <i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....                                 | 166          |
| <i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....                                   | 174          |
| <i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....  | 200          |

# CATÁLOGO

por orden alfabético de autores y materias, de los libros publicados por LA ESPAÑA MODERNA, que se venden en su Administración, López de Hoyos, núm. 6 provisional.—Madrid.

## ANTROPOLOGIA

- Ferri.**—Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.
- Lombroso.**—Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
- Lemcke.**—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
- Westermarck.**—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

## ARTE

- Lemcke.**—Estética, 8 pesetas.
- Taine.**—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

## BIOGRAFÍA

- Araujo.**—Goya, 3 pesetas.
- Asensio.**—Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

- Barbey.**—El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.
- Becerro de Bengoa.**—Trueba, 1 peseta.
- Bergeret.**—Mouton (Merinos), 1 peseta.
- Boissier.**—Cicerón y sus amigos: Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.
- Bourget.**—Taine, 0,50 pesetas.
- Campoamor.**—Cánovas, 1 peseta.
- Dorado.**—Concepción Arenal, 1 peseta.
- Fernández Guerra.**—Hartzenbusch, 1 peseta.
- Fernán-Flor.**—Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.
- Gautier.**—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.
- Goncourt.**—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du-Barry, 4 pesetas.
- Gladstone.**—Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.
- Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.
- Haussonville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heine.**—Memorias, 3 pesetas.
- Lange.**—Luis Viver, 2,50 pesetas.
- Macaulay.**—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.
- Maupassant.**—Zola, 1 peseta.

**Menéndez y Pelayo.**—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.  
**Meneval.**—María Stuardo, 6 ptas.  
**Molins.**—Bretón de los Herreros, 1 peseta.  
**Pardo Bazán.**—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.  
**Passarge.**—Ibsen, 1 peseta.  
**Picón.**—Ayala, 1 peseta.  
**Renán.**—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.  
**Sainte-Beuve.**—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.  
**Stuart-Mill.**—Mis Memorias, 3 ptas.  
**Tolstoy.**—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.  
**Valera.**—Ventura de la Vega, 1 pta.  
**Wagner.**—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.  
**Zola.**—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

### CRÍTICA LITERARIA

**Caro.**—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.  
**Zola.**—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas,

2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

### DERECHO

**Aguanno.**—La génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.<sup>a</sup> parte de La génesis), 4 pesetas.  
**Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.  
**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.  
**Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pesetas.  
**Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.  
**Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.  
**Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.  
**Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.  
**Framarino.**—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.  
**Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Garofalo.**—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.<sup>a</sup> parte de La criminología), 4 pesetas.  
**Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.  
**González.**—Derecho usual, 5 ptas.  
**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.  
**Gross.**—Manual del Juez, 12 ptas.

- Gumpowicz.** — Derecho político filosófico, 10 pesetas.
- Hunter.** — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.
- Ihering.** — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
- Krüger.** — Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.
- Lombroso, Ferry, y Garofalo Fioretti.** — La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.
- Macaulay.** — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.
- Manduca.** — El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
- Martens.** — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.
- Meyer.** — La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. — Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.
- Miraglia.** — Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.
- Mommsen.** — Derecho público romano, 12 pesetas.
- Neumann.** — Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
- Posada.** — La Administración política y la Administración social, 5 ptas.
- Ricci.** — Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.
- Savigny.** — De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.
- Sighele.** — El delito de dos, 4 pesetas. — La muchedumbre delincuente, 4 pesetas. — La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.
- Sohm.** — Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen, 14 pesetas.
- Spencer.** — La Justicia, 7 pesetas. — Exceso de legislación, 7 pesetas. — De las leyes en general, 8 pesetas. — Ética de las prisiones, 10 pesetas.
- Stahl.** — Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Sumner-Maine.** — El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas. — La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas. — Historia del Derecho, 8 pesetas. — Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
- Supino.** — Derecho mercantil, 12 pesetas.
- Tarde.** — Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas. — El duelo y el delito político, 3 pesetas. — La criminalidad comparada, 3 pesetas. — Estudios penales y sociales, 3 ptas.
- Todd.** — El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.
- Varios autores.** — (Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida.) — La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.
- Idem.** — (Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Bello, F. Prieta, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera.) — El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.
- Vivante.** — Derecho mercantil, 10 pesetas.

## ECONOMÍA

- Antoine.** — Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.
- Buylla, Neumann, Kleinwhac-**

- ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.  
**Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.  
**Kells Ingram.**—Historia de la Economía política, 7 pesetas.  
**Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.  
**Laveleye.**—Economía política, 7 pesetas.  
**Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 pesetas.  
**Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.  
**Virgili.**—Manual de Estadística, 4 pesetas.

### FILOSOFÍA

- Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.  
**Caro.**—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.  
**Collins.**—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Emerson.**—La ley de la vida, 5 pts.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.  
**Fichte.**—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.  
**Fouillée.**—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.  
**Guyau.**—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.  
**Heine.**—Alemania, 6 pesetas.  
**Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 pts.  
**Nietzsche.**—Así hablaba Zarathustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Genealogía de la moral, 3 pesetas.

**Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.

**Spencer.**—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pts. Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

**Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

**Taine.**—Filosofía del Arte, 3 pts.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

### HIGIENE

**Hirsch, Stokvis, Koch, Würzburg.**—*Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones: causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.